

ARMAS Y LETRAS



HEMEROTECA
MUNICIPAL



— DIRECTOR-GERENTE —
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

AÑO I

NUM. 9

SEPTIEMBRE, 1920

Ayuntamiento de Madrid

LA MEJOR MOTOCICLETA

*De Sport y Guerra
es la
Harley-Davidson*

Exposición y venta:

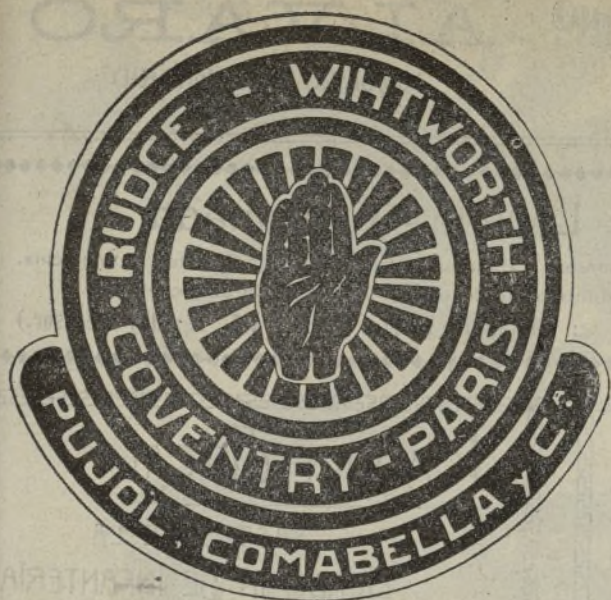
J. A. de LANDALUCE

Marqués del Riscal, 7.



M. C. de L.



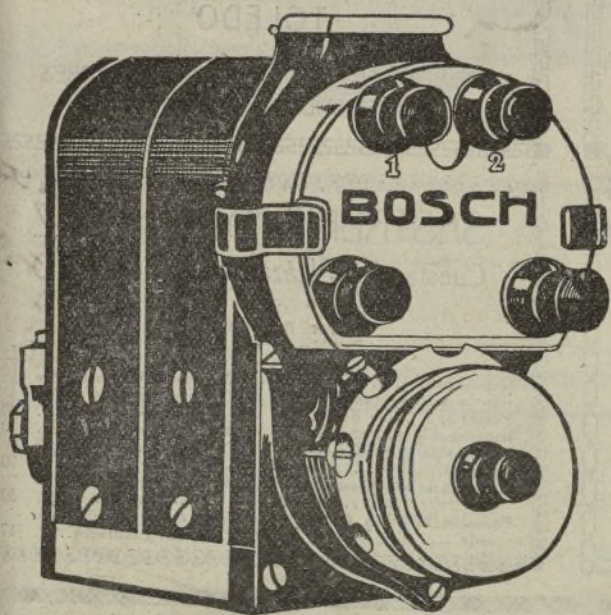
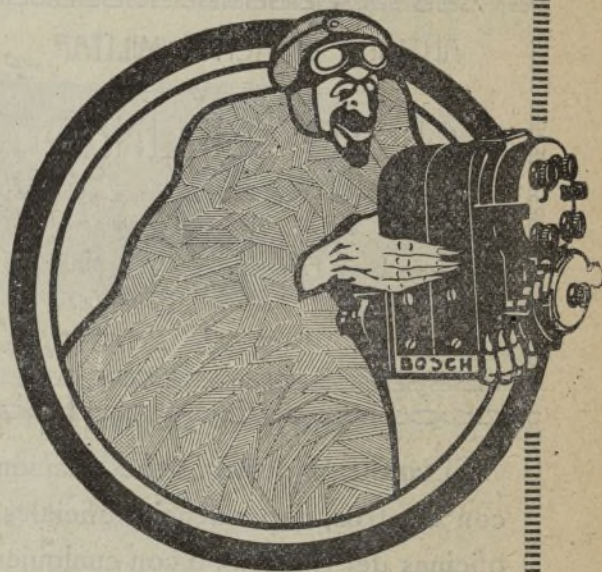


REPRESENTANTES

PARA ESPAÑA DE LAS
RUEDAS METÁLICAS

— RUDCE —
WIHTWORTH

TENEMOS EXISTENCIAS DE TO-
— DAS MEDIDAS Y TIPOS —
PIDANSE PRESUPUESTOS



REPRESENTANTES

DE LA MAGNETO

BOSCH

LEGÍTIMA ALEMANA DE STUTT-
GARD. * COMPLETO STOCK DE
TODOS LOS TIPOS Y BUJÍAS DE
— TODOS LOS PASOS —

ACCESORIOS EN
— GENERAL —

PARA AUTOS, MOTOS Y
— AVIACIÓN —

REINA, 39 Y 41
MADRID

*Pujol, Comabella
y Compañía*



SASTRERIA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

Esteban Peñate Larena - Avellaneda.

Especialista en las enfermedades de la boca y dientes. :: Ex interno de Clínica de la Facultad de Medicina.
Odontólogo del Ejército y profesor odontólogo del Hospital militar de Carabanchel.

Carrera de San Jerónimo, 45 y 47, tercero izqda. :: CONSULTA: de 10 a 1 y de 3 a 7. :: (Hay ascensor.)

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos
del Ejército. * * * Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - - MADRID

Zalleres: Zutor, 1, y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

JOAQUIN ARCAL

SASTRE DE LA
ACADEMIA DE INFANTERIA

TOLEDO

PRIMERA CASA EN UNIFORMES MILITARES

EPECIALIDAD EN GUERRERAS

Si vuestra industria tiene relación
con Centros, dependencias oficiales,
oficinas del Ejército, o con cualquier
manifestación de deporte o ciencia,
anúnciese en ARMAS Y LE-
TRAS y verá prosperar su ne-
gocio. Pida tarifas y presupuestos.

SASTRERÍA DOMINGUEZ
Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pts.		Pts.
Capote paño 1.ª.....	150	Uniforme kaki de estambre	
Capota paño o estambre..	210	o gabardina con panta-	
Pelliza de 1.ª, rizo de id.	120	lón y calzón.....	150
Impermeable gabardina		Idem id. de dril, con id...	70
con gabán y capota se-		Volver pelliza con todos	
parada.....	225	los avios y dorados....	70
Guerrera de paño o estam-		Idem guerrera con id. id. e	
bre.....	120	idem.....	50
Pantalón Rey con franja		Poner cuello y vueltas con	
seda.....	60	estrellas y soutache....	17

Pedro Andion y Compañía.

Lonas para toldos y cortinas. Lencería, cutíes y terlices para colchones. Saquerío para envase de lanas
y cereales. Cordelería y tramillas. Yutes para enfardaje.

IMPERIAL, 8 y 16.

Teléfono M-1.487.

No hay soldado
valiente si tiene

CALLOS

EL UNGÜENTO MAGICO

PRECIO: 1,50; por correo, 2 pts.

En todas las farmacias. - Farmacia PUERTO. - Plaza de San Ildefonso, 4. - MADRID

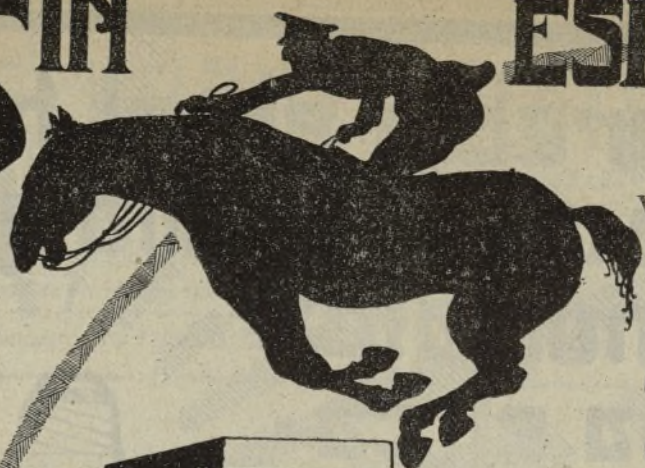
Antes y después de las marchas y del sport dese un masaje de

EMBROCACIÓN AMERICANA

y será incansable, será campeón.

El reuma y todo dolor desaparecen.

SIN ESFUERZO



vence todo obs-
táculo un caballo
sometido al cui-
dado de los pro-
ductos **MATA**

USAR

**RESOLUTIVO ROJO MATA
CICATRIZANTE VELOX
ANTICOLICO F. MATA**

M. Châlons

ES HACER ADQUIRIR
FUERZA - RESISTENCIA - VIRILIDAD

LOS TIROLESES



MANZANO Y GÓMEZ

Constructores de vestuarios para el Ejército.

CASA CENTRAL: GRAVINA, 20
MADRID. - TELÉFONO 3.013-M.

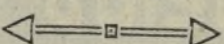
SUCURSAL: SAN FRANCISCO, 32
SEGOVIA

Se remiten modelos libres de gastos a las Juntas económicas que lo soliciten.



SASTRERIA MILITAR NEIRA

Cervantes, 3 y 5.



SEGOVIA

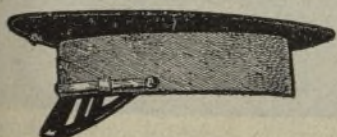


MINGOTE H.^{nos}

Sastrería militar y paisano.

MAYOR, 88, entresuelo.

Frente a Capitanía General.--MADRID



GORRAS DE UNIFORME

ÚLTIMOS MODELOS EN GORRAS, ROSES Y CHACOTS

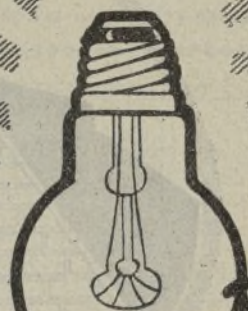
F. VILLAVERDE

Calle Mayor, 39.

MADRID

Envíos a provincias.

...y apareció en el ho-
rizonte una estrella que
a los mortales
indicaba el ca-
mino



de la
perpétua claridad....

ZARGON
TIPO $\frac{1}{2}$ VATIO

Fabrica: Corles 397
Barcelona

LOS TIROLESES

Año I

ARMAS Y LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Núm. 9

Redacción y Administración: Mayor, 86

Apartado de Correos núm. 886. - MADRID

Administrador: José Valero de Bernabé.

Número

suelto:

1,50

peseta.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

1,25 pts. al mes. - Extranjero: 12 pts. semestre.

Director: Vicente Valero de Bernabé.

De la vida de Cervantes.

Recuerdos y fechas.

En 1 de septiembre de 1575 solicita permiso para retornar a la madre patria. Don Juan de Austria y el tercer duque de Sessa, al acceder a la petición del valeroso manco, entregáronle valiosas cartas de presentación para Felipe II, recomendándolo para el mando de una compañía, que merecía de sobra por su valor probado, sus talentos y su noble conducta».

El día 20, acompañado de su hermano Rodrigo, soldado de la española Infantería, sale de Nápoles en la goleta «Sol» con rumbo a España; seis días después tres corsarias argelinas abordan a la nave cristiana frente a las Tres Marias, costa de Marsella (Francia); la lucha es heroica, desesperada; turcos y cristianos se acometen con furia, pelean con desesperación; los hermanos Cervantes exhiben la bravura de sus almas, la pujanza de su brazo, lo ardiente de su fe, lo intenso de su españolismo; pero todo en vano ante el número que abruma, ante el valor no menos impetuoso: Miguel y Rodrigo caen cautivos de los turcos.

El soldado manco empieza a recorrer el *via-crucis* de penoso cautiverio; es nuevo timbre que añade a sus glorias bélicas; es nuevo galardón que pone fervoroso en la historia del «Tercio de la Liga Católica», de aquel Tercio bajo cuyas banderas peleó denodado en la batalla de Lepanto.

Apresada la goleta «Sol», los hermanos Cervantes quedaron cautivos de Dali, hermano de Arnaute, y, encadenados, desembarcaron en Argel.

El agradable aspecto de Mi-

guel, sus juveniles años, su valentía en la pelea, la estimación de sus colegas y el contenido de las cartas para el Monarca español hicieron creer a Dali que se trataba de un prisionero de elevado linaje; así, pues, «los papeles que Cervantes había recibido para instrumentos de mejor fortuna se los trocó la suerte en motivos de penalidades y pesadumbres».

Cargado de cadenas comenzó el soldado un cautiverio penosísimo, que duró cinco años.

«Dió ejemplo de virtudes extraordinarias, de gran fortaleza de ánimo y de una constancia y sacacidad más propias de la leyenda que de la verdadera y rigurosa historia. Dedicóse a ayudar a sus compañeros de infortunio; ideó mil estratagemas para conseguir la libertad de todos; animó a los pusilánimes, y arrastró toda especie de riesgos con tal de conseguir sus aspiraciones. Dióse cuenta de la magnitud de su infortunio desde los primeros días de su cautiverio; pero su temple de alma, su ingenio y su constancia le proporcionaron medios y ocasiones para intentar varios esfuerzos supremos. Todo este apostolado, tan heroico como oscuro y tan arduo como verdaderamente caritativo, le facilitó un sinnúmero de observaciones del infortunio y de la inestabilidad de las cosas humanas y, sobre todo, de las costumbres de los cautivos españoles en Argel, que en las páginas del «Quijote», «Las novelas ejemplares», «Los baños», etc., se hallan indeleblemente reproducidas.»

A los pocos meses de cautiverio concertó la evasión con otros

cristianos, ganándose la confianza de un moro; guiados por éste, huyeron de la prisión; pero abandonados en la primera jornada regresaron a Argel, sufriendo duras represalias de la morisma, que a unos quitó la vida y a otros torturó cruelmente; Cervantes debió su salvación a la esperanza que abrigaba Dali de obtener por él un crecido rescate.

En 1576 el padre de Cervantes empeña el patrimonio de sus hijas Andrea y Magdalena para rescatar a Miguel; pero la suma ofrecida no llenó la codicia del renegado albanés. Con el caudal de su padre, el de su redimido hermano Rodrigo y las cartas que éste llevara para los Virreyes de Mallorca y de Valencia pudo armarse un pequeño barco bajo el mando del ex cautivo Viana; la nave debía presentarse frente a las costas de Argel el 28 de septiembre de 1577 para recoger a Cervantes y demás cautivos en el lugar de antemano señalado.

Cervantes había escogido como refugio para embarcar en la nave de Viana una cueva situada a tres millas de Argel y a orillas del mar, en el jardín del alcaide Azán y de un renegado melillense apodado «El Dorador».

Con quince compañeros huye Cervantes de sus prisiones argelinas el 20 de septiembre; en la cueva, en vano aguarda la llegada del bajel libertador; ignora que éste aparece frente a las costas de Argel el día 28 y que, advertida su presencia por los moros, tiene que navegar mar adentro para no infundir sospechas; sigue ignorando también que el barco vuelve al día siguiente para acometer su arriesgada empresa, siendo alcanzado por los navíos argelinos, que hacen cautiva a toda su tripulación.

Cervantes y sus quince compañeros siguen en la cueva, desconocedores de lo sucedido al bajel de Viana, y mientras confían en su libertad con paciencia de cristianos y con entereza de soldados, el renegado «Dorador» corre a Argel y delata la evasión de los españoles; Azán Bajá destaca a Baxi con treinta soldados, los que sorprenden y detienen a los cautivos el día 30.

Cervantes, cargado de cadenas, es conducido ante el renegado de Venecia; ni las amenazas más terribles ni las más capciosas preguntas consiguen arrancar del corazón de Cervantes el nombre de sus cómplices; el noble cautivo hecha sobre sí toda la responsabilidad de la evasión; luego es llevado al Baño del Rey, inmunda cárcel, y más tarde es vendido por Azán Dalí Maní en 500 escudos de oro.

El glorioso inválido no cesa en sus propósitos de fuga; al general Martín Córdoba, comandante de la plaza de Orán, le remite una carta por medio de un emisario rogándole el envío de buenos espías para facilitar la evasión de él y de sus compañeros; pero el mensajero es sorprendido y empalado, y el mismo Cervantes es condenado a dos mil palos; castigo que no llegó a ejecutarse porque los notables de la ciudad abogaron en su favor.

En septiembre de 1579 Cervantes entabla amistad con Girón, renegado granadino, que sentía vivos deseos de volver al seno de la Religión Católica; al mismo tiempo se entiende con dos mercaderes valencianos que traficaban con Argel, los que habían de comprar una nave, poniéndola a nombre de Girón; de este modo, sin sospechas de los moros, embarcarían libremente él y los demás cautivos.

Hízose la compra según lo convenido; pero cuando sólo faltaban dos días para recobrar la ansiada libertad, un renegado pone a Azán Bajá en antecedentes de la fuga; los cautivos temen las represalias de éste; Cervantes busca asilo en casa del alférez Diego Castellano, complicado también en la evasión; el mercader Exarque, para conjurar los males que a todos amenazaban, ofrece a Cervantes el pago de su rescate.

Cervantes, a fin de sustraer responsabilidades sobre sus camaradas, y en especial sobre

Diego Castellano, que generosamente le había amparado, presentóse, con la proverbial arrogancia castellana, ante Azán Bajá, diciendo antes a Exarque:

Volveos tranquilo, que ningún tormento, ni la muerte misma, será bastante para que yo descubra a ninguno; y decid a los demás que desechen el miedo, porque tomo yo sobre mí el peso de este negocio, aunque tengo cierto morir por ello.

La entereza y generosidad de Cervantes dominó la cólera de Azán, que supo perdonarlo para mayor gloria de las letras españolas.

La madre y la hermana de

Cervantes gestionaban al mismo tiempo su libertad cerca de los Padres de la Orden de la Santísima Trinidad; el 29 de mayo de 1580 llegan a Argel Fray Juan Gil y Fray Antonio de la Bella; Azán Bajá les pidió por el rescate de Miguel 1.000 escudos de oro; pero en fuerza de regateos, por no contar los Padres Trinitarios con aquella suma, consiguieron el definitivo rescate por la suma de 500 escudos, y el 19 de septiembre Miguel de Cervantes era libre, después de penoso cautiverio.

Antonio García Pérez.

Teniente coronel.

Aventuras de Membrillera.

CAPITULO V

En el que Cirilo ve interrumpida su sección de gimnasia y, después de ponernos serios por unos momentos, se verá que deben medirse las fuerzas antes de lanzarse a la ejecución de un trabajo.

Cirilo se estiró la guerrera, encendió un pitillo, pasóse la mano por el labio superior atusándose una incipiente y casi imaginario bigote, que, por el recorrido de la mano, cualquiera diría le llegaba hasta los pómulos, y salió del comedor dirigiéndose a su vagón.

Antes de llegar a su departamento detúvose frente a una ventanilla del pasillo.

Después de mirar de reojo a derecha e izquierda para convencerse de que no era objeto de miradas indiscretas, sacó del bolsillo del pantalón una cajita y engulló tres píldoras Pink, reconstituyente que estaba de turno desde hacía cinco días.

Inmediatamente, recordando que por la mañana le había sido imposible hacer gimnasia, procedió a hacer con el mayor disimulo aquellos movimientos que no podían comprometerle, tales como el de «abrir y cerrar pies», «abrir y cerrar manos», «rotación de cabeza» y otros de análoga factibilidad y axiomática inutilidad, a nuestro modesto juicio. Pero como quiera que sus movimientos favoritos eran el de «flexión de rodillas» y el de «flexión de cintura», por considerar que eran los más favorables para alcanzar el desarro-

llo de altura que tanto ambicionaba, al acabar aquellos movimientos, que calificaba de accesorios, no se quedó satisfecho. Empezó una lucha sobre si era posible o no completar la sección de gimnasia y sobre si un día menos de hacerla podría contribuir al retraso de su desarrollo. Después de innumerables vacilaciones e interiores razonamientos, más o menos faltos de lógica, vino a establecer las siguientes conclusiones: Primera, que la mayoría de los viajeros debían estar dormidos o amodorrados y el resto enfrascados en conversación, de cuyos extremos se debía convenir previamente, dándose un paseo por el pasillo de cabo a rabo del vagón y midiendo las probabilidades que pudiera haber de ser sorprendido; segunda, que su crecimiento era cosa de urgencia y gran importancia, que un día perdido no podía ser recuperado, que gota a gota se llena la bota, que lo posible de hacer hoy no debe dejarse para mañana y que, por lo tanto, era necesario hacer los movimientos de marras.

Consecuente a estas conclusiones, hijas del estafalario y original carácter de Membrillera, procedió a pasar revista a los departamentos del vagón, quedando plenamente persuadido de que los viajeros no tenían traza de levantarse de sus respectivos asientos.

Ignoramos qué señales exte-

riores podían dar a Cirilo seguridades de semejante cosa. El caso es que, empujado en su idea, se quedó en el convencimiento de que podía dedicarse a su ejercicio completamente tranquilo.

Así, pues, retrocedió a su primitivo lugar y, poniendo «manos a la cintura», empezó a ejecutar el movimiento de «flexión de rodillas», contando los tiempos en voz baja.

Iba por la onceava flexión y hallábase en cucullas cuando, haciéndole el efecto de cien trabucazos, llegó a sus oídos la explosión de una carcajada.

Volviendo la cabeza con brusco movimiento de inmensurable sobresalto, divisó en el extremo opuesto del pasillo a dos señoritas que reían con verdadero gozo, contemplándolo.

Cirilo sintió subírsele a la cara no un pavo, un corral entero...

Incapaz de encontrar salida airosa, no vió otra mejor que la de continuar agachándose como buscando algo por el suelo, invadido de frenética rabia, sacudido por ganas inmensas de anularse, haciendo votos para que la tierra se abriese y lo tragase, convencido de lo ridículo de su situación y continuando en la busca de lo que no podía encontrar, porque lo único que había perdido era la serenidad.

En fin, viendo que no cesaban las carcajadas de las muchachas y que en aquella postura no podía permanecer mucho tiempo más, levantóse más rojo que una fresa madura y se puso a sacudir las rodillas del pantalón, afectando tranquilidad, mientras algunos viajeros asomábanse a las portezuelas tratando de investigar la causa de aquellas inexperadas e imprevisibles carcajadas.

El lector, que conoce a fondo el carácter de Cirilo, comprenderá, sin esfuerzo, la indignación y rabia que le devoraba.

—Estoy maldito —pensaba, dando nerviosas chupadas al cigarrillo—. No sé qué hado adverso me persigue con tanto ensañamiento... Es decir, la culpa es mía por dejarme llevar de mi carácter impulsivo y no poner freno a mis ridículas aprensiones... Pero ¡hasta aquí hemos llegado!... Desde este momento no pienso abrir el pico ni mover un dedo sin antes meditar seriamente las consecuencias de mis palabras y de mis movimientos... Menos mal que esas

intempestivas muchachas probablemente no me volverán a ver en toda la vida, puesto que van en otro vagón, y que los viajeros de éste no saben lo que ha sucedido.

Estas reflexiones tranquilizaron a Cirilo.

El expreso marchaba con inusitada velocidad, arremetiendo sin vacilación a las sombras de la noche, trepidando al atravesar los puentes, precipitándose en las profundidades de los túneles con ruido atemorizante, saludando con estridentes silbatos las diminutas estaciones que no merecían hiciese un minuto de descanso en su carrera.

Acariciado por fresco y aromoso viento que se precipitaba por la ventana, Membrillera sentíase preso por una de esas corrientes de indefinible añoranza a que tan aficionado es el corazón humano. Rememoraba el cuadro de su hogar, de sus padres abatidos por el brutal golpe de su partida, condenados al sobresalto angustioso de saberlo expuesto a perder la vida y, henchéndose su alma de amor filial, por primera vez media el inmenso caudal de amor que atesoran los padres para sus hijos.

Inopinadamente, reconocíase dueño de su persona, niño forzado por el deber a portarse como un hombre, miembro de la nación útil a la patria. Y un sano orgullo alborozaba su corazón bondadosísimo, haciendo volar su pensamiento en alas del ensueño hacia futuras empresas de heroísmo y virtudes militares.

¡Benditas ilusiones que las corrientes modernas, preñadas de bestial egoísmo, se encargan de tronchar apenas nacen!

Más de dos horas permaneció Cirilo entregado a sus ensueños.

Volviendo al terreno de la realidad y dándose cuenta de que era hora de descansar se dirigió a su departamento.

Ocupábanlo tres viajeros: Un individuo con cara de pocos amigos, que en aquellos históricos minutos roncaba a todo viento, y una señora con una niña de unos diez años.

Cirilo, después de saludar a estas dos últimas, ocupó el asiento próximo a la ventanilla y se dispuso a dormir.

De buena gana se hubiese desabrochado la guerrera para descansar más cómodamente; pero desistió de hacerlo pensando que

la seriedad militar estaba refrendada con tales libertades. Así es que se desabrochó el corchete superior del cuello de la guerrera y cerró los ojos.

Tres o cuatro veces tuvo que abrirlos, sobresaltado por los ronquidos del viajero colateral, los cuales adquirían en algunos momentos sonoridad espantable.

Por fin, airullado por tan inarmónico concierto, logró quedarse dormido.

Apenas coláronse en el vagón las primeras claridades del alba se despertó.

Después de lavarse encendió un pitillo.

De sus compañeros de departamento, sólo la señora estaba despierta.

Cirilo le dió los buenos días y entre ambos se inició un diálogo que, al cabo de una hora, fué interrumpido por tres estornudos lanzados por la señora preopinante de Membrillera.

—¡Válgame Dios! —murmuró aquella—. Parece que me he constipado... Y el caso es que he olvidado el pañuelo... Llevo en la maleta; pero como mi hija duerme apoyada en mí, si me muevo voy a despertarla...

—Por eso no se apure usted, señora—dijo Cirilo—. Yo le alcanzaré la maleta.

—¡Le advierto a usted que pesa mucho!... Pero si es usted tan amable, mucho se lo agradeceré.

Aun cuando Membrillera no hubiese sido sumamente galante, le hubiese bastado la indicación de que la maleta pesaba mucho (indicación en la que creyó ver una duda de sus fuerzas) para precipitarse a bajarla de la red.

Poniéndose de pie sobre uno de sus asientos la agarró por las asas y la levantó.

Pero calculó mal el esfuerzo y, sin ser dueño de contrarrestarlo, sintió que el peso le vencía. Mediante titánico esfuerzo pretendió rehacerse; pero fué estéril, y, viendo que iba a caerse, soltó la carga, que fué a dar de lleno sobre el señor de los ronquidos.

Este brincó de su asiento lanzando una interjección excesivamente enérgica; la señora no pudo contener un grito de susto, y Cirilo, perdida la estabilidad, hubiese rodado por el vagón si el instinto no le hubiese hecho agarrarse al primer objeto que le vino a la mano.

La fatalidad hizo que este ob-

jeto fuese el timbre de alarma.

Detúvose el tren. Los viajeros, que habían oído los gritos, precipitáronse al departamento en que habían sonado; oyéronse voces de alarma; llegó la pareja de la Guardia civil, el jefe del tren, el revisor...

Y Cirilo, de pie sobre el asiento, más blanco que la nieve, moralmente muerto, permanecía inmóvil, aniquilado, petrificado...

Sinesio Darnell.

(Continuara.)

Tragedia del momento.

¡Pan! ¡Quiero pan, papaito!... Así gritaba el niño famélico, en tanto que el autor de sus días, huelguista forzoso por el mandato de los Comités, se veía obligado a abandonar el trabajo ante la perspectiva de caer víctima de un atentado...

Hasta entonces, en su honrado y humilde hogar, jamás se habían oído exclamaciones que acusasen la presencia del hambre. Al escuchar a su hijo, un sudor escalofriante invadió la frente del desdichado obrero, que cayó presa de un pesar profundo. Mil ideas burbujearon en su cerebro, tratando de ganar una salida que diera término a la dolorosísima situación.

Le parecía a Juan, el hombre de mi cuento, que de ir al trabajo traicionaría la suerte de sus compañeros, porque así se lo inculcaron éstos en las múltiples asambleas que venían celebrando, y, lejos de ello, prefirió soportar todo género de angustias antes que pasar por cobarde, por amarillo, como habría de ser calificado si así procediera; pero he aquí que, como para los sentimientos no existen convencionalismos, llegó un día que el pequeñuelo, casi exánime, le acarició con sus manecitas de seda el rostro, a la vez que con débil acento hirió sus oídos pidiéndole pan. Entonces no pudo más; incorporóse, nerviosamente, como sintiendo el fustazo de la conciencia que siempre presidió sus actos; corrió en brazos a la inocente criatura y, besándola trémulo, con sollozos de ternura, le dijo:

Siendo muchas las quejas que recibimos por el extravío de números que no llegan a su destino, agradeceremos a nuestros suscriptores nos tengan al corriente de las faltas que observen para subsanarlas inmediatamente por nuestra parte, sin perjuicio de las reclamaciones que por ello hagamos cerca de quien corresponda.

—¡Calla, hijo mío, calla! ¡Desde hoy tendrás pan! ¡Volveré al trabajo, cueste lo que cueste! ¡Primero es tu vida que la mía, ya truncada por el azar! ¡Mi deber es salvarte!...

Aquel mismo día se presentó a su patrono con el semblante desencajado y dos lágrimas secas que cristalizaron en sus ojos. Su aspecto de marcado sufrimiento bastó para que el patrono se adelantara a preguntarle, bondadoso:

—¿Qué te ocurre, Juan?

Iba el infeliz a responderle cuando un prolongado suspiro ahogó la voz de su alma enferma al pensar en las miserias de su casa; a duras penas pudo exponer sus deseos de seguir trabajando antes de ver morir de hambre al hijo querido; él quería que le empleasen como quisieran y juraba la fidelidad de sus servicios. El patrono, emocionado, aceptó su promesa, y unas monedas fueron el anticipo de un nuevo contrato de recíproca aceptación.

Apenas salió del taller se dio de cara con varios obreros que le acechaban con miradas retadoras y le dirigían terribles insultos; el bueno de Juan los oyó resignado; no tenía más afán que el de llegar pronto a su casa con el codiciado comestible que había adquirido a elevado precio; a su llegada vió en la puerta unos trazos gruesos de carbón, que leyó instintivamente, y decían así: «Amarillo: ya que en el taller buscas pan para tu hijo, yo me encargaré de propinártelo en seguida.—Un rojo.» Tal era la firma de la anónima inscripción. ¡Había su-

frido mucho para que su corazón se contrajera ante amenaza tan cruel, y, al contrario, su rostro tornábase alegre al verse dueño de las viandas, en la esperanza de que con ellas salvaría la vida de su pequeñuelo.

Por agradecimiento a su patrono, al día siguiente volvió Juan al taller más resuelto que nunca, sin que por su imaginación pasara la idea de que pudieran matarle. Le acompañaba la satisfacción de cumplir con el más elevado de los deberes familiares, y se consideraba fuerte para afrontar los mayores peligros; pero no bien anduvo unos pasos cuando una bala traidora dió en tierra con su existencia...

¡Horas más tarde se celebraba su entierro! Todas las campanas de la ciudad se asociaban al duelo de la triste e imponente comitiva, con tañidos de honda emoción, mientras que en la casa mortuoria agonizaba, anémico, con la espeluznante mueca del hambre, el niño del obrero mártir...

A. González Echeverst.

El último Napoleón

El Príncipe imperial, hijo de Napoleón III, era muy supersticioso en algunas cosas, y horas antes de ser muerto por los zulus ocurrió un incidente extraño que pronosticaba su muerte. De la certeza de los hechos han dado fe las personas que rodeaban al Príncipe en aquel día fatal. Repartiéronse entre la tropa curas antisépticas al acercarse al enemigo, y el Príncipe puso la suya en el saco de su silla de montar; por la tarde, al abrirla, encontró su cura saturada con un líquido rojo como si fueran sangre. El Príncipe escurrió el líquido sobre el suelo, y a hacerlo dijo que aquello pronosticaba su muerte; los oficiales compañeros suyos le dieron broma con este motivo, pero el Príncipe no varió de idea. Jamás se supo lo que era aquel líquido ni de dónde procedía, aun cuando se pusieron los medios para averiguarlo.

ARMAS Y LETRAS

MARAVILLAS DE LA INGENIERÍA MODERNA

Una visita al canal de Panamá.

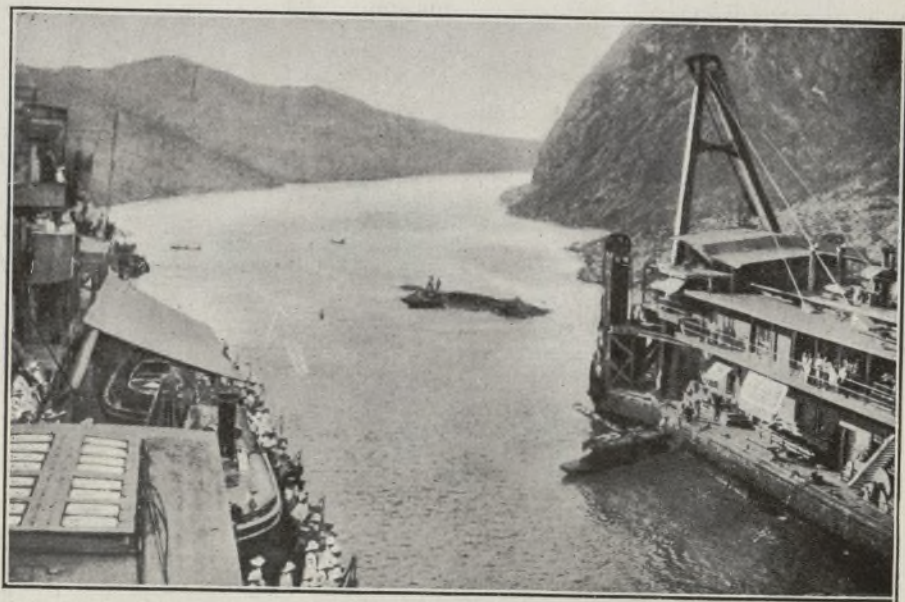
La aproximación de las costas del Pacífico a las del Atlántico fué uno de los problemas que los yanquis miraron siempre con más interés y cuya realización se ha visto al fin conseguida tras de ímprobos trabajos con la apertura del canal de Panamá.

Este Canal es para los americanos de los

te para desvirtuar todo intento de ataque por separado.

Los proyectos del Canal. - - -

La idea de la apertura del Canal no es moderna. Para el canal de Panamá ha habido una enorme serie de proyectos, entre los que



El canal de Panamá, a la entrada del gran lago de Gatun, que mantiene sus aguas a 25 metros de altura sobre los mares Atlántico y Pacífico.

Estados Unidos de una importancia extraordinaria. Dividido su poder naval en dos partes, cuyos elementos radican en cada uno de los dos océanos, claro está que, en caso de conflicto, sólo una de esas partes podía entrar en acción, y el adversario, concentrando sobre ella sus fuerzas, puede batirla antes de que sea auxiliada.

Abierto el Canal, desaparece este peligro, pues los buques de guerra de uno y otro mar pueden agruparse con rapidez suficien-

te para desvirtuar todo intento de ataque por separado. El primer trabajo serio data del año 1876, en que un Comité constituido en París bajo

ocupa el primer lugar el presentado por Angel Saavedra al Emperador Carlos V, y es el último el de Wyse y Reclus (que es el que se ha llevado a la práctica), pasando por los de Sandoval, Cramer, Humboldt, Llady y Tolmore, Morel, el Príncipe Napoleón, Childo y Fay, Keley, Michler y otros cien que no ofrecieron, al parecer, probabilidades de éxito.

la presidencia del general Turr obtuvo del Gobierno colombiano las concesiones necesarias. Se reconocía a dicho Comité la propiedad del Canal durante noventa y nueve años; se le daban gratuitamente el terreno en que el Canal había de construirse y otras 25.000 hectáreas en los sitios limítrofes; se le daban también los telégrafos y ferrocarriles que afectaran a la construcción; se convenía en que los puertos de Aspinwal y Panamá (a uno y otro lado del camino abierto) serían libres para todos los países del mundo, y se estatuyó, por último, la absoluta neutralidad del Canal, aun en caso de guerra con Colombia.

El Comité nombró una Comisión exploradora que al cabo de dos años de trabajo presentó la friolera de 14 proyectos diferentes; se aceptó el de Wyse y Reclus y se fundó la célebre Compañía Internacional, cuya dirección se dió a Fernando de Lesseps. Lesseps dió por todo el mundo públicas conferencias del proyecto y realizó una emisión de obligaciones por valor de 600 millones de francos.

El año 1881 quedó al fin constituida la Compañía Universal del Canal Internacional, y seis años después dieron comienzo las obras.

La empresa era indudablemente extraordinaria. El croquis panorámico que publicamos dará una idea de ella. Empezaban las

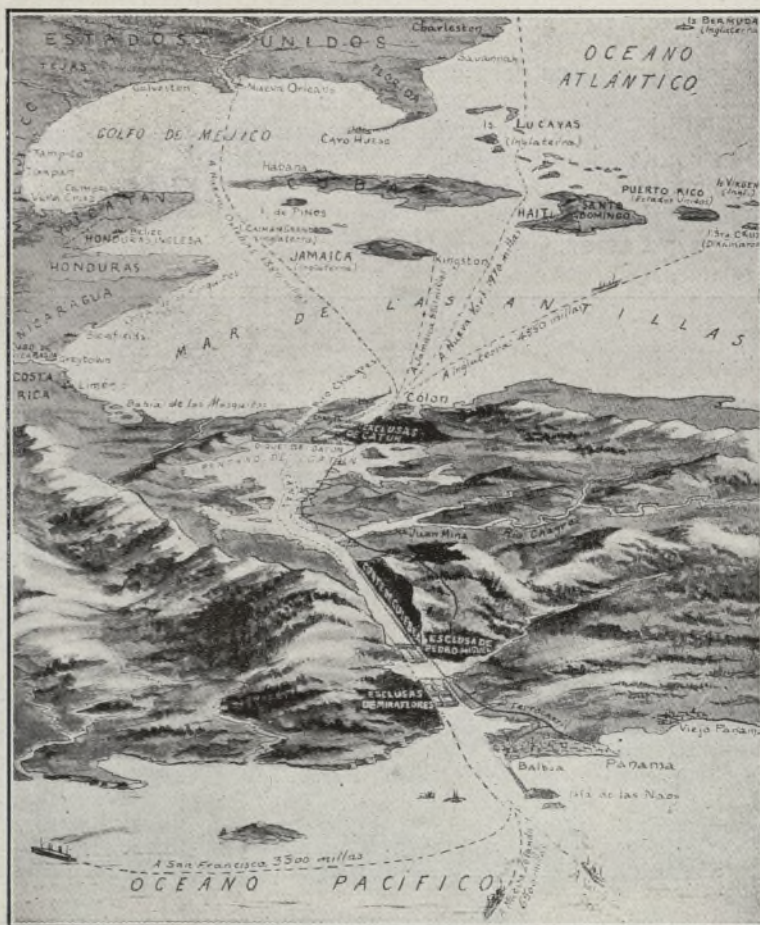
obras en Colón, y continuando hasta Gatun donde cortaba al río Chagres, el Canal proseguía su curso, recurvando aquí para sortear las colinas de Tigre y Miraflores, alargándose después hasta Peña Blanca, encajonándose en un corro frente a Bohío Soldado, espaciándose más tarde por el llano de Tabernillas y pasando, por último, por Gorgona, Matachín y Tulebra, para terminar en la rada de Panamá.

El canal de Panamá no es, como algunos creen, una corriente de agua que se extiende de mar a mar. Gran parte de la travesía la efectúan los barcos sobre una superficie de agua elevada 25 metros sobre el nivel del mar.

El nivel de 25 metros es el de un lago que hay en el centro; lago artificial que se ha creado construyendo la gigantesca presa de Gatun que interrumpe la corriente del río Chagres. Esta presa de unos dos kilómetros de larga por cerca de uno de anchura, es una de las grandes maravillas de la ingeniería.

Hacia el extremo correspondiente al Pacífico hay otra presa para mantener el nivel.

Para que los buques puedan franquear tan gigantesco salto y pasar de la mar al lago es preciso establecer un sistema que consta de tres pisos de esclusas gemelas, es decir, presentando cada una dos cuencos o cámaras paralelos, acopladas, de 300 metros de



Croquis panorámico del canal de Panamá, que pone en comunicación a través del Istmo los mares Atlántico y Pacífico.

longitud por 33 metros de ancho, para que en tiempo normal pueda verificarse la subida y el descenso simultáneo de dos buques, y en caso de accidente en una de las esclusas, no se interrumpe la circulación activa.

El conjunto de este sistema de esclusas mide 1.140 metros de largo por 120 de ancho.

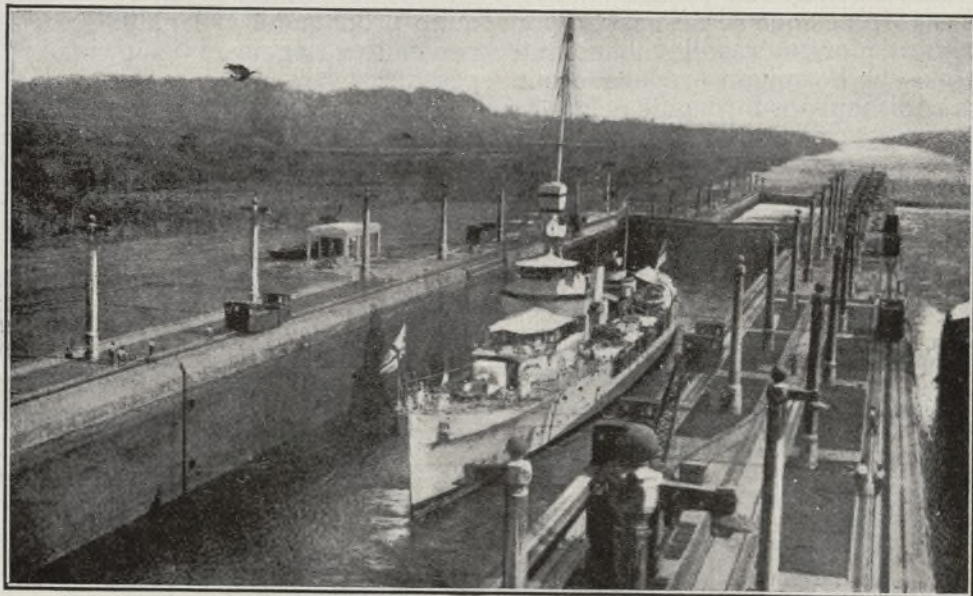
El paso de las esclusas del Canal.

Para evitar que un barco mal gobernado pueda averiar la compuerta de una esclusa se prohíbe terminantemente a los pilotos y oficiales de los buques gobernar éstos por sí mismos en cuanto entran en el Canal. Tan pronto como un barco se dispone

ces la compuerta de la segunda esclusa y se repite la operación entre ésta y la tercera, hasta que, colocado el barco al nivel de las aguas del lago, navega por sus propios medios. Para descender luego tienen que ejecutarse operaciones inversas en las esclusas de terminación del Canal.

Las obras del Canal.

Las dificultades que ofrecieron las obras del Canal hicieron que éstas se interrumpieran durante muchos años. Las presas y las esclusas se hicieron, naturalmente, de hormigón de cemento, y para construir de estas materias tan enormes muros, los ingenieros america-



Para tomar la altura del lago de Gatun, el barco tiene que entrar en un sistema de gigantescas esclusas, que al llenarse sucesivamente de agua van elevando el navío hasta dejarlo al nivel de las aguas del lago.

a cruzar el Istmo hácese cargo de él dos prácticos pertenecientes a la Empresa del Canal, y el buque, en vez de entrar con propia máquina, es remolcado, o más bien halado, por locomotoras especiales que corren a lo largo de las esclusas. La maniobra puede suponerse cuál es. El barco entra en la esclusa, que inmediatamente cierra su compuerta y se hace entrar el agua de la esclusa de nivel superior. Esto se verifica mediante grandes conductos de enorme diámetro practicados en los muros de las esclusas. Obtenido el nivel conveniente, se abre la compuerta que comunica con la esclusa superior, y el barco pasa a ella remolcado por dos motores eléctricos que corren por ambos costados de la esclusa. Se cierra enton-

nos idearon moldes completamente fuera de las proporciones conocidas hasta entonces. En efecto; recurrieron a unos escudos o especie de planchas de blindaje formadas por placas de acero que les permitió levantar de una vez las murallas, economizando todo lo posible la mano de obra.

Las caras interiores de los muros que están en contacto con el agua son verticales y las caras exteriores forman una especie de gradas, cuya anchura va creciendo desde la superficie al fondo para que ofrezcan una resistencia invencible al empuje del agua.

Para hacer cada uno de los escalones de la cara exterior se emplearon unos escudos de proporciones no muy grandes, fáciles de

transportar, que se subían de escalón en escalón a medida que se iba acabando de hacer cada grada de la gigantesca escalera. El escudo que sirve para contener el cemento que forma la cara interior de los muros consiste en una placa de 30 metros de alto por 12 de ancho, sostenida por pilones metálicos montados sobre unos vagones que se cambian de sitio con facilidad prodigiosa gracias a unas vías férreas tendidas delante de las obras.

El trabajo se hizo por secciones de 9 a 12 metros de largo, ante las cuales se situó el escudo. Por la parte de detrás y a los lados se colocaron los escudos pequeños, y el conjunto formaba una caja de volumen variable. Unos esportones que se deslizaban por lineastransbordadoras aéreas llevaban grandes montones de hormigón preparado que los obreros apisonaban, formando delgadas capas. Una vez terminado y seco un escalón, se desmontaban los escudos exteriores y los laterales se subían lo necesario para formar el molde del escalón de encima.

Para darse una idea de lo que supone la ejecución de las obras del Canal recordaremos que, según cálculos hechos, cada dos

minutos se quemaba una tonelada de carbón, cada minuto se arrancaban del suelo doce carros de roca y arena, cada hora explotaban en la montaña y en la manigua 756 kilos de dinamita, y cada minuto se gastaban en jornales 124 duros.

Durante la construcción hubo que sostener lucha, no contra las tierras, sino contra el clima. Al principio de los trabajos la proporción de defunciones de obreros blancos era de un 50 por 1.000. Estas eran ocasionadas por las fiebres palúdicas. Para evitarlas se montó una brigada sanitaria formada por 1.500 hombres, a los que se dedicaron cinco millones de pesetas al año. Sólo en petróleo, utilizado para combatir al mosquito propagador del paludismo, se gastaron en ese espacio de tiempo más de 500.000 pesetas.

Tal es la historia de los trabajos del célebre canal de Panamá, superior quizá en importancia al de Suez, pues evita a los barcos que quieran pasar del mar Atlántico al mar Pacífico la friolera de 8.000 millas de recorrido, con el beneficio monetario y de tiempo que tal distancia ahorrada supone.

* * *

NOSTALGIA

¡Lejos!...

Llevo en el alma la tragedia infinita de una ausencia tan larga que el corazón abruma: es la ilusión amada como una flor marchita, y el pensamiento un antro de tristeza y de bruma.

El ansia inextinguible de volver a tu lado convierte mi existencia en mortal inquietud, y en las dolientes horas mil veces he soñado, con fruición enfermiza, la paz del ataúd.

Estar siempre acostado, estar siempre dormido, sin sufrir los desvelos del más pequeño afán, y en la absoluta calma del corazón vencido, el placer de ir contando las horas que se van.

Ver, como en un ensueño de fantasmagoría, cruzar ante mis ojos los lances del vivir, y envuelto en mi mortaja de azul melancolía, ni alegrías, ni duelos, ni gozar, ni sufrir.

Sentir en las entrañas un desvanecimiento al perder la caricia de la carne mortal; diluirme en el aire y esfumarme en el viento..
¡Que el espíritu deje su envoltura carnal!

Que el espíritu suba, que el espíritu vuele, dejando las miserias del mundo engañoso, y que nada se oponga ni nada se rebela al paso del altivo paladín del amor...

Del amor infinito, del amor soberano que no tiene cabida en la existencia ruin. El amor del espíritu, que es amor sobrehumano ¡Que es amor que no tiene ni principio ni fin!

Y ya en las altas cumbres donde este amor anida desprovisto de toda sensación material, encontrarme contigo, con mi ilusión querida, trocada en una dulce magnolia espiritual.

Y aspirar en un beso el aroma exquisito de todos tus anhelos y toda tu emoción... Y sentir que al conjuro de este beso bendito palpitaba de nuevo mi muerto corazón...

¡Oh, sublime locura del espíritu amante que sufre las torturas de una ausencia cruel! Mi amor te solicita con afán incesante, y mi alma atribulada te suplica por él.

Joaquín Bonet.



PARA LA HISTORIA DE NUESTRO PROTECTORADO

Sidi Buchuaf, el Cherif de las melenas.

Esta fantástica narración, que demuestra la credulidad y fanatismo de los moros cuando de la guerra con el cristiano se trata, es rigurosamente histórica y nacida de las informaciones, más o menos verídicas, que llegaban de la zona no sometida en la primavera de 1916. Los lectores que en aquel tiempo por allí anduvieron, aun recordarán el nombre, el campamento y las hazañas del atrevido Cherif de las melenas.

Las palabras que figuran en estas páginas, medio moras, medio cristianas, tienen una ortografía arbitraria por ignorar el narrador su exacta pronunciación y escritura, y sólo hace notar, al que no lo sepa, que la *h* de los nombres moros es aspirada.

I

Quién dicen que era Sidi Buchuaf.

Un moro vagabundo, astroso, sucio y harapiento, que, falto de hogar, de familia y de trabajo, paseaba su miseria de zoco en zoco y de poblado en poblado. Vivía exclusivamente de la limosna y del robo; recorría incansable cabilas y cabilas; dormía en algún barranco si por caridad no encontraba mejor alojamiento, y rogaba fervorosamente en cuantos morabitos encontraba a su paso. Arrastraba una existencia execrable y era conocido en todos los rincones por su pobreza y vagancia incorregibles.

Concurría a cuantos zocos se celebraban en el territorio. Parapetado en los tortuosos caminos que a ellos conducían, imploraba la limosna. Recorría los después demandando, a grandes voces, por Alá y por «Munana» algo con que calmar su hambre, y al final de las transacciones, apostado en las avenidas más concurridas, seguía su triste lamentación, mirando con odio profundo a los caides, grandes señores que, jinetes en soberbios caballos, marchaban a sus aduarez envueltos en el fantástico jaique y el albornoz que tremolaba al viento.

Nadie conocía el origen ni los ascendientes de Buchuaf. Su edad—difícil de calcular a un moro, por ser

él el primero que la ignora—podría estar entre los treinta y los cuarenta; tal vez se aproximaba a los cincuenta; su agilidad y esbeltez hacían pensar en la primera; las arrugas del cetrino rostro y las barbas ralas que le encuadraban decidían al observador a suponerle más viejo. Lo cierto es que todo el mundo le conocía y le recordaba de largo tiempo astroso, sucio y harapiento, paseando su miseria de zoco en zoco y de poblado en poblado.

II

Quién es Sidi Buchuaf.

Si, Buchuaf es el jefe de una harka que hace la guerra santa. Parece que su acción no es ofensiva y se limitará solamente a la defensa. Versiones hay que corroboran esta misión. Otras inducen a pensar que si Buchuaf se prepara, reúne, instruye, entrena a sus huestes para luchar contra los cristianos, y mientras sus lugartenientes dirigen a la gente reunida y mantienen vivos sus deseos de lucha, él recorre los zocos como en sus tiempos de miseria. Sin embargo, la diferencia es grande, y el que ayer vivía de limosna y despreciado de todos, pasaba las noches en el fondo de algún barranco, es ahora respetado como un santón que va, al fin, a arrojar de aquella tierra a los españoles malditos.

III

Cómo se verificó la transformación.

Cansado, sin duda, Sidi Buchuaf de su existencia miserable, tal vez acuciado por el hambre, concibió la idea de hacerse grande. También tenía ambición. Y para lograr sus deseos recurrió al expediente, ya practicado con éxito por algún compatriota, de hacer la guerra a los cristianos. Sabía él que había muchos descontentos de la acción española; conocía el sueño de libertad abrigado por muchos moros y compren-

día que dar el grito de guerra sería prender fuego en un polvorín.

Preparó su plan; salvó los inconvenientes que a primera vista aparecieron, y, decidido ya, acometió la empresa.

Para ello se proporcionó una yegua, se dejó luegas melenas que pasaban del cuello, y adquirió, no se sabe dónde, un sable corvo, antiquísimo, antediluviano. Y con estas armas y gran desenfado se presentó en un zoco.

Marchaba vestido de blanco, y blanco era el turbante que rodeaba su cabeza, de la que se escapaban libres, revueltos y enmarañados, sus largos cabellos, que le valieron el sobrenombre de Cherif de las melenas; la barba, crecida y sucia, le daba aspecto más repulsivo que respetable; ceñían sus largas piernas los lomos de la blanca yegua flaca y colgaba de su flanco temeroso sable corvo, antiquísimo y antediluviano.

Decía, con audacia inaudita, que era enviado de Alá; que estaba dotado de poder sobrenatural; que era un santón prestigioso, hijo de ilustres personajes, y en nombre de su religión, pedía ayuda para acometer la empresa que Alá le había encomendado.

Esta era fácil; se trataba de arrojar a los cristianos de las posiciones últimamente ocupadas, hacerlos repasar el Kert y, más adelante, obligarlos a abandonar el suelo africano.

Para convencer a sus oyentes de la facilidad de sus planes y del escaso riesgo existente en ellos, decía: «Yo convierto en agua las balas de cañón y no os harán daño alguno; antes bien, servirán de riego para nuestros campos; las balas de fusil, como menos mortíferas, no tienen importancia y no ejerceré mi influencia sobre ellas; ¿para qué?; pero si una matara a alguno de vosotros, sabed que el paraíso os espera con todas sus huries, que os adorarán y serán vuestras esclavas por morir en guerra contra los cristianos.» Estas y parecidas razones lanzaban a los moros que le escuchaban, entre incrédulos y asombrados, y repitiendo una y mil veces su perorata, trataba de llevar al ánimo de los indiferentes y reacios el pleno convencimiento de lo útil de su cruzada. Y un día y otro marchaba y peroraba pintando con hermosos colores las victorias que alcanzarían y los goces sin cuento que a todos esperaban.

Los moros, unos, le oían indiferentes; otros, pensaban lo que oían y lo discutían sin pasión; los menos, le seguían en su campaña de propaganda, tratando de recoger adictos en los poblados del tránsito.

Pese a los esfuerzos y buenos oficios del Cherif y sus súbditos, no llegaban éstos a cincuenta, y a veces el descontento se iniciaba entre ellos poniendo en peligro el prestigio del nuevo enviado y la ejecución de su magna empresa.

Se ponía en duda el poder que se atribuía Sidi Buchuaf; no encontraban eco sus religiosas predicaciones; el ambiente no le era propicio, y si un acontecimiento inesperado no venía a dar fuerza a sus palabras, pronto fracasaría su intento ante la indiferencia casi hostil con que le escuchaban sus compatriotas.

El acontecimiento esperado llegó, y en un momento aumentó de modo increíble el prestigio del Cherif de las melenas, redoblando su audacia y energía.

IV

Lo que hacían mientras tanto los españoles.-----

Noticiosos, por frecuentes confidencias de indígenas sometidos, de las gestiones de Sidi Buchuaf para organizar la harka, pusieron atención al problema, que, si bien parecía no tener importancia por su camino al fracaso, podía enderezarse la suerte del Cherif y traer como consecuencia choques sangrientos, agresiones aisladas, ataques a posiciones; en resumen, la falta de tranquilidad en el territorio ocupado.

En previsión de estas contingencias, el alto mando dió órdenes a sus tropas de policía indígena de interrogar y descubrir, por cuantos medios hábiles tuvieran a su alcance, los frutos de la propaganda revoltosa. Activáronse las pequisas, los interrogatorios, las confidencias, y la policía de la cabila de Beni-bu-Yahi comunicó a la superioridad que en un próximo zoco de la zona rebelde se presentaría Buchuaf con sus secuaces a los caídos y jefes principales con cartas de personas prestigiosas de otras cabilas que le prometían su apoyo decidido en hombres, dinero y municiones para empezar la guerra.

Había que ahogar el movimiento. Preferible era prevenir a curar. Se dieron órdenes para que un aeroplano, a la hora de más concurrencia en el zoco, volara y lanzara unas bombas sobre él para que, viendo los indígenas el poder de España y las pocas virtudes sobrenaturales del Cherif, desistieran de apoyarle en su atrevida idea.

V

Cómo aumentó el poder del Cherif.-----

El zoco de Yemáa de Beni-bu-Yahi se celebraba con gran animación. Un poco excitados se hallaban los ánimos por las noticias que llegaban. Sidi Buchuaf tenía el apoyo del caid Hach Amar de Metalza, de su yerno el aguerrido Bu-Rahail, de Al-lal el Hariga y de otros cuantos jefes de la zona rebelde. Por otra parte, corrían versiones de que los españoles iban a ejecutar un movimiento de avance por el puerto de Sidi el Bachir y el zoco del Arba del Haraig. Días antes habían sostenido los naturales del país ligero tiroteo con la policía. Con estos dos motivos la conversación no faltaba; el *chau-chau* era continuo. Más importancia se daba a los asuntos políticos y guerreros que al mercado.

Llegó Sidi Buchuaf. Se hizo el silencio en su presencia. Los jefes, olvidando el origen del Cherif, alternaban con él y le recibían en sus juntas; el populacho, olvidado asimismo del Buchuaf pordiosero, le reverenciaba y miraba con respeto. La audacia da más prestigio que una cuna ilustre.

Habló el Cherif; oyó los propósitos de los cristianos; se reunió con los jefes, y las conversaciones, por un momento interrumpidas, volvieron a animarse.

Se apercibió un aeroplano muy lejos. Volaba alto y se acercaba con velocidad prodigiosa. Bien pronto se distinguió el ronco ruido del motor. Se colocó sobre el zoco y, descendiendo rapidísimo en airoso espiral, arrojó una bomba, después otra, otra, hasta seis. Un concierto de horribles detonaciones atronó



Llegaban de los rincones más apartados guerreros que conducían sabrosos presentes

para el jefe, cada uno en la medida de sus fuerzas. Corderos, manteca, miel, cebada, vacas; todo se reunía en montón ante la presencia del Cherif. Y el Cherif sonreía orgulloso; miraba a sus soldados provistos de las armas

el espacio, y los moros, locos de pavor, corrían en diversas direcciones tratando de librarse de aquellas explosiones que el furor cristiano arrojaba desde el aire. Sidi Buchuaf, sin embargo, permaneció sereno. Se dió perfecta cuenta de lo ocurrido y se apresuró a sacar partido de ello en beneficio de su propaganda. ¡Ya no podrían negar su poder, su virtud, su influencia sobrenatural!

Quiso la fortuna que de las seis bombas lanzadas por el avión una cayera en el zoco; pero chocando, sin duda, en terreno blando, se hundió sin explotar; las otras cinco cayeron fuera de los grupos y detonaron con estrépito, levantando densa humareda y proyectando violentamente gran cantidad de piedras en forma de gigantesco surtidor. No hubo ni un herido. Pasado el primer momento de espanto, acudieron todos al zoco atraídos por la curiosidad de ver lo trágico, lo horrible, lo macabro, de lo que se ha escapado gracias a la buena fortuna, y el Cherif, al verlos reunidos, aprovechó el momento para obtener un éxito.

—¿Veis?—decía—. No podéis negar mi poder. El *pajarón farruco* llegó al zoco y puso sus huevos; el que cayó aquí dentro fué convertido en agua; de no ser así, hubiera hecho mucho daño; los demás cayeron fuera y produjeron un infierno; no importa; esos no hacían daño y por eso no influi sobre ellos. Demos gracias a Alá, que, con mi presencia y por mi intervención, ha evitado una gran desgracia.

El auditorio acogió estas frases con silencio; después prorrumpió en horribles imprecaciones contra los cristianos, ensalzando a Alá, a Mahoma, a todos los *morabos* y al gran Sidi Buchuaf, el omnipotente Cherif de las melenas.

Aquel solo hecho milagroso engrosó considerablemente sus filas y, terminado el zoco, corrió la noticia como reguero de pólvora por todos los rincones de las cabilas, levantando a los poblados en masa al grito de «guerra a los cristianos». Quedó sancionado, respetado y reverenciado de tan extraño modo el poder y el prestigio de Sidi Buchuaf.

VI

Cómo afirmó su autoridad.

Después de tan asombroso suceso, vió aumentar sus huestes en número considerable.

más heterogéneas: éste tenía un viejo Remington y cuatro cartuchos; aquél, un Máuser sin municiones; otro, una gumia y un caballo; no escaseaban los fusiles ingleses y franceses, y esta tropa, que jamás se reunió para combatir, se mostraba disciplinada y reverente a las órdenes de Sidi Buchuaf.

Este, sin embargo, no estaba contento. Le faltaba algo, un golpe de mano, un combate con los cristianos, algún nuevo suceso que pusiera su nombre a una altura no igualada por otro alguno. El pensaba que la suerte había que buscarla con audacia, y, fiel a su pensamiento, decidió establecer su campamento a la vista de las posiciones españolas.

Súpose en las cabilas la nueva hazaña de Buchuaf y nadie dudaba ya de su influencia; engrosó la harka y todos los poblados se apresuraron a enviar, para su sostenimiento, los viveres que el Cherif solicitaba.

Y de vez en vez, los grandes caides visitaban al personaje, que les recibía satisfecho, mostrándoles sus huestes, sus disposiciones defensivas y prometiéndoles, para lo sucesivo, grandes hechos que responderían a la confianza en él depositada.

Enterados al detalle de todas las maniobras del Cherif, esperaban para obrar la más pequeña provocación por su parte; pero éste se mostraba prudente. Además, las tropas se preparaban para operar por otro sector distante del campamento rebelde, y convenía que éste continuara en su sitio, sin estorbarle



mucho, para evitar combates el día de la operación. Por esta razón, sin perderle de vista, se aguantaba su vigilancia hasta terminar el plan de la superioridad.

Y una mañana apareció el *pajarón* con su carga mortífera; descendió sobre la presa y arrojó cinco bombas, que cayeron fuera del campamento, no haciendo ninguna baja; en cambio, los moros, que al ver el avión hicieron fuego sobre él, atravesaron la cabina donde iba el piloto, saliendo éste ileso de milagro y marchando rápido al campo de aterrizaje.

Pasados unos momentos del ataque aéreo, y cuando estarían calmándose los ánimos rebeldes, después del susto, disparó una batería para medir la distancia que separaba un campamento de otro; hizo la horquilla con dos disparos y ninguno hizo blanco; no se tiró más por impedirlo órdenes superiores.

Soliviantados los moros por tan bruscos ataques, avanzaron y se entretuvieron en su distracción favo-

Sidi Buchuaf organizó sus fuerzas, las hizo confiar en su poder, pintó a sus ojos un cuadro de gloria y de victoria y emprendió decidido la marcha hacia el lugar del fuego. Sacó su sable, soltó al viento sus grises cabellos, tomó el mando de la caballería y partió al galope lanzando gritos que repetían sus jinetes enardeciéndose.

La policía montada retrocedió dejando paso a su infantería; ésta rompió un fuego nutrido que desordenó un tanto a los rebeldes; pero rehechos, acometieron bizarramente a las tropas indígenas, rompiendo sus filas y mezclándose con ellas en furiosa acometida; la policía rechazó la carga; hubo una mezcla de las dos caballerías, que se perseguían tenazmente; se ocuparon unas casas por las fuerzas a pie; fueron desalojadas de ellas por los rebeldes y empezaron la persecución de la policía, que, atropellada, sin municiones, sin reposo, empezaba a flaquear; de



rita: tirar a los cristianos, convencidos, una vez más, de que eran inmortales bajo las órdenes de Sidi Buchuaf.

VII

Consagración del Cherif.

Una mañana se llevó a efecto el avance anunciado. Con este motivo, las tropas de policía indígena, las regulares y las europeas, se hallaban concentradas en la parte oriental de la zona, y al amanecer quedaban ocupadas, sin disparar un solo tiro, las posiciones elegidas por el mando.

Vigilando al Cherif quedó una «mía» (1) con orden de iniciar un falso avance a fin de atraer a la harka, distraerla y evitar que hostilizara a las tropas mientras se fortificaban las nuevas posiciones.

Y muy de mañana la caballería de la «mía» vigilante ocupaba las lomas fronterizas que acababan en el río y hacía demostraciones de continuar el avance. Los jinetes del Cherif que hacían la descubierta fueron sorprendidos por las tropas de policía; rompieron el fuego tratando de detenerlos, mientras alguien llegaba al campamento rebelde y daba la noticia del ataque que empezaba.

(1) Reunión de 100 jinetes. Por extensión se da este nombre a las unidades de policía que operan en cada cabila, aunque su efectivo sea superior.

nuevo las tropas montadas establecieron el equilibrio; los rebeldes huían esparciéndose por las lomas, corrían sin descanso, lanzaban alaridos ensordecedores; hubiérase creído que, perdida la confianza en el Cherif, apoderado de ellos el pánico, no detendrían su alocada carrera hasta llegar al campamento. Deshecha la mezcla, intervino la artillería; la metralla los perseguía; los proyectiles explotaban sobre los fugitivos, que corrían desalentados; el Cherif se multiplicaba; galopaba de uno a otro lado organizando el combate, dando ánimos y confianza a sus desmoralizadas huestes.

Cansado el Cherif de tanta indecisión en el combate, reunió su gente al abrigo de una altura; dió orden de retirarse a la fuerza de a pie y cargó briosamente con la caballería; llegó al choque; pero pronto fué rechazado por la tropa montada; tuvo tiempo, sin embargo, el Cherif de herir con su sable a un policía que le apuntaba, al cual dió dos sablazos, sin que el herido pudiera disparar su arma sobre Sidi Buchuaf, no por falta de tiempo ni de deseos, que éstos fueron muchos, sino por el gran poder del santón, que con su grandiosa influencia impidió la salida del tiro; el policía, convencido de la inviolabilidad del Cherif, quedó aterrado por haberle hecho frente, y esperaba temeroso y abatido el castigo, que pronto llegaría por tamaño desacato.

Rechazados definitivamente los rebeldes, se retiraron lentamente al campamento; para ellos, el combate fué un éxito, pues que los cristianos no lograron avanzar; las bajas fueron escasas y el Cherif llevó el peso y la dirección del combate con arrojo y heroísmo inauditos.

La noticia del choque con el policía que no pudo disparar su fusil corrió rápidamente de boca en boca, y ante esta inviolabilidad, varias veces probada, pasó el nombre de Buchuaf a colocarse entre los de los santones más temidos y respetados por sus virtudes y milagros.

Hasta la policía creyó en tan mágico poder, asegurando que sus ataques serían terribles, pues el efecto producido por su presencia les impedía hacer fuego sobre él y serían vencidos sin lucha.

VIII

El zoco de Bu-Ermana.

Era una hermosa mañana de abril. El zoco de Yemáa, de Bu-Ermana, se celebraba con la animación acostumbrada. Establecido en las márgenes del Baax, aflúan a él los caminos de todas las cabilas más importantes, por donde transitaban durante la mañana gran número de mercaderes con los productos de su comercio. En este zoco se verificaban grandes transacciones y era celebrado por su importancia comercial y guerrera.

Alineábanse, en extensa llanura, las *jaimas* (1) de los *sangradores*, que, con unción digna de mejor causa, se entregaban a su repugnante tarea de extraer la sangre de los cerebros indígenas para evitar congestiones en los tiempos calurosos que llegaban.

Seguían otras *jaimas* donde los *maestrones* fabricaban los apelmazados buñuelos de exquisito gusto para acompañar al té; enfrente se hallaban las cantinas, en las que *a perra a perra* se despachaban los vasitos del famoso *atai*, que los moros tomaban en cortos y ruidosos sorbos; las mujeres, en pequeños corros, establecían sus puestos de naranjas, higos, pasas; más allá se reunían los vendedores de cebada, de ovejas y vacas, y un poco alejados, los herradores, negros y fornidos en su mayoría, ponían cercos de hierro a las bestias en sus cascotes, extremadamente cortados por las lumbres. Algún pordiosero imploraba la caridad a grandes voces en nombre de Muley Dris, y en el centro del zoco una compañía de saltimbanquis y encantadores de serpientes, tocados de harapos de rabiosos colores, empezaban la función, vendiendo amuletos para curar dolores y lanzando al aire las monótonas y plañideras notas de su flauta de caña, mientras canturreaban canciones tristes y melancólicas para adormecer a las serpientes.

Todo era animación, algarabía, expectación en espera del Cherif, cuando un nutrido cañoneo puso el espanto en el ánimo de los concurrentes; las explosiones se sucedían con estruendo; las granadas, rotas en mil pedazos, sembraban la muerte por todos lados; un griterío ensordecedor se extendía por el llano; las vacas, los borregos, huían en todas direcciones; las mujeres corrían aterradas, siendo detenidas en su loca carrera por algún proyectil que daba

con ellas en tierra; los alaridos de dolor se confundían con los gritos de rabia y las maldiciones contra los cristianos; el ambiente se cubría de una densa polvareda irrespirable que, haciendo invisible la escena, anonadaba más y más a los fugitivos, que caían aquí y allá en los embudos practicados por los proyectiles. Todo era confusión y desorden y todo duró quince minutos.

Cuando el cañoneo terminó, el espectáculo era horroroso: más de doscientas personas yacían en el suelo; los lamentos de los heridos se confundían lastimosamente con los gritos de los animales que, alcanzados por la metralla, también luchaban con la muerte. Los mercaderes que quedaron ilesos seguían su carrera loca, sin pensar en volver por sus productos abandonados; y en estas circunstancias terribles llegó el Cherif, cuya melena flotaba al viento. Reunió a los dispersos, prestó sus auxilios a los heridos organizando su transporte, y cumplidas estas misiones, hizo notar a los que le seguían su ausencia del zoco durante la catástrofe y marchó lentamente al campamento.

De haber estado él presente—pensaba—no hubiera ocurrido nada.

Al día siguiente aumentaba considerablemente su harka, a la que prometía una rápida y ejemplar venganza.

IX

Nuevas hazañas de Sidi Buchuaf.

Desesperado por la catástrofe del zoco, si bien contento por el magnífico resultado que dió para su autoridad, emprendió una serie de ataques a los diversos puestos avanzados, de los cuales salió sin bajas, al menos sensibles, sin que dejaran sus tropas de producir alguna en los cristianos, además de sembrar la alarma en la tranquilidad del territorio.

Estas nuevas correrías, sus propósitos para un porvenir próximo y su entereza y decisión para marchar siempre delante desafiando gallardamente a sus enemigos, le mantenían a una altura que empezó a preocupar seriamente a ciertos caides celosos del prestigio del Cherif.

X

Cómo cayó de las cumbres de su poderío a los abismos de la impotencia. - - - -

Envidioso y preocupado se hallaba el gran Hach Amar, el más notable jefe de Metalza, ante la importancia extraordinaria que adquiría por días Sidi Buchuaf. No se le ocultaba que iba siendo éste la persona más notable, no ya de su cabila, sino de todas las colindantes, y asimismo comprendía que la aureola que rodeaba *al de las melenas* oscurecía su autoridad, hasta entonces inmaculada.

Pensaba también que, dejando al Cherif en brazos de su buena fortuna, llegaría un día, no muy lejano, en que pasara a segundo término su personalidad, que entonces se acataba como la principal y más prestigiosa. Maldijo la hora en que tan benévolamente ofreció su apoyo al revoltoso, decidió oponerse a sus planes y llamó a su lado a su yerno, el fantástico, arrojado y con razón temido Bu-Rahail, que tenía a su cargo la célebre caballería de Metalza.

(1) Especie de tiendas como las usadas por los gitanos.

Largo rato estuvieron encerrados en interesante conversación; algunos criados marchaban en busca de personas de mérito, que llegaban rápidas y silenciosas, saliendo, tras la consulta, decididos y misteriosos a cumplir el encargo del jefe.

La gran casa del Hach, que se asienta tras las lomas de Rauda el Hamara, se vió hasta media tarde visitada por cuantos moros representaban algo en la cabila; a esa hora se separaron suegro y yerno, y el gran Sidi dedicó al descanso y a la meditación las horas que le quedaban de día... Un bello atardecer de abril le sorprendió en sus oraciones, más fervorosas que de ordinario... Y llegó la noche.

Al punto de ponerse la luna empezaron a llegar hombres armados, a pie y a caballo, a los alrededores de la casa del Hach; marchaban silenciosos, y los que hablaban lo hacían en voz tan baja, que parecía aquella tropa un ejército de fantasmas. Tranquilamente discurrían algunos en lentos paseos; sentados los más, hacían corros, de los que algún ligero susurro se desprendía, y mientras tanto seguían llegando más y más combatientes para aquella misteriosa expedición.

Una hora después, formados en diversos grupos, capitaneados por Hach y Bu-Rahail, salieron tan silenciosos como habían llegado, marchando hacia las márgenes del Kert.

El campamento de Sidi Buchuaf, que breves momentos antes dormía tranquilo y confiado, arde ahora por los cuatro costados; los caballos huyen desparados, lanzando al aire el espanto de sus relinchos; las gentes acampadas, sorprendidas, asustadas, buscan sus armas y disparan a ciegas; pretenden detener a un enemigo cuyo número y procedencia ignoran; los atacantes razian con valor y crueldad cuanto encuentran a su paso: siegan cabezas, atraviesan pechos y disparan sin tregua, ensañándose fieramente con los aturridos y sorprendidos de la harka. Sidi Buchuaf trata de imponerse; pero, alocado como los demás, no lo consigue y es herido. La nueva de esta desgracia cunde, y con ella el pánico; los harkenios huyen, se desbandan, dejan el campo a los agresores, que no respetan nada, y poco tiempo después, todo arde en fantástica hoguera, quedando reducido a cenizas. Buchuaf, rodeado, acometido por crecido número de moros, recibe una segunda herida y cae al suelo; va a ser muerto; pero una voz autoritaria se deja oír y le salva la vida, siendo conducido a la casa del Hach Amar, donde queda protegido por la autoridad del jefe.

Después, el ejército congregado en silencio, en silencio se disuelve, y al cabo de una hora todos descansan; la lastimera queja de Buchuaf, los tristes lamentos de los heridos y una leve columna de humo que se eleva donde estuvo el campamento, y que la calma de la noche no osa deshacer, son los únicos vestigios del breve combate habido momentos antes.

XI

Camino de la muerte.

Por zocos, cabilas y poblados ha corrido la voz de lo ocurrido la noche antes. Los fugitivos se encarga-

ron de dar la noticia, y no hay lugar donde no se sepa lo acaecido. Se comenta apasionadamente el suceso y no parece que de él librara muy bien el Cherif de las melenas. Su prestigio, su santidad, la adoración y respeto que hacia él sentían las gentes, prerrogativas adquiridas todas poco a poco y a costa de valor, audacia y desenfado sin límites, caen rápidamente ante la consideración de la reciente derrota. Es frecuente que la alta posición adquirida a fuerza de trabajos caiga de un plumazo como un castillo de naipes, y los adoradores de un día, atraídos penosa y lentamente, vuélvense en un momento los más mortales enemigos; que más adoradores tiene la suerte y la opulencia que la desgracia.

«Si su poder era tan grande—preguntaban—; si era enviado del Profeta, ¿por qué se dejó vencer y destruir sus huestes?» La contestación a esta pregunta coincidía en todas las bocas: Buchuaf era un vagabundo aventurero que así tenía de santón y de milagroso como de veraz y enviado de Alá.

Y los que antes le adoraban, pedían su cabeza para ejemplar castigo, si es que no encontró la muerte en la batalla última, pues, ciertamente, nadie sabía su paradero.

No se encontró su cadáver. Alguien, enterado por conductos seguros, hizo saber que Buchuaf estaba en casa de Hach Amar, y allí se dirigieron las turbas pidiendo la entrega del falsario para hacer un señalado escarmiento.

El Hach, queriendo librar al herido de las furias de las gentes, se resistió a entregarle, apelando a su autoridad para lograr sus deseos; pero ante la actitud amenazadora de los engañados, y por el temor de malquistarse con ellos, evitando además el peligro de que le obtuvieran por fuerza, le entregó con pesadumbre por lo que ocurriera después.

XII

Cómo acabó Sidi Buchuaf.

En manos ya de sus soldados de breves días, procuró atraerlos y excitarlos a compasión; sus heridas bien a las claras demostraban que fué fiel a su gente y a sus doctrinas; no huyó; quedó al frente de sus huestes hasta caer herido. Pero no convencían estas razones a sus burlados oyentes. Iba a ser víctima de su propia y desmedida ambición. Desde la nada se quiso elevar con engaños y malas artes, y quiso eclipsar a cuantos le habían precedido en la predicación de la guerra santa, y cuanto mayor fué su altura como basada en cosas falsas y absurdas, mala cimentación para cualquier obra, mayor fué su caída, que no paró sino en la muerte.

Barbaramente sacrificado sin piedad alguna, le cortaron la cabeza, y para certificar y convencer a todo el mundo de su muerte, fué clavada en el extremo de un largo palo, y así como Buchuaf en otro tiempo paseaba su pobreza, y después predicaba sus doctrinas, así sus enemigos paseaban su cabeza entre las burlas de las gentes de zoco en zoco y de poblado en poblado.

El Capitán Crispín.

Agosto de 1920.

EL ESTILO ES EL HOMBRE

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO.)

Hace tres días hallé sobre la mesa de mi despacho una tarjeta de visita en la que podía leer todo el que supiera:

Escolástico Tracamundana

COMADRÓN

Empezaré por confesar al lector con toda sinceridad que, por el momento, de todo género de auxilios podría yo necesitar menos de aquellos que constituyen el *modus vivendi* del que de partear vive.

No tenía el honor de conocer y, por consiguiente, de contar en el número de mis amigos al Sr. De Tracamundana.

¿Qué significaba, pues, su tarjeta?

Interrogué en forma a mi criado y contestóme así:

—Ese señor ha venido a ver a usted dos veces; es el que se ha mudado a la habitación de enfrente; esta mañana, al dejar la tarjeta, dijo que volvería.

—Pero, hombre, ¡qué insistencia!... ¿Para qué me buscará con tanta solicitud?

Y aquí llegábamos en nuestro diálogo cuando se dejó oír en agudas y violentas vibraciones la campanilla de mi casa, agitada por mano furiosa.

—El Sr. D. Eduardo—oí que preguntaban—, ¿está?

—Sí, señor—le respondió mi secretario.

—¿Puedo tener el gusto de verle?...

—Sírvase usted pasar a su despacho.

Y acto seguido apareció a mi vista un hombre de mediana estatura, buen color, aspecto pulcro, rechoncha forma y un tantico cargado de espaldas.

Sombrero en mano, y con la derecha tendida hacia mí, la cual estreché con alguna prevención, me saludó cortésmente, y después del consabido:

—Bien, gracias; ¿y usted?

—Gracias.

—¿Y la señora? «Gracias.»

—¿Y la de usted? «Gracias.»—y después de tantas gracias, le brindé a ocupar un sillón, y mi hombre rompió a hablar en estos términos:

—Hace mucho tiempo que deseaba tener la concupiscencia de conocer y saludar a usted.

Me recliné instintiva y previsoramente en el respaldo de mi silla.

—La casualidad—continuó—ha querido que, al mudar de domicilio, haya venido a ser vecino de usted, y el deber de la *filantropía* me proporciona el gusto de ofrecerle mi casa y mi inutilidad.

—Estimo mucho su atención y tendré sumo gusto en pasar, a mi vez, a saludarle y ofrecerme por suyo.

—Es usted muy dueño de pasar, desde ahora, cuando y como guste. Yo formé hoy el propósito de venir a esta casa, y no encontrándole en ella, me dije: «Pues haremos tiempo»; y mire usted, no le he perdido. Primero me entré a oír misa en *San Ignacio de Loyola*, y después he visitado una de las escuelas municipales de *adúlteros*.

—¿Qué jerigonza es esta?—me pregunté al oírle soltar el quinto gazapo—. Este hombre no tiene conmigo la más remota confianza para bromear, y si habla en serio, como es de suponer, constituye un tipo digno de estudio. Observé y, efectivamente, mi D. Escolástico tenía, para su uso particular, un vocabulario de dicciones a cual más peregrinas.

Por el hilo sacarán ustedes la madeja.

—Yo, amigo mío—dijo continuando la conversación—, soy hombre pacífico si los hay; enemigo de *circunvoluciones* y trastornos, vivo del producto de mi profesión y alguna rentilla, y cuando temía se *inflamase* la guerra civil, horrorizado por los efectos de las *luchas intestinales*, me fui al Extranjero.

—¡Hola!... ¡hola!... ¿Y dónde sentó usted su campo?

—En París, en el bulevar *Monmetre*, en una habitación de las que llaman allí *meson muillé*.

—¡Ay, amigo mío... y qué bien lo pasaría usted en la capital del mundo!

—Sí tal: puedo *aseverar* a usted que experimenté

grandes *conmociones*. Sobre todo, el día que subí hasta la *crápula de los Inválidos*; crea usted que ante el panorama que se ofrecía a mi vista me quedé *exótico*. Además, París, como es sabido, es la ciudad en la que se divierte uno *volis nelis*, y donde todas las contrariedades son *petaca minuta*, cuando se dispone de algún *archán*. Aquí, en nuestro pobre país, ya sabe usted lo que pasa. Vivimos siempre suspendida sobre la cabeza la espada de *Demóstenes*, y sin que uno lo quiera, se encuentra con que le hacen *solariego* de tales o cuales ideas, y el día menos pensado se ve en el caso de andar como el alma de *Garibaldi*, o condenado a vivir en el *misticismo*.

—Visité en París las *Catacumbas*, el colegio *Pirotécnico*, la columna *Pendóm*, el *Jardín de Artes y Oficios* y la *Es-*



cuela de plantas, y por sus relaciones tuve ocasión de admirar un eclipse desde el *Conservatorio astronómico*; ¡qué *microscopios* aquellos! ¡No parecía sino que, *ad pedem literas*, tocaba con la mano el *discolo* de la luna!...

Corté aquí el hilo de la conversación, pretextando la asistencia precisa a una junta en la que iba a tratarse de la creación de un monumento a la memoria de un hombre insigne, y mi D. Escolástico, preparado ya a salir, se desahogó todavía diciendo:

—¿Es por suscripción tan plausible obra?...

—¡Si tal!

—Pues cuente usted desde ahora con mi humilde óvalo,

porque estas obras ya se sabe que llegan a verificarse reuniendo un capital a fuerza de pequeñas *diócesis*.

No pude más: le empujé hasta la puerta, le despedí con cuanta seriedad y cortesía me fueron posibles, y acto seguido tomé nota de la diezmillonésima parte de sus dislates para hacerlos públicos en este bosquejo, encaminado a enseñar un hombre por su manera de hablar.

O lo que es lo mismo: a ofrecer al lector una prueba de la verdad con que el sabio naturalista, escritor y académico dijo: *El estilo es el hombre*.

Eduardo Saco.

De un viaje por Italia.

UNA DUCHA ORDENANCISTA

La escuela municipal de Turín, que es, quizá, la más hermosa de Italia, y una de Milán, son escuelas públicas italianas donde se da la ducha a los niños. Al principio fueron adversas a la institución varias madres: unas—pobrecillas!—, porque se avergozaban de que se pusiera en exhibición la miseria y hasta la carencia de la ropa blanca filial; otras, por el temor de mil desgracias.

Fuí a ver a una «primera clase», que pasaba a la ducha en dos divisiones, de unos quince niños cada una, todos entre seis y siete años.

Llegué cuando estaban en el salón destinado a despojarse de los vestidos, sentados en dos filas de asientos fijos, quince en un lado y otros tantos en otro, mediante un amplio listón de madera y hierro: cada asiento estaba flanqueado por dos tabiques, como un compartimiento de confesonario, con una percha arriba, de donde colgaba una sábana.

Se estaban desnudando según las prescripciones, «con pudor», teniendo mucho cuidado de no sacarse la camisa antes de haberse puesto el «costume», con cuyo francesismo hiperbólico se indica un a modo de delantalito gris que les envuelve los costados y se anuda en los riñones.

El acto de desnudarse iba lentamente, un poco por la inexperiencia de las manecitas, algo por la impaciencia que brillaba en los ojos de todos.

Por fin, los primeros quince estuvieron listos, envueltos en las sábanas, y alineados.

El jefe—un niño rubio, con voz de tórtola—ordenó: «Flanco derecho, adelante»; y la fila se

movió hacia la «pieza donde hacen llover». Según expresión de un niño.

*

Ya están en la pieza de las duchas, alineados a lo largo de las paredes, a tres pasos uno del otro, cada uno bajo el irrigador que les rociará encima con agua tibia.

El jefe manda:

—¡Abajo las sábanas!

Se ejecuta la orden.

—¡Un paso adelante! ¡El pecho a la ducha!

Pero en el primer momento, ¿quién podría darse cuenta de lo agradable del espectáculo?

El ánimo queda suspendido y conmovido por esa desnudez pura y sagrada de la infancia, en que más que nunca se admira.

Y después uno ríe por la variedad cómica de los movimientos y actitudes de los bañistas. Algunos presentan el pecho a la ducha con ciertas posiciones descaradas, como si desafiaran la cascada de un torrente, o como los héroes de las tragedias que se ofrecen al hierro enemigo, gritando: —¡Herid!; otros, al ofrecer la espalda, arquean la frente entre las rodillas y se encogen, pareciendo transformados en renacuajos; algunos se encorvan debajo del agua, como gatos acatufados, y gozan allí, con la cabeza metida entre los hombros y los brazos cruzados sobre el pecho, con los ojos cerrados, como si chuparan un caramelo.

Comprendo ahora lo que oí decir al ayudante, de que cuando un niño, por indisposición, debe quedarse en casa el día de la ducha, no puede estarse quieto,

y cuando se ponen dos bajo la lluvia, el más atrevido empuja al otro y tiene que acudir el jefe para poner en su puesto al usurpador.

Siguen las órdenes:

—Tomad el jabón.

—Jabonaos el pecho.

—Jabonaos los pies y las piernas.

Al oír la voz de mando «Flanco izquierdo, rompan filas», creí que había acabado, y pregunté por qué no se jabonaban también la espalda. Me respondieron que el reglamento también atendía a esto, y que lo vería dentro de poco.

Y, en efecto; apenas apretada la hilera, como para ponerse casi en contacto las narices con la nuca, cada uno de esos muchachos que llevaba todavía en la mano el jabón, a la voz de mando se puso a jabonar la espalda que tenía delante.

Sólo el último trabajaba sin reciprocidad.

Pero se dió la voz de mando de «Cambio de frente» y el bis de la operación, y entonces también el último tuvo el beneficio sin la fatiga, como le había tocado antes a la cabeza de la fila.

Cuando se hizo la segunda jabonadura volvieron a pasos militares a sus puestos para dar la ducha a sus espaldas blanqueadas.

Después, todos a la vez, se pusieron las sábanas, se envolvieron, dejaron caer al suelo los delantalitos mojados, y «Flanco izquierdo, adelante», volvió a empezar el desfile de los senadores romanos, frescos rozagantes y contentos, para entrar otra vez en el salón de vestirse.

EL ABRAZO

(Cuento recomendado en el concurso.)

Por LEOPOLDO AGUILAR DE MERA

I

Cuando remontaba las escaleras de uno de los barracones del cuartel de Cabrerizas Altas oí la voz firme y rotunda del sargento Peñalba que recorría todas las escalas del impropio y del sonido amonestando a alguien.

Antes de entrar escuché algunos instantes; sin duda, la falta cometida por el reprendido debía ser grave; simulando no haber escuchado nada, penetré en el local y encontré al sargento Peñalba paseando su fornida humanidad ante la compañía formada.

—¡¡Compañía, firmes!!

Un temblor uniforme conmovió la masa; después, cada hombre una estatua, cada rostro un gesto impávido.

Aquel día la compañía salía para el campo, quiero decir que dejaba Melilla, para acudir a guarnecer una de las posiciones avanzadas que iban, poco a poco, engrosando el puñado de tierra que cogía España al hundir su brazo en

el mar y asomar su mano nervuda y fuerte sobre las costas de Africa, en un ademán de amistad y de conquista.

«Salir al campo» supone en Africa muchas cosas: supone las penosas jornadas a través de páramos, donde el sol se conjura con el polvo para cegar los ojos y abrasar los labios; supone recorrer campos incultos, donde los matorrales escasos, al ocultar al enemigo audaz, son, no una sonrisa, sino una mueca trágica de la Naturaleza; supone despedirse de la alegría española del Barrio obrero para sumergirse en la pavorosa inercia de un recinto, donde es la esperanza en el correo toda la esperanza; supone encarcelarse tras un parapeto de piedra, a su vez aprisionado por una espesa alambrada que pone en torno como una telaraña cautelosa; y suponiendo todas estas cosas, la compañía salió al amanecer del cuartel de Cabrerizas, cuando estaban

los objetos como sumergidos en un inmenso acuario y ponían los labios del alba un beso rojo y luciente sobre la mejilla aterciopelada del mar...

II

Atrás quedó Melilla, con sus calles en embrión y sus casas de un piso, que daban al forastero la sensación de haber quitado, en un febril deseo de extensión, los pisos de los altos edificios, colocándolos acá y allá como dados de un juego interrumpido. Un tren de mineral cruzaba rau-

do, coronado de penachos de humo, que la aurora hacía rosados, y lanzando agudos silbidos, que rechazaban los picachos del Gurugú con iracundia de vencidos; dormitaban aún en el blando lecho del puerto los grandes navíos, en tanto que las lanchas pesqueras moteaban ya de blanco la inmensidad del mar, como niños traviesos que, deseando jugar, despertasen con el sol.

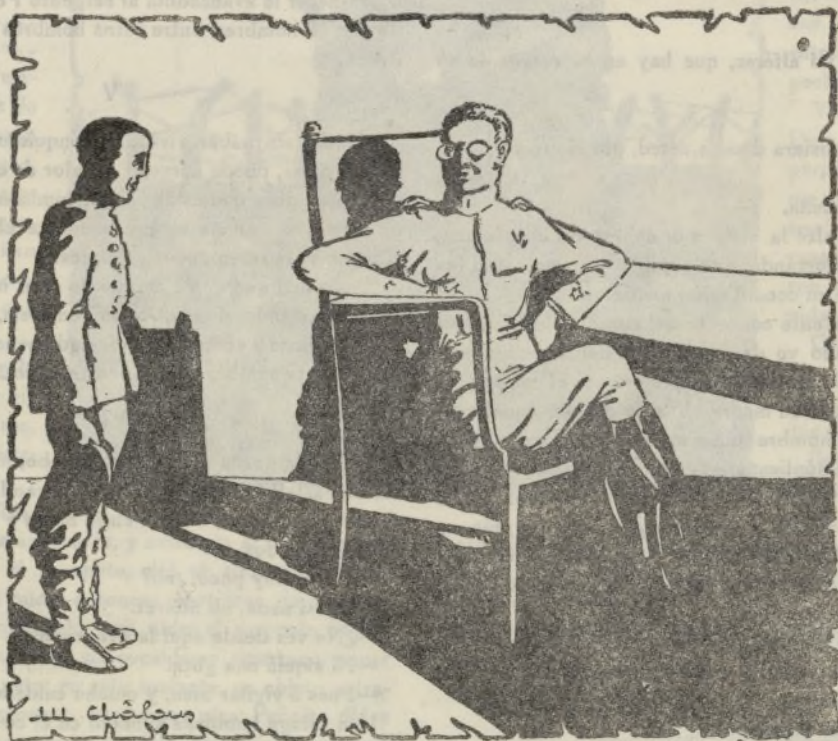
El cielo, terso, diáfano, miraba su rostro embellecido en la cornucopia del mar; y era todo aquel conjunto de actividad y color, ruidos y aromas, como una invitación a la Vida.

Así debió sentirlo un pecho varonil y recio que lanzó al espacio una copla:

Debajo de tu ventana
me dió sueño y me dormí;
me despertaron los gallos
cantando el quiquiriquí.

Coreada con oles y vítores, en tanto que otra la secundaba:

Por Dios, no me desampares,
que me falta la calor
de mi pare y de mi mare,
y en fartándome la tuya,
no tengo calor de naide...



A la que sucedieron otras y otras, seguidas de risas, oles y aplausos; era el alma popular que sentía el instintivo deseo de saludar al sol, como lo saludan las flores, las fuentes y los pájaros.

III

Por ambos lados del camino los soldados caminaban satisfechos y alegres; ya brillaban al sol los cañones de los fusiles, las chapas de los correajes, el metal de las bayonetas.

Llamé al sargento Peñalba, el gigantón marcial que, con los ojos fijos en el suelo, caminaba en medio de la columna, como preocupado en no perder el ritmo de su propio paso.

—¿Qué sucedió esta mañana en la compañía?

—Nada, mi alférez.

—Cuando yo entré le oí a usted gritar.

—Es que...

—¿Qué?

—¿Sabe usted, mi alférez, que hay en la compañía un mal soldado?

—¡Caramba!

—Yo no se lo quisiera decir a usted, por si creía...

—¿Quién es?

—El corneta Ludeña.

Instintivamente alcé la vista a la cabeza de la columna; allí iba Ludeña, esforzándose en suplir con su voluntad los escasos vigos de su constitución mediocre.

Yo tenía un excelente concepto del corneta Ludeña; muchas noches, estando yo de guardia, me había pedido permiso para salir del cuartel, y siempre era con el mismo pretexto: para cenar con su madre. Y a fe que en aquel niño grande o pequeño hombre tenía mucho de verdad y sentimiento la inocente súplica; era su madre una pobre lavandera que vivía en un chamizo, junto al Río de Oro, y que no tenía más hijo que él; y Ludeña, por sólo ese afán, se comprometía a volver a las dos horas, no obstante emplear cerca de hora y media en ir y volver a través de la noche, que no siempre era apacible.

Por eso no dejó de extrañarme la queja del sargento Peñalba; y para desentrañar la verdad que pudiera haber en ella, ahondé el diálogo.

—Pues ¿qué hace Ludeña?

—No hace nada, mi alférez, y lo hace todo.

—No comprendo.

—Quiero decir, mi alférez, que él es quien me ha puesto el nombre de Sansón; se le nota que le cuesta mucho trabajo obedecer..., créamelo, mi alférez; y además sé, y bien sabido, que me odia hasta lo imposible.

—Hombre...

—Usted, mi alférez, creará que soy exagerado; pero no quisiera yo verme agonizando de sed, y sin más agua que la que él me diera, aunque tuviese un río...

—El que manda se debe hacer respetar y querer.

Al oír estas hermosas frases de las Ordenanzas, Peñalba se mordió los labios, contrayendo los bigotes negros y erizados.

Y añadió:

—De cualquier falta de respeto que en adelante cometa

el corneta Ludeña, deme inmediata queja; mas cuide también de que esa queja no sea injusta.

Y diciendo estas frases, le despedí.

Atrás quedaba Mar Chica, inmóvil y triste como una pupila enferma. Las chumberas moteaban de verde las laderas agrestes, donde los adueros, humeando, eran como harapos encendidos.

Los soldados comenzaban a hacer uso de sus cantimploras, y el polvo empezaba a conjurarse con el sol...

IV

Mediada la tarde llegamos a la posición; constaba ésta de posición, propiamente dicha, y avanzadilla, distante de la posición unos cien metros y separada de ella por un profundo barranco.

Sin que yo llegara a enterarme, el capitán había enviado a guarnecer la avanzadilla al sargento Peñalba, acompañado por 12 hombres; entre estos hombres iba el corneta Ludeña...

V

¿Quién, sin haber vivido las inquietudes y penalidades de la guerra, puede apreciar el valor de una noche de luna?

¿Quién diría que estas claras, luminosas noches, tienen un atractivo que no es precisamente el de los plateados effluvis y las serenidades estelares?

En verdad que quien así no lo crea no ha estado unas horas prestando el servicio de centinela, frente a un campo misterioso y oscuro, donde cada peña esconde una perfidia y cada sombra oculta una traición...

VI

—Está la noche como boca de lobo, mi alférez — me decía un castellano rudo y noblote, mirando el negro misterio de las sombras, el fusil en la mano y la atención en todos los sentidos.

—Se ve muy poco, ¿eh?

—Cuasi nada, mi alférez.

—¿No ves desde aquí la avanzadilla?

—Ni siquiera una gota.

—Pues a vigilar bien, y mucho cuidado.

Una ráfaga luminosa silueteó en el cielo la carátula grotesca de las nubes; después se oyó un trueno lento y sonoro; gruesas gotas comenzaron a caer, tamborileando sobre las lonas de las tiendas.

Los centinelas, rígidos, intentando en vano penetrar el misterio de las sombras, eran como estatuas del deber.

Cuando volví a la tienda, el capitán leía en voz alta a los oficiales un libro. Al entrar yo, decía:

«... Ahora no hay que dudar sino que este arte y ejercicio excede a todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima cuanto a más peligros está sujeto.»

VII

Cerca de la madrugada me despertaron disparos de Rémington bien cercanos; los moros atacaban a la avanzadilla, y los fogonazos y estampidos de sus «pacos» brillaban

y retumbaban en las oquedades del monte. En la avanzadilla contestaba solamente un fusil.

—Esos granujas han cortado el teléfono—dijo el capitán.

Y antes de que tomásemos una resolución, vióse junto a las alambradas de la avanzadilla una gruesa llamarada, a la que siguió una explosión formidable; después cesó el «pacazo», calló el fusil y por unos instantes se oyeron solamente los alaridos salvajes de los moros que huían. Un «pacazo» retumbó aún en la noche.

—Ya se van; es el de despedida—dijo el capitán.

A la siguiente mañana dos soldados de la avanzadilla llegaron a comunicar el suceso.

Dijeron que el sargento Peñalba y el corneta Ludeña habían muerto abrazados, atravesados por una misma bala.

Al personarme en la avanzadilla, y tras oír relatos de unos y otros, llegué a aclarar el hermoso drama.

Un centinela había, oído ruido en las alambradas, y avisando al sargento Peñalba, éste acudió al parapeto, dió el alto e hizo fuego hacia el sospechoso ruido; entonces partieron de las sombras los disparos que habíamos oído; el sargento siguió contestando con su fusil, sin considerar oportuno poner su tropa en el parapeto; en este instante, un objeto extraño, que ardía lentamente, cayó a sus pies; Peñalba dióse cuenta inmediatamente de su terrible situación; mas como en los lances graves de la guerra sucede que nos invade

una decisión extremada o una absoluta indecisión, Peñalba se vió en poder de esta última, esperando el instante de volar hecho pedazos; no pasó así con el corneta Ludeña el cual, dándose cuenta del grave peligro que corría su sargento, se precipitó al objeto, y con gran riesgo de su vida lo lanzó al exterior, y digo que con gran riesgo de su vida porque aquel objeto estalló fuera como un trueno.

—¡Si no lo llego a coger, mi sargento!!
¡Una bomba de los moros!!

El sargento Peñalba no dijo nada; pero tendió sus nervudos brazos al corneta y lo estrechó contra su pecho.

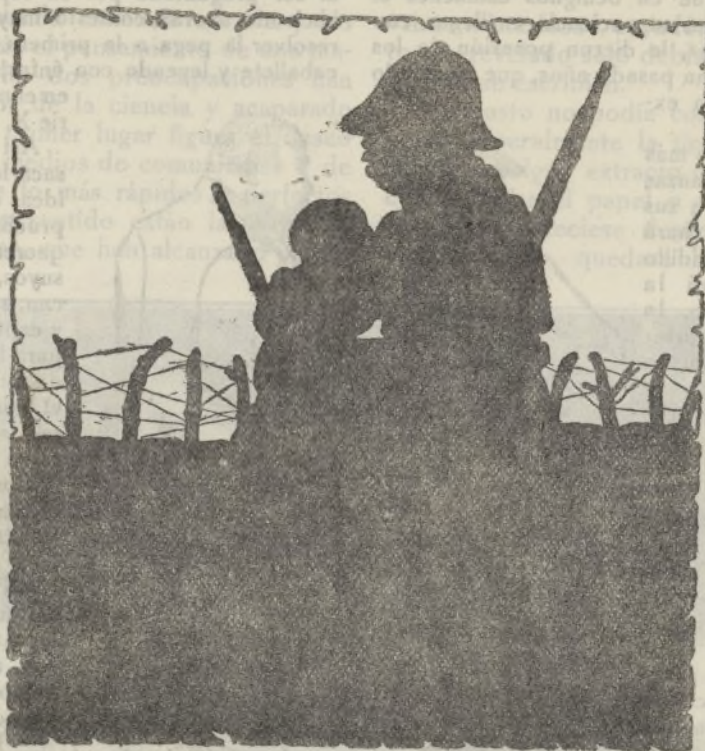
Y entonces, como si Dios hubiera querido perpetuar aquel sublime cuadro de perdón, sonó un postrer «pacazo», y los dos cayeron abrazados, sin vida...

Cuando me contaron esto me acordé del «paco» de despedida que dijo el capitán.

Besé aquellas nobles frentes, que guardaban para sus últimos mo-

mentos los más nobles pensamientos, y comprendí la sublimidad de aquel gesto de sus rostros que la muerte no había podido borrar.

Allá, más allá de los montes y del mar, el cielo azul de España sonreía...



Agustín Aguirre

Voces de mando en esperanto.

Pocos Monarcas ha habido de lengua tan morcaz como el difunto Leopoldo de Bélgica cuando estaba de humor.

Hace algún tiempo surgió una cuestión en el Ejército belga sobre si las voces de mando debían darse en flamenco o en francés.

Como no lograran ponerse de acuerdo los que defendían una cosa y los que apoyaban otra, re-

solvieron exponer al Rey la cuestión para que decidiese.

El anciano Monarca pidió una semana para pensarlo, y, al cabo de este tiempo, llamó a los generales y les dijo que había resuelto que, en adelante, las voces de mando se diesen en esperanto.

No hay que decir que los contendientes tuvieron que venir a un acuerdo amistoso.

LA OFICIOSIDAD DE BERMÚDEZ

CUENTO POR E. G. A.

Es mucha y notable; *superficialmente*, para todo sirve, de tal forma, que, tanpreciado don en estos tiempos de egoísmos, con el que lleva en el Cuerpo, le hacen imprescindible en ciertos asuntos, de cuyas resoluciones otros más talentudos y *mejor peinados* no podrán jactarse; desde su ingreso en el servicio como tambor hasta que en benignos exámenes el premio a su constancia, su paciencia en llegar, con algo de «oidos sordos», le dieron posesión de los dorados galones, ya han pasado años, que ha sabido aprovechar en práctica experiencia de la vida...

No sabrá de corrido más artículos de las ordenanzas que los muy precisos a sus obligaciones; pero hará siempre bien un estadillo respaldo. Desconocerá la Gramática, la Historia, la Geografía y otras partes áridas de su programa; no sumará cuatro quintos en fracciones aritméticas; pero a un cupo de instrucción dominará, haciéndose querer y respetar. Ignorará de Geometría toda *figura sólida* que no sea un pan de munición, ¡cabo furriel, siete años, dos meses y 13 días!...; pero, finalmente, se le puede advertir que horas más tarde ha de ser la compañía revisada; entonces, la recta se concibe y define por la línea de alpargatas, cabezales, etcétera, etc..., y la simetría, por cuantos objetos sabrá colocar con un gusto artístico que ya quisiera para sí —con tan pobres elementos— el ordenador de un museo...

Pero Dios no le llama por la oratoria; él predica con el ejemplo, y cuando en la instrucción teórica tiene que explicar a sus reclutas sobre temas del momento, esclavo de la rutina, traga saliva, suda tinta y reniega de su poca habilidad al comprobar que no saben adivinarle...

¡Véase la clase! Habla o quiere hablar sobre tratamientos y honores.

Atención, muchachos: los jefes y oficiales tienen todos el usted; nosotros tenemos el usted; vosotros, los soldados, tenéis el usted; hay jefes que tienen lo que se llama placa de San Hermenegildo; a esos hay que decirles de usía; pero otros, como el señor coronel, tienen el usía sin tener la placa de San Hermenegildo.

¿Entendido? Vamos a repetir: a quien tenga la placa de San Hermenegildo hay que hablarle de usía o de usted, según el caso. ¿Está claro?

A ver tú, Rodríguez, el teniente coronel del batallón, ¿qué tratamiento tiene?

... Y, naturalmente, el soldado, hecho un mar de

confusiones, contesta lo que le queda más grabado de aquella enigmática peroración:

... «Tiene el tratamiento de eso que llaman de... San Menegildo.»

En otra ocasión, explicando a su manera los ejercicios de comprobación de punterías en el dormitorio, al ser preguntado por su capitán ¿qué serie están haciendo ahora?, contestó muy ufano, satisfecho de resolver la pega a la primera, cogiendo el fusil del caballete y leyendo con énfasis la marca estampada en el mango del cerrojo: «Serie X, 3.658.»

Así es y así morirá; que sacarle de las rutinarias ideas en que se ha forjado es prueba de intransigencia y no querer apreciar otros méritos suyos, entre los que se destacan, sobresalientes, la busca y captura de fieles asistentes para la oficialidad—¡merecida fama!—; y como pone en el hallazgo su buena voluntad, afortunadamente, acierta en la elección...

Con estos antecedentes, al serle licenciado el escribiente que auxiliaba al cajero del regimiento, como fuera sustituido por otros, sin que rompieran, que a los ingratos números no todos son aficionados, recurrió como tabla de salvación al servicial Bermúdez.

—Hágame el favor de buscarme un soldado capaz de ayudarme a llevar la caja—le dijo.

Y oficioso, diligente, al otro día se presentaba en la oficina un muchacho recio, ancho de espaldas, de fuerte

musculatura, en quien, además de ser la cara el espejo del alma, con sólo verle coger la pluma comprendió el cajero la absoluta ignorancia que poseía...

Pero ¿cómo aceptan estos destinos, donde, a más de escribir correctamente, necesitan saber de cuentas?...

Y el muchacho, en el acto, respondió ingenuamente:—Yo no he venido aquí, mi capitán, a ser escribiente, porque no sé escribir.

—Pero, entonces, ¿a qué has venido?...

—Ya le dije antes que me había mandado el sargento Bermúdez, que me llamó y me dijo: «Tú, Bautista, como eres el más fuerte, que solo, sin ayuda de ninguno, te cargas las municiones en la acémila de la compañía, ve y preséntate de mi parte al capitán cajero, que vas a llevarle la caja adonde él te diga.» Y aquí estoy, mi capitán, a la orden de usted, para lo que usted guste mandarme..



Hugeno bgea

DIVULGACIONES DE INTERÉS

Las tintas simpáticas y la correspondencia secreta.

Desde que existe la escritura cursiva y los medios de transmitir el pensamiento de una manera fija y durable, dos preocupaciones han ocupado la atención de la ciencia y acaparado sus pesquisas. En primer lugar figura el deseo de multiplicar los medios de comunicarse y de hacer estos medios lo más rápidos y perfectos posible. Y en este sentido están la telegrafía y telefonía sin hilos, que han alcanzado prodigiosos resultados y que si se juzga por experiencias recientes llegarán a procedimientos nuevos más sorprendentes aun por su potencia y simplicidad.

Pero a medida que se desarrollan los medios de corresponder por escrito, se trató de buscar el procedimiento más adecuado para disimular o hacer desaparecer, a voluntad, ciertos escritos, si superiores intereses o una necesidad absoluta de secreto lo exige entre dos correspondientes.

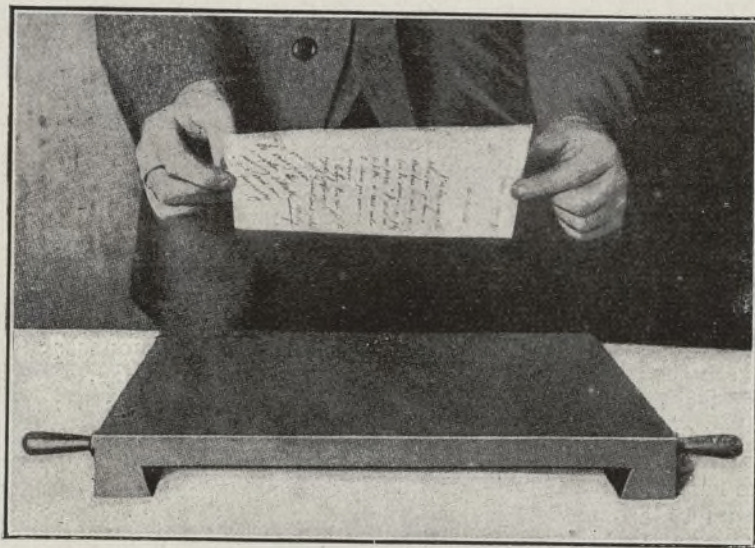
Las tintas simpáticas, utilizadas desde hace siglos en todos los países del mundo, han sido, durante mucho tiempo, composiciones más o menos tradicionales a base de jugo de plantas, vendidas por especialistas, alquimistas o farmacéuticos.

Desde la Edad Media se habló frecuentemente en las Cortes italianas, donde la civilización y las intrigas marchaban a la par, de tintas mágicas, invisibles a voluntad, que los sabios un poco brujos preparaban para Príncipes y Princesas, para embajadores, cardenales, condottieri y hasta papas. Del siglo XIV al XVII fué moda, moda extraña en verdad, el utilizar para escribir la correspondencia un «agua simpática» o una

«tinta misteriosa», cuya fórmula de procedimiento de revelado sólo debía ser conocida por los que así se escribían.

Pero esto no podía conseguirse, puesto que, como generalmente la tinta secreta está hecha a base de algún extracto vegetal ácido, era suficiente mojar el papel o calentarlo para que la escritura apareciese desde luego con claridad y, por tanto, quedase legible para siempre.

Había además más tradiciones y, por decirlo así, ritos en el cambio de correspondencias secretas. Se escribía entre las líneas de una carta de escritura visible, cuyo estilo y asunto aparecía desprovisto por completo de interés para los curiosos. A menudo también se utilizaba la tinta misteriosa en las márgenes



Con una pluma mojada en zumo de cebolla puede escribirse sobre un papel, y los trazos sólo aparecerán cuando acerquemos la hoja escrita a una plancha de metal caliente.

de un libro, manuscrito o impreso, yendo por saltos imprevistos de una página a otra, con vueltas y desorientaciones preparadas de antemano y que hacían necesario el uso de una clave remitida aparte. Pero de un siglo a esta parte se han perfeccionado mucho los sistemas de correspondencia secreta; tanto, que podríamos escribir un volumen con los procedimientos recientes y, sobre todo, con los empleados durante la gran guerra mundial.

Desde que Lavoisier y sus sucesores abrieron a la ciencia humana el templo magnífico de la química han hecho grandes progresos las tintas simpáticas. Han llegado a ser infinitamente numerosas y variadas, puesto que, de un modo general, «todo componente químico soluble en agua como licor incoloro y susceptible de dar un precipitado coloreado bajo la influencia de



A falta de plancha, basta el calor de una vela para hacer aparecer lo escrito con la tinta simpática.

determinados reactivos, es apto para formar una excelente tinta simpática».

Por la serie considerable de componentes químicos que poseen las cualidades necesarias para ser escritura secreta pueden establecerse dos especies diferentes de tinta simpática:

1.^a Las que, después de reveladas por reacción química, aparecen en el papel y son completamente indelebiles.

2.^a Las que, después del revelado que permite su lectura, se vuelven progresivamente invisibles y pueden ser reveladas un gran número de veces.

A la cabeza de las tintas simpáticas de la categoría primera hay que colocar la que la misma Naturaleza nos proporciona. La cebolla, que tan frecuentemente hace llorar a la cocinera que la pela o corta, es un tintero natural magnífico, pues proporciona una tinta invisible excelente. Con una pluma mojada en una cebolla es como generalmente se escriben los novios para preservarse de las curiosidades indiscretas y de los regaños paternos. El procedimiento de revelado para todas estas tintas vegetales consiste en aplicar el papel a una placa de metal fuertemente calentado. Los caracteres aparecen de color marrón. Si el papel, demasiado cercano del calor, se carboniza, la escritura no se ha perdido, ya que se fija destacándose maravillosamente en blanco sobre negro.

Entre las tintas simpáticas es el ácido sulfúrico el generalmente empleado. La fórmula más corriente es como sigue:

Ácido sulfúrico (aceite ordinario de vitriolo)..... 5 cm³.
Agua..... 95 —

El revelador consiste en una placa caliente como para las tintas de los jugos vegetales. Puede también pasarse rápidamente una cerilla o un ladrillo caliente. La escritura se presenta

amarilla, roja o negra, según la intensidad del calor.

Una recomendación importante, antes de emplear tintas simpáticas de origen químico, es que no se debe hacer uso de plumas que no sean nuevas, y si no se tiene a mano, evitar sobre todo que las plumas sean oxidadas. Con estas últimas está uno seguro de faltar a su propósito y escribir secretos que se revelan por sí solos, gracias a ciertas reacciones que se operan después de algunas horas de invisibilidad más o menos real.

Por un procedimiento inspirado en la fotografía pueden emplearse las sales de plata, y especialmente el nitrato de plata en solución, para confeccionar tintas que se colorean con la influencia de la luz.

El descubrimiento de esta tinta no es nuevo. Federico II, Rey de Prusia, que tenía siempre un ejército de espías trabajando de un extremo a otro de Europa y se servía a menudo de todos los procedimientos secretos de correspondencia, ya escribía con tinta de soluciones de cobalto. He aquí la preparación, que se hace en dos tiempos:

- | | |
|---|-------------|
| 1.º Cloruro de cobalto..... | 100 gramos. |
| Agua destilada..... | 900 — |
| 2.º Cloruro de sodio (sal común). 200 — | |
| Agua destilada..... | 800 — |

Estas dos soluciones se filtran separadamente y luego se mezclan. El líquido obtenido es generalmente rojizo; pero cuando está seco da una escritura absolutamente invisible.

El revelado se obtiene por medio del calor. Entonces aparece el escrito en un azul puro,



Las soluciones de sulfato de cobre proporcionan tintas simpáticas que se hacen visibles al someter la escritura a la acción de los vapores de amoníaco.



claro y vigoroso. La escritura se borra progresivamente y pasa a ser invisible poco a poco con el contacto del aire.

Se puede obtener toda clase de colores con el empleo de las tintas simpáticas a base de cobalto. Por ejemplo: si se añade a la solución de cloruro de cobalto algunos gramos de cloruro de hierro, la escritura aparecerá después del revelado con un hermoso color verde. Púedese emplear igualmente el nitrato y el acetato de cobalto con los mismos resultados que el cloruro.

Las sales de níquel dan una tinta simpática análoga, cuyos caracteres, revelados igualmente por el calor, aparecen en color verde.

Y ya, en un orden más complicado de revelado, puesto que exige agentes químicos de empleo desagradable, a veces, vamos a citar algunos otros preparados.

Los caracteres trazados con soluciones de nitrato de bismuto o acetato de plomo se

vuelven negros bajo la acción del gas sulfhídrico (hidrógeno sulfuroso) o por inmersión en una solución de sulfuro de sodio. El inconveniente de estas fórmulas está en la necesidad de emplear reveladores de olores fuertes y que, poco o mucho, además de ser ofensivos para el olfato, pueden ser peligrosos.

El sulfato de hierro da una tinta mágica que se revela en azul bajo la acción del ferrocianuro de potasa, y en negro con la agalla de roble, o bien se pueden emplear soluciones de ferrocianuro y de agalla de roble como tinta y el sulfato de hierro como revelador.

Las soluciones de sulfato de cobre proporcionan excelentes tintas simpáticas de un empleo fácil, que se revelan por la influencia de vapores de amoníaco en una magnífica escritura azul.

La preparación de tintas simpáticas es, en general, muy sencilla y está al alcance de todos.

En cuanto a los productos químicos que entran en su composición y en la de los reveladores más usuales, se encuentran fácilmente en los comercios, y su mayor parte son poco costosos.

Y daremos, para terminar, las tres fórmulas más sencillas de tinta simpática, con el revelador apropiado para cada una.

1.^a Tinta al ácido sulfúrico:

Vitriolo común..... 5 cm³.
Agua..... 90 —

Revelador:

Pasar y reposar lentamente la escritura sobre una placa caliente o sobre la llama de una bujía.

2.^a Tinta de acetato de plomo:

Acetato de plomo..... 10 gramos.
Agua..... 90 —

Revelador:

Sulfuro de sodio..... 10 gramos.
Agua..... 90 —
Mojar ligeramente la escritura en el revelador.

3.^a Tinta de sales de cobre:

Sulfato de cobre..... 10 gramos.
Agua..... 90 —

Revelador:

Amoníaco al 10 por 100.
Pasar la escritura lentamente por encima del frasco destapado.

He aquí, para los aficionados a las correspondencias inviolables, más de lo que se ne-

cesita para llenar las actuales necesidades. Tal vez se encuentren algún día otros procedimientos más perfeccionados.

X.

Cincinato era un patricio romano arruinado que vivía en una pequeña casa de campo, cultivando él mismo su modesta heredad. Cuando los enviados por el Senado romano fueron a ofrecerle el consulado, primero, y la dictadura, después, siempre le encontraron ocupado en sus faenas agrícolas. Al dejar el poder, volvióse a sus campos con la misma tranquilidad de espíritu que si jamás hubiera participado de las dignidades ni de los honores. Los Cincinatos han desaparecido ya, y cuando, refiriéndose a algún hombre en análogas circunstancias, se habla del *arado de Cincinato*, es por aproximación y por buena voluntad, y más a menudo con ironía.



Los caracteres trazados con soluciones de nitrato de bismuto se vuelven negros metiendo el papel en una solución de sulfuro de sodio.

LO INEVITABLE

Por Federico Reaño.

Cesó el redoble del tamboril repentinamente. Las mozas, que hasta aquel momento habían estado bailando, corrieron en distintas direcciones dando alaridos de terror. En el centro de la plaza, junto a la mesa del *ofertorio*, un compacto grupo de mozos, apretujándose, comentaban la tragedia. Uno de los bailarines acababa de recibir una puñalada terrible, y su cuerpo exánime, boca arriba y con los brazos abiertos, se ofrecía a las miradas, más curiosas que compasivas, de los espectadores de aquel asesinato, que nadie pudo evitar... Gabino *el Rumboso* había muerto a manos de Germán, el de tía Narcisa. En la conciencia de todos estaba que aquella tragedia tenía que suceder.

Los últimos rayos del sol, que se ocultaba en las lejanías del horizonte, apenas tenían de claridad la cara pálida del muerto, contraída por una mueca grotescamente dolorosa. Un reguero de sangre rastreaba entre los guijarros del empedrado, mojando los zapatonos de algunos curiosos... El digno juez municipal había llegado a los pocos minutos de ocurrir la muerte. Cuando en la taberna le comunicaron la infausta nueva había dejado a toda prisa la partida de *subasta* que estaba jugando, y sólo había perdido el tiempo indispensable para correr a su casa y coger el bastón de borlas y puño de dúblé, atributo de su importante cargo. A codazos y empujones franqueó el triple círculo de espectadores, y al convencerse por sus propios ojos de que Gabino *el Rumboso* tenía ya *lo suyo*, a juzgar por su aspecto de cadáver, dió un suspiro de satisfacción como quien se quita un peso de encima.

—¿Le habrá matau el de tía Narcisa?—preguntó como si ello fuera lo más natural del mundo.

—Germán ha sido—contestaron algunas voces.

—¿Le tenéis trincau?

Todos callaron. Había ocurrido el suceso con tanta rapidez, que nadie pensó en detener al matador... Gabino bailaba con la Olegaria, la que hasta hacía poco había sido novia de Germán. Este había llegado a colocarse en la primera fila que formaban los espectadores. Se la comía con los ojos materialmente, según comentaban algunos. De pronto, se había abalanzado sobre la *rueda* de los bailarines; había alzado el brazo, en cuya mano brilló la hoja de un cuchillo enorme; habíase escuchado un golpe extraño, y *el Rumboso* había caído desplomado, sin proferir un grito, sin exhalar un lamento. Ninguno de los que lo presenciaron pudo dar más detalles.

Mientras el señor juez, ayudado del secretario y del médico, que habían acudido también, cumplían los requisitos propios del caso, los murmullos de la gente expresaban el poco sentimiento que había causado la desgracia aquella, esperada, y aun se puede decir que deseada por todos. Gabino *el Rumboso* había sido en vida más malo que un dolor. Valido de que su padre



era el más rico del pueblo, se consideraba superior a todos, y a todos imponía su voluntad caprichosa. Se había propuesto quitarle la novia a Germán, que era bueno, prudente y humilde, y lo había logrado, pues siempre el éxito había coronado todas sus empresas amorosas. La Olegaria, deslumbrada por las fingidas promesas del desalmado, y halagada su ambición por los sueños de bienestar que llegó a hacerla concebir, cayó pronto en las redes que tan arteramente le tendiera aquel Tenorio rústico y canalla...

*

Pocos días antes de la fiesta del pueblo se encontraba Germán trabajando con otros mozos en una de las fincas del padre de Gabino. A la hora del *cigarro* presentóse *el Rumboso* en el tajo, altanero y provocativo como siempre, y encarándose con Germán le reprendió duramente y con aire de desafío, pretextando que no trabajaba con la actividad que los otros. Todos los braceros permanecieron un momento silenciosos, expectantes, presintiendo que pudiera ocurrir algo trágico. Era público que Gabino había quitado la novia a Germán, y en el ánimo de los mozos estaba el convencimiento de que el honrado y humilde muchacho quería a la Olegaria con todas las veras de su corazón. Su carácter, siempre jovial y expansivo, habíase trocado sombrío y taciturno. Indudablemente hervía en el pecho del sinventura el deseo de vengarse, y la actitud cínica y retadora del rival odioso debía colmar la medida... Las esperanzas de los mozos quedaron, sin embargo, defraudadas. Germán escuchó impasible, con los ojos bajos, la rociada que, procaz y burlón, le soltara el hijo del amo, y siguió trabajando sin contestar siquiera. Cuando Gabino se alejó, uno de los mozos próximos a Germán observó que por las tersas mejillas del pobre mozo resbalaban dos lágrimas.

Pronto se oyeron los melancólicos sonidos de la campana tocando el *Angelus*. Cesaron todos en su

tarea, cogieron las chaquetas y los morrales de la merienda y se encaminaron hacia el pueblo. Germán iba un poco delante de los demás. El campo, en aquella hora del atardecer estival, ibase esfumando envuelto en las sombras del crepúsculo, pleno de majestad y melancolía. Al cabo de un rato de marcha, uno de los mozos se atrevió a comentar:

—Pero ¡qué tripas tan malinas se gasta el Rumboso!

Roto ya el dique de la indignación contenida, desbordáronse los comentarios, ensañándose justa y acerbamente con el hijo del amo y compadeciendo al buenazo, al alma de Germán. Este, al fin, con voz sombría y con palabras entrecortadas por la rabia que llenaba todo su ser, dijo pausadamente:

—Yo no sé qué es lo que tengo aquí en el pecho dendi que me quitó a la mi Olegaria... Me ha dau una puñalá en metá del corazón; pero se la tengo de devolver más tempranu o más tardi...

—Pus, luego, ¿cómo no le rechistas ni naa a todú lo que te dice?—preguntó uno.

—Porque ca ves que jagu asín comu si me fuera a agarrar a él, pareci que me se poni por delantri la probetina de mi madri que me asujeta... ¿Qué sería de la cutaina si me llevarán a presidio?

—Esu es verdá—repuso otro.

—Esu es lo que le jaci vivir a Gabino... Con tal de que ella no se quedí abandoná, me tragu pa mí solo toas las jielis que me envenenan la vida, y antigual de matalo, soy escapás de defendelo... Todo estu, paeci que me lo manda la mi viejina ca ves que quieru trincal a esi mal hombri.

Y luego, como si saborease su dolor intenso, prosiguió:

—¡Si supierais lo que senti el otrú día cuando me queé sin la mi Olegaria!... Va Gabino a la mi puerta y me dice: «La Olegaria es pa mí, y yo mesmo te traigu la boleta de despedio.» Y conformi se marchaba, se cantea diciendu: «Pa el caucho grandí del puerto espero tu resultau si tiés agallas»... ¡Muchachos!, me se enllenaron los ojos de lágrimas y corri pa el escaño de la cocina a cogel el mi cuchillo... Pero, *velay*, me sujetó la mi vieja, me se echó a lloral que daba angustia de escuchala... y ya no cogí el cuchillo,

que la cogí a ella en mis brazos y seguimos llorandu dambos hasta que se nos pasó el *arrepio*...

Hubo un silencio prolongado, como si el dolor de Germán se hubiera extendido a todos sus acompañantes. Uno de ellos comentó ingenuo:

—¿Pa qué quedrá Dios los rayos algunas veces?... ¡Hay que ver!

Entretanto, habían llegado al pueblo. Al cruzar la carretera, bajaban camino de la fuente a pocos pasos de ellos la Olegaria y Gabino. Las sombras de la noche borraban casi por completo sus siluetas; pero el desdeñado y fiel amador los presentía, los veía con los ojos del alma, juntos, muy juntos...

*

Llegó el día grande, en que se celebraba la fiesta del Santo Patrono. Desde bien temprano había ido Germán a arreglar unos portillos del huertino de su madre. No quería presenciar el jolgorio bullicioso de aquel día.

No tendría valor para ver con sus propios ojos a la infame mujer que no supo quererle como él merecía, ni al canalla odioso y aborrecible que había destrozado las ilusiones que eran su sueño, su vida, su todo.

Regresó al mediar la tarde. Conforme se acercaba al pueblo, en el silencio augusto del campo percibíanse los redobles del tamboril, que, como una burla del destino, sonaban como mazazos en el cerebro del mozo. Apresuró el paso, nervioso, inquieto, con una angustia inex-

plicable que oprimía su garganta despiadadamente... En los amantes brazos de su viejecita encontraría el consuelo que tanto necesitaba.

Llegó a la puerta de su casa. Empujó suavemente y entró con pasos inseguros. La vieja dormía o rezaba calladamente, pues no se oía el más leve rumor. Acercóse a la alcoba, descorrió la cortina de percal, y en la semiobscuridad del cuartucho silencioso percibió un bulto inmóvil sobre la cama... Era el cuerpo exánime de su viejecita...

Muerta su madre, no tenía ya en el mundo por quién vivir. Ya sólo vivía para matar...

¡Y mató!...

Federico Reaño.





1898.-Cuadro de Francés.

De la Olimpiada de Amberes.

POR A. VÁZQUEZ DE ALDANA

«Cuando se hacen las cosas con el tiempo y el dinero escasos no hay que esperar un resultado muy brillante.»

Si esto no es axioma merece serlo. Como en mi anterior artículo dije, las armas especiales pedidas a Suiza por telégrafo llegaron a manos de los tiradores cinco días antes de emprender la marcha para la Olimpiada. Las llevaron sin conocerlas.

Los fusiles se pidieron a la fábrica de Oviedo especiales y con las tolerancias mínimas en calibre y rayado; pero no hubo tiempo para hacerlos y nos enviaron de los que había en almacén destinados al Ejército.

Muchos están en la creencia de que un buen fusil para soldado lo es para concursos de tiro; pero fuera de España no se piensa así; porque una compañía que hace fuego a 600 metros sobre una columna de regimien-

to, batería, grupo de ametralladoras o impedimento aprovecha las balas que van en dirección del blanco, siempre de varios metros cuadrados de frente y fondo. Si no da a un mulo, hiere a un caballo; si no mata a Juan, perniquebra a Pedro.

Mas, en concurso, la proximidad de los impactos al centro geométrico del blanco se aquilatan y justiprecian por décimas de milímetro, con lupa, calibrador y compás. No hay exageración alguna.

Llegó la hora de marchar; se oyeron las voces de «Señores viajeros, al tren». El jefe de estación hizo sonar su pito; el mozo tañó la conocida campana; pasaron unos instantes; la máquina silbó, y dando fuertes resoplidos y lanzando blancos chorros de vapor, el convoy se puso pesadamente en movimiento, minutos después de la hora de salida. Es un expreso.

El tren va atestado, como ocurre siempre en verano y proa a San Sebastián. Hay quien pagó

butaca y no le dan ni un cajón vacío para sentarse. En los pasillos van maletas de equipaje, que estorban casi tanto como los del toreo.

Con nosotros viajan dos señoras, andaluzas, cubanas o cosa así, a juzgar por el acento. Les alarma ver en la red los fusiles y les tranquilizamos, explicándolas adónde vamos y con qué objeto.

Una de ellas exclama asombrada: ¡¡José!! Y na má que pa tirá uno tiro van utede tan lejos.

Horas después cruzamos el Bidasoa, entrando en la parte de Europa donde las gentes se saludan y despiden agitando la mano, pero con la palma para abajo. Entramos en la Francia del pan único, negro y co-
rreoso; del billete de Banco roto y mugriento de un franco y de medio

franco, que sólo es admitido en la provincia que lo expidió. Desconociendo esto, me llevé algunos a París, que nadie quiso ni a mitad del valor convenido.

No he visto una moneda de plata. ¿Oro? ¡¡Ni pintado!!

Veinticuatro horas en París para dormir y descansar, que los cuerpos lo piden con razón, y a las dos de la tarde (hora francobelga) salimos para Bruselas.

Hasta llegar a la frontera belga no cruzamos un poblado que no tenga huellas de la guerra. En algunos la ruina es completa y, al lado, en grandes barrancos de ladrillo o madera, viven los ... supervivientes.

Aun se ven tanques, carros y material ferroviario, botín de guerra unos, dejados en la retirada otros. La falta de luz me impide poner en actividad a mi Kodak.



BRUSELAS.—El Palacio de Justicia.

Si en la Aduana francesa nos molestaron bastante, en la belga no, y atravesando un país que no parecía haber estado en guerra, a las dos horas llegamos al pequeño París, a la hermosa capital de la espléndida Bélgica.

En el Palace-Hotel fuimos suntuosamente alojados por orden del señor marqués de Villamejor (villa mejor jamás conocimos), sin duda para hacer grande el contraste con el futuro alojamiento en las inmediaciones del campo de tiro.

Porque ahora nos enteramos de que no todos los juegos de la Olimpiada de Amberes se realizarán en dicha ciudad. En ella tendrán lugar los atléticos, carreras y no sé qué otros.

Los acuáticos serán en Ostende, y los de tiro al blanco, en el campamento militar de Beverloo, cuyo polígono está a 5.600 metros de la aldea Burg-Leopold.

Cinco mil seiscientos metros y sin tranvía al campo. ¡Una verdadera monería!

Nos quedan tres días de estar en Bruselas, que

pe; y, claro, la falta de costumbre nos hace sobrellevar con dificultad toda esta serie de molestias, a las que no estamos habituados los que residimos en Madrid.

No podía faltar nuestra visita al campo del Tiro Nacional, que habrá costado varios millones, ya por la extensión de terreno que a inmediación de la ciudad ocupa como por la grandiosa galería de tiro que levantaron en él, donde todos los servicios y necesidades están atendidos en locales de gran amplitud: aparatos de aseo, taller de armero, oficinas, depósitos, parque, sala de socorro, puestos para tirar a 50, 100, 200 y 300 metros, en la planta baja; para los 600 metros, en el primer piso; tiro de pistola y revólver, con blancos mecánicos; a 300 y 600 para fusil, con blancos eléctricos; personal entendido y capaz para la enseñanza del tiro a todo el que quiera ir, sin limitación; y de jefe principal de todo el campo, personal, servicios, armas, municiones y enseñanza, un coronel de Ejército que puso de relieve sus pro-



Vista del campo de Beverloo.

aprovechamos para recorrer armerías, lo primero, y después, para recorrerlo todo.

Por estas calles, todas asfaltadas o entarugadas otras, pero siempre limpias, no se ven chicos subidos a las traseras de los coches, ni gentes sentadas en sillas ocupando las aceras. No se ven niños por ninguna parte, ni siquiera subidos a los topes de los tranvías. Están en las escuelas de campo, a cargo de Sociedades culturales, que los reintegran a sus casas, limpios, instruidos y sanos. Aquí no hemos visto personas harapientas, ni se disfruta del agradable recreo de encontrar mendigos astrosos, planideros. Los pájaros se dejan acercar a menos de un metro por coches y transeúntes. En los jardines públicos, que aquí abundan, con frecuencia hay que apartarse para no pisarlos, insistentes en pedir las miguillas de pan a que les tienen acostumbrados. Los cobradores de tranvías y autocamiones son tan tacaños que dan los billetes sin siquiera embadurnarlos con saliva; material que debe tener altos precios, porque ni aun dentro de los coches se escu-

fundos conocimientos en el arte del tiro al blanco.

Varios millones de francos habrá costado la galería del Tiro Nacional de Bruselas. Me contentaba con poder levantar en Madrid una de 50.000 reales vellón.

Enfrente de los puestos para 300 metros fué fusilada la enfermera inglesa Miss Cavell por delito de espionaje. El lugar del suplicio está señalado por un poste de madera rematado por un ramo de flores frescas, que todos los días se renueva.

En cada cara del poste hay pintada la bandera de una nación aliada: Francia, Bélgica, Inglaterra, y no me acuerdo de la otra. Dijo el coronel jefe del campo que si volvemos para 1921 veremos en aquel sitio un hermoso monumento.

Como tres días se pasan pronto, llegó el momento de marchar a la finalidad de nuestro viaje, y tomamos un tren que nos condujo a la estación de Burg-Leopold, en cuyo andén había un oficial belga con varios soldados, que se incautaron de nuestras armas, maletas y cartuchos para conducirnos al campamento militar de Beverloo, donde nos

alojaron con las incomodidades inherentes a un campamento militar sin apenas militares.

Cada alcoba, amueblada con el sencillo menaje de militar sin graduación, donde el colchón de paja tenía menos anchura que mi espalda, donde una silla coja y un trípode palanganero de hierro constituían, con la férrea cama, el total del mobiliario, y donde, por hacerse en el piso de madera un diario baldeo, se *mascaba* la humedad, nos hacía recordar a cada instante los suntuosos sibaritismos del Palace-Hotel de Bruselas, en que ocupábamos alcobas de 125 francos diarios de coste, comida aparte.

Nos avisan que *si queremos cenar*, en el restaurante del campamento nos servirán; en efecto, nos sirvieron de lo único que ya quedaba a aquella hora. He aquí el menú:

Un líquido tibio, a modo de caldo y químicamente indefinible; un plato de entremés, compuesto de patatas cocidas, tomates crudos, hojas de lechuga y algo de salsa mayonesa, todo junto y a la vinagreta.

Una rebanada de queso.

Un panecillo negro para todo el menú.

Un pastelillo hecho con aceite de almendras dulces y poco azúcar.

Cerveza.

Agua, toda la que quisimos, sin limitación.

Habían cenado mucho antes los demás equipos y sólo encontramos ya en los postres a los checoslovacos y a los finlandeses.

El campamento militar de Beverloo le forman muchos y alineados barracones de mampostería, acondicionados para alojar a 82.000 hombres con cañones, caballos, carros y todo lo demás correspondiente a los ejércitos modernos.

Los alemanes ocuparon este campamento, donde reorganizaban las fuerzas destinadas al frente de combate.

Salían de aquí 82.000 alemanes para el Ypres, pongo por río, y en seguida llegaban otros 82.000 a reorganizarse para acudir a los campos de batalla.

Cada quince días, hora más o menos, morían en la línea de fuego los 82.000 hombres llegados de Beverloo; los 82.000 de este campo marchaban a cubrir las bajas; otros 82.000 llegaban de Alemania, que metódicamente salían de Beverloo; los mataban, y con admirable orden cronométrico llegaban otros 82.000, etc., etc.

Así da gusto.

Visto el alojamiento, y en razón a que por ahora sólo ha de tirarse con arma larga, quedando pistolas y revólveres para dentro de cuatro días, resolví marchar a Lieja, la gran Metrópoli europea de las armas de fuego.

Si Bruselas es un pequeño París, Lieja es un pequeño Bruselas, si por pequeño Bruselas se entiende una ciudad poco mayor que Valencia, plétórica de suntuosos edificios, bonitos jardines y con 29 líneas de tranvías.

De la laboriosidad de Lieja nos podremos formar idea sabiendo que en 1913 exportó 1.008.000 escopetas y más de 2.000.000 de armas rayadas, 140.000.000 de cartuchos, y de las fundiciones que hay aguas abajo del Mosa salían terminadas y

corrientes para prestar servicio unas 300 locomotoras al año y 1.800 kilómetros de carriles de acero, con pernos y agujas.

Necesitando de un intérprete, me dirigí al Consulado español, pensando que allí me entenderían y me buscarían uno que, bien pagado, me sirviera para un asunto industrial, y, en efecto, en el Consulado español de Lieja nadie hablaba español.

El cónsul que tiene allí España es un caballero flamenco, jefe de una grandiosa manufactura de caucho, de la que son empleados los dos cancilleres que hablan algo español y que a la sazón estaban viajando los muestrarios.

Correctísimo, el cónsul me recibió con afabilidad suma y consiguió complacerme en todo. Salí de allí con intérprete y satisfecho.

No encontré diferencias con el Lieja que dejé en junio del 14, por lo que todo me era familiar. Las campanas tocando piezas de música a cada hora del reloj, las palomas públicas que se suben a los hombros de los transeúntes, los varios puentes que unen ambas orillas del Mosa, los letreros dobles (francés y flamenco) que se ven por todas las calles y plazas, los tipos rubios de hombres y mujeres, sanos, simpáticos.

El Municipio de Lieja, no satisfecho del modesto campo de tiro que le dedicó el Tiro Nacional, construyó el Tiro Comunal, con hermosa galería en la que nada se ha escatimado. Sin llegar a las suntuosidades de la galería de Bruselas, puedo asegurar que con la mitad de la liejense me contentaba para Madrid.

¡Habría que ver la cara que pondrían nuestros ediles y gobernantes si se les pidiesen algunas pesetas para una galería de tiro! Y es que no escarmentamos.

Aun lo que veía por vez primera daba en mi pensamiento la sensación de haberlo conocido en época remota, hasta el extremo que hubo instante que llegué a creer en la transmigración de las almas.

No me cabía duda: yo había sido antes liejense, valón o flamenco.

¡Miren que yo *flamenco*!

Tenía las horas contadas y debía marchar a la tarde a Bruselas, y mañana a Beverloo, a tirar con los de mi equipo, a alimentarme con entremeses y cerveza, a marchar una legua en cada uno de los cuatro viajes que dista el campo de tiro, a dormir en un fragmento de cama, a sacar enmohecidas las armas y criar hongo en las botas.

Tomé billete en la Gare del Guillemins, estación que tenía antes de la guerra un movimiento diario de 502 trenes. Era el camino por donde, con sus viajeros y mercancías, media Europa invadía a la otra mitad.

A la hora en punto que señalan las guías el tren partió sin grandes preparativos, sin voces, sin campanadas reglamentadas, sin aparato alguno.

Antes de salir de agujas tomó la velocidad de unos 75 u 80 kilómetros por hora, la que no dejó hasta penetrar dos horas después en la monumental «Gare du Nord» de Bruselas.

A. Vázquez de Aldana.

San Dinerito.

NOVELA POR LUIS ANTÓN DEL OLMET
(Continuación)

CAPÍTULO TERCERO

Toma nuestro hombre café en «El Lobo Gris» y asiste a la magna tertulia de los millonarios caóticos.

Aquel día almorzó temprano Mendicuti, y le dijo a Enriqueta, con el sombrero puesto y a punto de tomar el pendingue:

—Ya sabes que me espera Castañares a las tres. Le voy a dar un alegrón.

A las tres menos cuarto entraba en el café pinturero, sito en la calle de Alcalá, llamado «El Lobo Gris», donde tenía cita con el formidable Otilio.

Llegó hasta el fondo buscando a Castañares, y como no lo columbrase, tomó asiento junto a una mesa solitaria, dispuesto a esperar. Le sirvieron café, un café espeso, negro y excitante—la mejor de sus delicias madrileñas—; le compró una revista a una brujita que por allí huroneaba, y cuando estaba contemplando el retrato de un cacique recién nombrado académico, le dieron un papirotazo en el periódico:

—¡Castañares!—se alborozó el miope.

—¡Qué Castañares ni qué bidones! ¿Está usted ciego? Soy Da Estereira.

Y Da Estereira, elegante, con su gabán color corcho, entrabillado, sus bigotes lusitanos, su fina sonrisa irónica, surgió:

—¿Qué tal, Da Estereira? ¿Cómo van esos inventos?

—Mal. Este es un país cochino. Me cisco y me recisco en mi nacionalidad; ¿estamos? Un día me

voy a la Embajada china y le hago a esto un corte de mangas.

Tomó asiento junto a Mendicuti, batió palmas, le trajeron café, y se explicó:

—Me acaban de chafar un negocio bárbaro. Carbón inglés. Lo del día. Una millonada.

Romualdo conocía a Da Estereira desde hacía luengos años. Era de Becerreá (Lugo) y pertenecía a la estirpe de esos gallegos listos y sutiles que se filtran por todo el orbe y que en todas partes viven bien. A nadie había enseñado su título; pero todo el mundo sabía que era químico Da Estereira, un químico maravilloso, inventor de audacias casi milagrosas.

Su primer descubrimiento fué el «Esti», una grasa que impermeabilizaba la suela del calzado y que la hacía durar años y años sobre preservar los pies de humedades y fríos. Mendicuti había sometido por consejo y prescripción del inventor unas hermosas botas nuevas a tan genial experimento. A los tres días se les había caído el unto, y al mes hubo que echar

medias y tacón. Pero Mendicuti hizo silencio sobre aquel fracaso, y le decía a Da Estereira:

—¡Magnífico! Se me van a romper antes los pies que las suelas. Es usted la nodriza del tafi-lete.

Da Estereira no había limitado a eso sus facultades. Tenía un «jabón flotador»; hacía bidones para gasolina con madera y hasta con feble cartón; impermeabilizaba las casas a base de caolín; hacía, con polvo de carbón, bolas que ardían en



cualquier horno; con tela barata y una receta suya se tenían impermeables a 17 pesetas 65 céntimos.

El, explicando sus inventos, adoptaba un gesto petulante incomprensido. Y cuando el oyente exclamaba: —Y siendo todo eso así, ¿cómo no es usted ya millonario?—replicaba, misterioso: —¡Ah...!

Y añadía:

—Si llego a nacer norteamericano sería a estas horas un Edison. Pero me dió el sol de Becerreá, y luego el sol de esta asquerosa villa. Aquí no se alienta al genio. Se le cerca, se le asalta, se le extenua. El «Esti»—ya sabe usted, mi crema para las suelas—, ¡probado! Me lo ha robado ese canalla de Froilán Gatuellas. Nos asociamos. Y un día... Pero ¿qué le voy a contar? España.

Dieron las tres en el reloj de «El Lobo Gris», y aun no se había presentado Castañares. Acudieron, en cambio, diversos contertulios, todos amigos de Da Estereira y algunos conocidos de Mendicuti. Se hablaba de asuntos, de negocios, de millones. Entre los recién llegados, el más locuaz y mejor vestido se llamaba Pepe Humbrales. Al arribar éste, y encarándose con un señor muy alto y muy flaco que absorbía su achicoria melancólicamente, le espetó:

—Doy lentejas. Siete mil toneladas. Me han dicho que busca usted lentejas, D. Policarpo.

Don Policarpo levantó sus párpados de la taza, y con una melancolía pesarosa, replicó:

—¡Qué lástima! Yo tomo alubias.

—Pues lo siento—añadió Humbrales—. Son unas lentejas que atortolan. Aquí tengo la prueba.

Sacó del bolsillo un papel y extrajo ocho o diez semillas. Don Policarpo las acarició entre las rugosas yemas de sus dedos, y dió sentencia:

—Lenteja murciana. Buena de verdad. La colocará usted. Yo, repito que tomo alubias.

Da Estereira le dió un codazo a Mendicuti, y explicó en voz baja:

—No les haga usted caso. Ni el uno toma alubias ni el otro da lentejas. Ninguno de los dos tiene veinte céntimos. Se hacen la ilusión.

—Empero—chistó Romualdo—este señor Humbrales parece bien portado.

—¡Ah...!

Y explicó la paradoja:

—El caso de Humbrales nos trae locos a todos. Humbrales no es rico, no tiene carrera, ni casi profesión. Lleva un gabán de cuarenta duros, asuela las confiterías, devasta los restaurantes, no se le cae el puro de la boca. Como éste hay legión en Madrid. Explotan la guerra, hablan de arroz, de cerdos y de mulos; van y vienen, celebran con-

ferencias. Un día los veremos apresados camino de la Moncloa. ¿Contempla usted a ese D. Policarpo, ese tan flaco, tan larguirucho? Es más incomprensible aún. Porque ese no gasta, no raja, no triunfa. Parece vivir en el éxtasis de lo prodigioso.

Don Policarpo había absorbido todo su café y perdía la mirada triste por el artesonado de cartón.

—Yo no me explico a este D. Policarpo—añadió Da Estereira—. Jamás ha realizado un solo negocio; pero siempre tiene alguno cuyo interés no coincide nunca con el interés ajeno. Si le ofrecen cabras, pide ovejas; si guano, estiércol de cuadra. Enreda, enzarza, enmaraña la vida de los demás. Persigue asuntos abstrusos. Un día os brindará un solar en el Cosmos, una heredad en la Nada. ¿Qué busca? ¿Qué finalidad le mueve? Yo le creo un dilectante que hace esto por no aburrirse. Tal vez, en la complejidad mundial, sea un agente del Caos. ¿Pretenderá enloquecer a los españoles? ¿Será Alemania quien mueve esta maquinaria alucinante? ¿Interesará al bolcheviquismo hacer de España un país de locos? ¿Recibirá D. Policarpo órdenes del Infierno mismo? ¿Celebrará tenidas monstruosas con fuerzas ocultas que intentan desmedular al país? Yo no me explico a ese hombre. Pepe Humbrales es lógico, humano. Enreda, pero vive. El otro, no. Languidece, se extenua. ¡Ah, aquí hay un secreto! ¿Por qué propone negocios irrealizables no buscando nada? Y así un día, un año. Sólo puedo hallarle al caso una solución demoniaca. Ese hombre es el tentáculo que una magia terrible ha colocado en este café.

Dieron las tres y media y Castañares proseguía sin acudir. Mendicuti estaba ya impaciente. ¡Qué imbécil de hombre! ¡Tanta prisa por realizar el negocio y sin llegar! ¡Y que el asunto presentaba el mejor aspecto! ¡Mala pata! ¡Tardanza imbécil!

Advino en esto Jerónimo Antúnez. Mal afeitado, metido en su gabán que fué verde, saludó a todos:

—¡Libertad y República!

Sentóse, y definió:

—Sé que antes de seis horas se habrá marchado el Rey.

—¿A la Casa de Campo?—insinuó Humbrales, que se había ido haciendo monárquico a medida que subía el precio de sus puros.

—A...

Antúnez venía ofreciendo la República para dentro de seis horas desde hacía seis años.

Era agente de anuncios y tenía el corazón de manteca y el alma de paloma. Trabajador activo,

se defendía y hasta atacaba el pobre; pero habiendo hecho responsable al régimen de la tacañería de los anunciantes, se desahogaba en el café todas las tardes, entre cuatro y cinco, arremetiendo contra las instituciones.

Las cuatro y media, las cinco. Mendicuti no ocultaba ya su impaciencia.

—¿Qué?—le dijo Da Estereira—. ¿No acude esa faltona?

—¡Hombre, no diga sandeces! Las señoras me van teniendo sin cuidado. Espero a un estúpido con el que tengo planteado un negocio; negocio que se nos va a escapar por su culpa.

Da Estereira se irguió como una boa que ve a un conejo:

—¿Un negocio?

—De carbón tal vez?

—De carbón.

—Pues no se le escapará el asunto—dijo—. ¿Qué pone usted, el permiso o el capital?

—Pongo el permiso.

Da Estereira hizo chascar los huesos de su mano derecha.

—¡Estamos salvados entonces!—rió el inventor—. Venga usted.

Y arrastró a Mendicuti hasta el segundo salón del café—un nido oculto de intimidad clandestina—, y le dijo al oído:

—Tengo socio, buques, todo. Ibamos a traer carbón de Cardif. Un periodista republicano daba la autorización. Y ahora resulta que... ¿Usted tiene el permiso? ¿No se burla?

Mendicuti dijo que sí. Y entonces Da Estereira explicó todo su plan, un plan semejante al de Otilio, idéntico: 125.000 duros, depósito bancario, suma que se retira conforme los barcos llegan, joro, éxito, vesania!

—Es preciso que acepte usted—ordenó Da Estereira.

—No puedo. Estoy comprometido con el Sr. Castañares.

—¿Con un faltón? ¿Con un majadero que deja pasar el cuarto de hora propicio?

—Hombre, no sé... Acaso llegue aún...

—¡Si todos son iguales! Ofrecer, perorar, enredar...

Al fin llegaron a un acuerdo. Mendicuti daríale tres días de espera a Castañares. Después, el permiso sería de Da Estereira.

—Entonces—aseveró Romualdo—aquí el jueves.

—El jueves.

Salió Mendicuti a la calle. Era feliz. Le llovían pretendientes. Sería rico. Y desdeñó la idea de ir al Ateneo, para ocuparse de sus estudios, y de ir a la Academia, en la que pronto sería una baja por millonitis. Entró en un cine. A la salida com-

pró dulces para Enriqueta y chucherías para los chicos. Sentíase pródigo, generoso y arrollador.

—¿Qué más dan tres duros cuando se tiene la riqueza vecina?

En casa, un telegrama. Era de Castañares. «Imposible acudir. Voy Coruña cuestión cebollas. Avisaréle.—Castañares.»

Mendicuti arrojó el telegrama sobre la mesa y dijo, enfático:

—Creerá este idiota que voy a dejar 125.000 duros para mañana teniéndolos

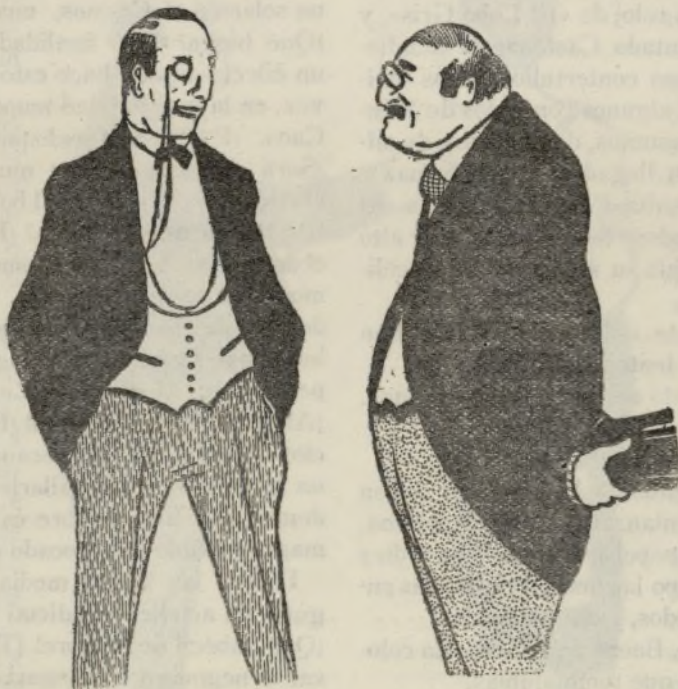
hoy. Me parece que hago rico a Da Estereira. ¡Ea, a cenar! ¡Sácate el jamón, chica!

—¿El jamón? ¡Sí, con lo caro que está, jamón a diario!

Ella defendía siempre aquel estupendo jamón de Laujar que le fué regalado a Mendicuti por un muchacho a quien había recomendado para Correos. Bien guardado en la alacena, era la preocupación de los chiquitines, y constituía el regodeo dominical de la familia. Y así, al escuchar Enriqueta la demanda del jamón en un miércoles vulgar, quedó airada y rampante como una leona.

Mendicuti le dió un beso a su mujer y le puso un billete en la mano.

—¡A gastar! ¡Aquí se acabó la miseria!



CAPITULO CUARTO

De cómo Romualdo Mendicuti ha pasado a vivir cual un prócer, seguro de ser millonario antes de quince días.

Un día—era domingo—llamó la portera de Mendicuti por medio del timbre zaguano. Desde abajo gruñó la señá Braulia, con su barriga, su mandil y sus greñas:

—Llaman a D. Romualdo.

—¿Quién?—preguntó Serafina.

—Un extranjero. Dice que se ponga al aparato.

—¡La Embajada!—gritó Mendicuti.

Y en batín y con sus pantuflas se tiró escaleras abajo.

—¿Quién?

—Birt. ¿Puede venir Ambasad?

—¿Ahora mismo?

—Si le plise...

En menos de cinco minutos se puso Mendicuti su traje color malva, que reservaba para los días de solemnidad; las botas bicolor y el gabán nuevo.

—Debe ser el permiso—Enriqueta—. ¿Para qué llamarme si no? Y el permiso es la fortuna. Ponte gorda, Enriquetona de mis entresijos.

En la calle de Alcalá, hacia Pardiñas, subió a un simón, y dió las señas de la Embajada británica. El corazón latíale con frenesí. Nunca se había visto más cerca del éxito.

Estaba la Embajada en una calle elegante y simpática, cerca de la Castellana, entre vecinos ricos y mundanos, barrio europeo y limpio. Había un portero español, muy serrote. A la izquierda, el palacio del embajador, con su grave hermetismo señorial. A la derecha, unos caminitos enarenados, entre árboles, conducían a las oficinas públicas.

Era la tercera o la cuarta vez que Mendicuti se sentía acogido bajo el enorme poder inglés en su madrileño territorio diplomático. Le había placido todo aquello. Nada de imponencia ni de teatralidad. Una escalerita con sus paredes barnizadas de azul; un conserje españolazo y dicharachero que se hacía la tal y la cual en los boches, y que llevaba con banderitas las acciones militares sobre un mapa; unos secretarios altos, guapos y fornidos, inmutables, incapaces de excesivo júbilo y de latina depresión, seguros de la victoria británica, con sus pipas aromáticas o sus cigarrillos egipcios, sus botas de triple suela, y esas caras de niño bueno que dan al inglés su confortabilidad y su gracia; unas taquígrafas altas y delgadas, rubias y suaves, que enseñaban el fino tobillo

cuando iban y venían por el corredor con sus papeles misteriosos.

Fiel al consejo de Castañares, había publicado en *El Baluarte* su opinión aliadófila. No era la suya una opinión vulgar, llena de nobles tópicos. Era una cosa razonada y erudita que reprodujeron en esencia diversos periódicos enemigos de «Barbaria» y que obtuvo un suceso muy considerable. Después, y dejando pasar el tiempo que la honestidad exigía, se presentó en la Embajada con una recomendación del senador romanonista Sr. Pérez Vivez. Lo llevaron a presencia de mister Birt y alcanzó la mejor acogida.

Mister Birt era un hombre robusto y optimista. Trascendía a salud, a espíritu equilibrado, a tabaco fino, a poder, a britanismo pulcro. Por sus modales rápidos, su franqueza campechana, su entusiasmo generoso, era un meridional.

—Tómese asiento—dijo.

Leyó la epístola de Pérez Vivez, y recordó:

—Yes... Men... di... cuti. Yes. ¡Oh, leí su bella notisia! Yes...

Y Mendicuti se explicó. Quería un permiso de exportación. ¡Una bicoca! 25.000 toneladas. E hizo larga reseña del negocio.

Mister Birt escuchaba con las manos en los bolsillos del pantalón, abierto de piernas, la pipa en la boca, una sonrisa que a veces subrayaba un «yes» de un amable optimismo, y una mirada inocente y azul.

Cuando acabó Mendicuti, el secretario mercantil de la Gran Bretaña encogió los hombros como si hubiese oído una frivolidad.

—Creo fácil. Escribiré London. Meta, meta su nombre en papel y mandaré Inglaterra. Yes.

Dejó Mendicuti su nota, y para ser amable quiso decir una lindeza muy española, una chocarrería castiza que hiciera tilín en el ánimo de aquel efusivo extranjero:

—Esos boches la van a diñar de un momento a otro. Pero que la van a diñar.

—¿Diñar? ¿Qué es diñar?—indagó el inglés, no seguro de haber brujuleado aquella palabra en su diccionario de bolsillo.

—Futarse, reventarse, irse al badajo.

Mister Birt lanzó una carcajada.

—¡Ah, no! Alemanes son brutos, fieros... Pero Inglaterra está decidida venser. Yes.

Lo dijo con las manos en los bolsillos, la pipa humeante, los ojos inocentes y azules.

—Inglaterra no perder guerra nunca. Si es preciso luchará un año más, dos, cinco, diez. Para diñar Napoleón estuvo quínse.

Aquella entrevista orientó a Mendicuti sobre el final de la guerra mejor que todas las formidables y catastróficas mentiras de la propaganda boche.

Había vuelto a la Embajada dos o tres veces para «menear el cocido». Mister Birt le había dicho últimamente:

—Cuando conteste London, avisaré. London es despacio, pero es seguro.

Y ya había contestado, pues le avisaba mister Birt. Y ya la idea del millón iba cuajando como un flan inmenso en las penumbras de su cráneo.

En efecto; mister Birt, haciéndole pasar a su despacho y recogiendo de manos de una «girle» cierta carta oficial, le dijo:

—Ministerio Buques asepta. Aquí está.

Y le fué traduciendo la epístola aquella, que traía tantas venturas, a un castellano incomprensible. Sólo entendíase bien la frase «mister Mendicuti» inserta ocho o diez veces en la carta.

Cuando acabó mister Birt quiso tener el exportador un resumen definitivo.

—Bueno, en síntesis: ¿puedo traer el carbón?

—¡Oh, yes, naturalmente! Sólo hay una dificultad pequeña. No comprendo bien esto. No sé si usted tendrá que llevar buques, o le darán buques. Le llamaré usted precipitación por esto. Hoy debo ir London. Volveré dentro ocho diez días. Mejor que escribir, yo hablaré. Vuelva verme.

Mendicuti se puso de pie emocionado. Tenía la soñada autorización. Él mismo había leído en la carta «mister Mendicuti» reiterado satisfactoriamente. El pequeño detalle que faltaba, ¡bah!, diez días que le eran necesarios para ultimar con Da Estereira, pues Castañares no había regresado aún de sus viajes épicos.

—De modo— terminó Mendicuti—que la autorización existe.

—¡Oh, yes!

—Que ese pequeño detalle no afecta al fondo del asunto.

—¡Oh, yes!

—Que usted mismo lo traerá resuelto de Londres.

—Y que véngase por Ambasad dentro de pocos días.

Saludó a mister Birt, recorrió el jardín alegre y confiadamente, subió al simón que le esperaba, soñolientos cochero y caballo, y se hizo llevar a casa.

Cuando entró, dijo:

—Somos ricos, Enriqueta. Tenía que suceder así. Ríe el sol en nuestros balcones. ¿Tienes una

bandera inglesa? Si es así, plántala como himno victorioso.

Y lo narró todo, minucia por minucia. Y elogió la dulce alegría inglesa, la histórica formalidad británica, y hasta la pipa de mister Birt. Y aupó a los chicos menores sobre los muslos, y les decía entre risuelas de adolescente jubiloso, y situándose a la altura espiritual de sus críos:

—Vais a tener institutriz inglesa, ¡mocosillos! Una señora muy alta y muy flaca. Os dará miedo, pero os enseñará el más bello idioma de la tierra... El idioma de la libra esterlina y el dólar. ¡Yes!

Luego, íntimo divagó con su esposa en uno de esos ratos domésticos y esperanzados que son todo el encanto de la vida.

—Hay que dejar el soplillo, chica. Hay que triunfar un poco, y ver el mundo como es, grande y espléndido; como lo ven los ingleses y los americanos: lleno de lujo, de trabajo y de jovialidad. Realmente, hemos vivido hasta aquí como españoles del antiguo régimen. Sin emoción ni audacia. ¿No ves a esos de Zurita? Siempre en coche, siempre de juerga; que si van a estrellarse, que si no tienen dos pesetas, que si patatín. ¿Y qué? Ellos gastan y ríen. Y no caen jamás. Y es que llevan motor, que son gente a la moderna.

Enriqueta escuchaba todavía incrédula y atontada, como una abadesa podría oír al marqués de Sade. Ella, que había remendado los calzoncillos de su padre y de su esposo, que era guapa y buena, pero que era cortita de genio, apegada a la tradición y al fogón, ¿qué sabía de ruidos, de estrépitos? Salir de su cocina le inspiraba pánico. Era como un jilguero nacido en jaula al que se hablase de nidos en el alero, de holgorios en los jardines, de sol y libertad.

Conservaba un piquito del mandil mordido por una punta, y los ojos bajos:

—Yo creo, Romualdo, que no debes meterte en gastos hasta que el dinero llegue. ¡Y si luego resulta...!

—¡Tonta! ¡Tontita de mi casa! ¿No ves que todo está arreglado? Y, además, si hasta para bien de los negocios es conveniente ofrecer otro aspecto. El oro no sube a los sotabancos. Es más corto el principal. Dinero llama a dinero, gastos a ganancia. No digo que vayamos a despilfarrar como locos. Pero mejorar de casa, tomar doncella, hacernos ropa, no discutir la pesetilla, eso sí.

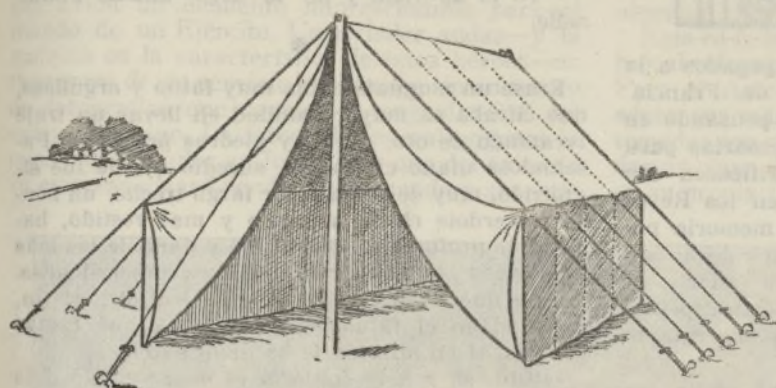
Luis Antón del Olmet.

(Continuará.)

Cómo se construye una tienda de campaña.

A todo el que veranea en el campo o en la playa puede serle de interesante conveniencia el conocimiento de la manera de hacerse una tienda de campaña. Esto puede resultarle bastante barato si sigue las instrucciones insertas en esta página.

Supongamos que la tienda ha de tener cabida para dos



La tienda, una vez armada, tendrá esta forma.

o tres personas. Tendrá que componer trozos de lona o dril fuerte, que constituya la forma que representa nuestra segunda figura. Si la tela tiene 0,75 metros de ancho, se cortan cuatro largos de cinco metros cada uno y se cosen en la forma que los marineros llaman «llamas», es decir, superponiendo los bordes de las telas, que quedarán ajustadas con dos filas de puntadas, de manera que la costura será doble.

Se ajustarán luego las cuatro piezas que forman los delanteros y traseros, que son las puertas de la tienda.

Son necesarios ahora dos palos o perchas verticales y una cumbrera o varal, que se montará sobre aquéllos. Las perchas convenientes a la tienda trazada deben tener 2,15 metros de altura y llevarán en un extremo superior una muesca que permita encajar los extremos de la cumbrera y asegurarla con una clavija, a cuyo efecto se harán los agujeros necesarios para poder colocar la clavija más o menos alta, según que la tela encoja o dé de sí. La cumbrera debe tener cerca de tres metros de larga. Cuando se arma la tienda, las paredes se sujetan al suelo enganchando las presillas de su borde, bien a unas estaquillas con una muesca a un lado, bien a escarpas grandes, como las que usan los carpinteros de armar. Para conservar la forma al ligero edificio, doce cuerdas que hacen de vientos se sujetan, bien tirantes, a otras tantas estacas. Pueden simplemente atarse a ellas; pero lo mejor es formar un lazo

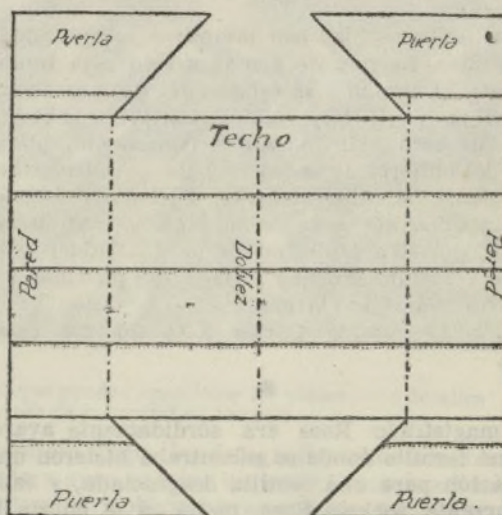
corredizo valiéndose de un pedacito de madera con dos agujeros.

La tienda tendrá la forma que indica el primero de nuestros grabados. El segundo suministra el patrón según el cual debe cortarse el lienzo.

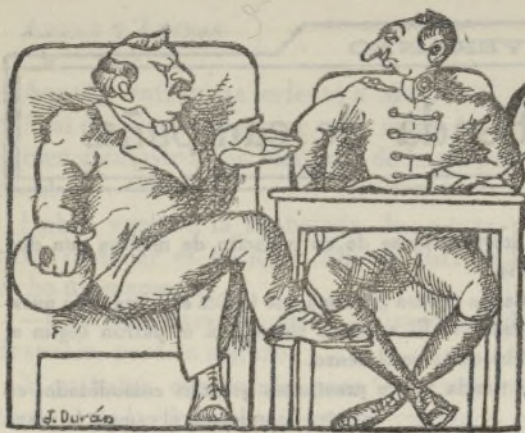
Esta tienda puede prestarnos grandes comodidades en nuestro veraneo por el campo, la playa o el monte. Su precio resultará relativamente barato, y su menaje más conveniente será una mesa y sillas de mimbre, que por poco dinero se encuentran en el comercio.

Al armar la tienda deben tenerse en cuenta las siguientes prevenciones: Debe armarse siempre de espaldas al viento, resguardándola de éste, a ser posible, con algún grupo de árboles o matorral. Pero no debe ponerse nunca debajo de los árboles, porque esto envuelve tres peligros: las moscas, el chorrear de las hojas en caso de lluvia, y algún rayo en caso de tormenta.

Si el terreno está en declive, la entrada debe estar en la parte más baja, y la cabecera de la cama de campaña, en la más alta. La afición a hacer jornadas en el campo, viviendo en estas tiendas más o menos caseras, aun no se ha desarrollado entre nosotros. En el Extranjero constituye un deporte que cuenta con numerosos partidarios.



La lona se cortará según el patrón que da este dibujo.



ANÉCDOTAS CURIOSIDADES

—Dispense usted; le creo a usted, pero no lo había visto.

—Yo lo he visto y no lo creo—añadió Fontenelle.

*

Pocos Soberanos ha habido más apegados a la etiqueta palatina que Luis XVIII de Francia. Hasta en su lecho de muerte estuvo pensando en ella. Dió en persona las órdenes necesarias para que las ceremonias fúnebres se verificasen con todas las formalidades observadas en los Reyes anteriores, demostrando prodigiosa memoria para recordar hasta los menores detalles de dichas ceremonias. Pocas horas antes de su muerte, al leer las oraciones por los moribundos, su capellán cometió una equivocación; el Rey le interrumpió para corregirle.

En aquellos momentos, mientras el clero, los médicos y los ayudantes rodeaban el lecho, la familia lloraba amargamente en un extremo de la habitación. Un gentilhombre sostenía las cortinas, y cuando el médico de cabecera dijo que el Monarca había dejado de existir, aquél, dejando caer la cortina, se volvió e hizo una reverencia a los Príncipes. Todos se dirigían hacia la puerta; pero antes de salir se hicieron a un lado y, dirigiéndose al nuevo Rey, Carlos X, le dejaron pasar delante.

El entierro se hizo con la mayor minuciosidad de detalles. El Rey de armas arrojó a la tumba el casco, el escudo y la espada del Rey; se dieron los gritos de «¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!». Todo fué hecho, en fin, tan correctamente, que al final del entierro el nuevo Rey felicitó al maestro de ceremonias calurosamente. El buen funcionario, sin saber lo que se decía, replicó emocionado: «Señor, Vuestra Majestad es muy amable; pero hemos cometido muchas faltas; la próxima vez procuraremos hacerlo mejor.»

—Gracias—replicó Carlos X—; no me corre prisa.

*

El magistrado Rose era sórdidamente avaro. En una tertulia donde se encontraba hicieron una cuestión para una familia desgraciada, y cada concurrente, incluso Rose, metió en el bolsón lo que quiso. Salióse por un momento de la sala nuestro avaro, y cuando volvió a entrar, la señora encargada de la cuestión, no acordándose de si el Sr. Rose había dado ya algo, volvió a presentarle la bolsa.

—Ya he dado, señora—dijo con cierta aspereza el avaro.

Erase un magnate chino muy fatuo y orgulloso, que cifraba su mayor vanidad en llevar un traje recamado de oro, perlas y piedras preciosas. Paseándose ufano cierto día, sucedió que le fué siguiendo, muy de cerca y por largo trecho, un bonzo (sacerdote chino) anciano y mal vestido, haciéndole profundas reverencias y dándole las más expresivas gracias por sus perlas y preciosidades.

—¿A qué vienen estas gracias?—dijole, al fin, incomodado el fatuo magnate—. ¿A qué tantas gracias, si en mi vida te he dado nada?

—¡Oh!, sí, señor—contestó el bonzo—. Me dáis el placer de contemplar de balde todas estas riquezas y preciosidades que a vos os cuestan dinero y que, además, os dan el trabajo de llevarlas a costas y el cuidado de guardarlas.

*

En época revolucionaria, el diputado por Villa-bruta, que era de la cáscara más amarga, fué comisionado por sus correligionarios de la cabeza del distrito para encargarse de adquirir una estatua del Libre Pensamiento, que había de colocarse en la plaza de la Constitución.

Llegada al pueblo la obra de arte, se instaló con gran sigilo, sin que pudiesen contemplarla mas que los parientes y parientas del alcalde. Estas últimas se escandalizaron porque el santo se presentaba en el más completo y bien detallado desnudo, decidiendo, en vista de ello, la primera autoridad de la villa que se le hiciera un traje decoroso y al mismo tiempo elegante.

El día fijado para la inauguración se prepararon grandes festejos por tan señalado motivo, viniendo de la capital el diputado con una nutrida representación del Centro federal y tabernas adyacentes. Y en el momento supremo de ser solemnemente descubierta la monumental estatua quedaron estupefactos viendo aparecer al Libre Pensamiento vestido de guardia civil.

*

Una hora duerme el gallo,—dos el caballo,—tres el santo,—cuatro el que no lo es tanto,—cinco el peregrino,—seis el teatino,—siete el caminante,—ocho el estudiante,—nueve el caballero,—diez el majadero,—once el muchacho—y doce el borracho.



La fotografía aérea.



Una de las principales aplicaciones de la aviación militar es hoy la fotografía aérea. Su importancia excepcional en los reconocimientos y toda clase de servicios de exploración ha hecho del avión un elemento imprescindible para el mando de un Ejército. Un aviador audaz—y la audacia es la característica de estos héroes—no regresará de su servicio explorador sin un tesoro de fotografías que revelen la organización del campo enemigo. La fotografía aérea agiganta la misión del aviador en forma tal, que del éxito de su empresa estará pendiente el mando y al triun-

El aviador, al término de su recorrido, rinde cuenta de su misión entregando los «chassis» al servicio fotográfico del Ejército, y el mando dispone de un verdadero plano del campo enemigo obtenido en unos minutos.

Esta es la hermosa misión que la Ciencia confía hoy al esforzado espíritu de los caballeros del aire. Pero el Arte espera también de la fotografía aérea sus más bellas producciones. Si las vistas tomadas con un eje óptico sensiblemente vertical dan un plano del terreno, que permite ser utilizado en su propia forma o construir con su auxilio un



París desde un aeroplano.—Vista de la isla de la Cité, en la que pueden apreciarse los pintorescos detalles de este bello sitio, que constituye el corazón de la capital de Francia.

fo del hombre-pájaro se subordinará el de su Ejército.

Modernos inventos han hecho de la fotografía aérea un fácil cometido, logrado por sencillísimas manipulaciones que evitan toda complicación, garantizando, además, el éxito. Tal es el aparato fotográfico «Ram», ingeniosísima disposición de una cámara fotográfica con carga automática y almacén giratorio, que, adaptada a un avión o dirigible, es manejada por el piloto u observador por medio de una simple palanca.

verdadero mapa, las fotografías tomadas oblicuamente a gran escala, viniendo la sombra hacia el objetivo para obtener gran relieve, pueden ser páginas de belleza si la pericia del operador secunda a su alma de artista.

Prueban estas afirmaciones las dos fotografías que ofrecemos a nuestros lectores y que han sido tomadas desde aviones, oblicuamente, acusando un prodigio de relieve.

Reproduce la primera la tan famosa y conocida isla de la Cité, de París; y si por su detalle y mi-

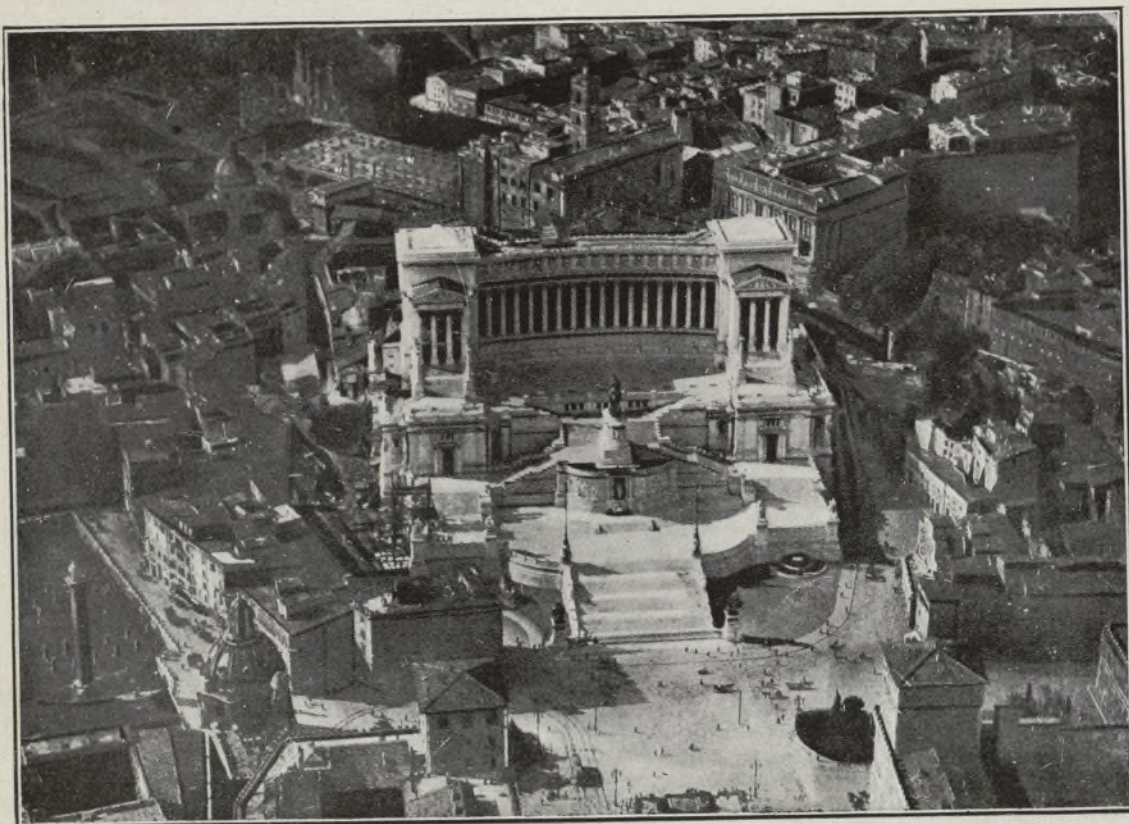
nuciosidad en nada envidia a la mejor vista panorámica, es por su ejecución y acierto una verdadera obra de arte.

Sin desmerecer la segunda, por lo que a las exigencias de un reconocimiento se refiere, es aún más bella como hija del Arte. La habilidad del aviador ha sabido escoger el poderoso contraste de dos bellezas, manifestaciones de dos artes separados por un abismo de veinte siglos.

Tomada esta vista, oblicuamente también, desde un avión a 300 metros sobre la Via Nazionale, de Roma, ofrece el bello y contradictorio espectáculo de un moderno arco voltaico rodeado de viejas antorchas que iluminaron al Mundo.

gana. Resalta, en efecto, en primer término, en el ángulo inferior izquierdo, el Foro Trajano, maravilla escultórica que fué y de la que da brillante muestra la famosa columna que sustentaba la estatua del Emperador, cuyas campañas victoriosas se reproducen en atrevida espiral de original escultura que rodea la columna. Su tradicional belleza fué consagrada en una copia conocidísima: la columna de la plaza de Vendome, de París, que conmemora las glorias de Napoleón.

Alejándonos del Foro Trajano, después de mirar entristecidos cómo el celo religioso de un Papa-Rey substituyó por una vulgar efigie de San Pedro la bella estatua de Trajano que se asentaba



Vista de Roma tomada desde un aeroplano. En la fotografía se observa en primer término el grandioso monumento a Víctor Manuel II, rodeado por los antiguos fosos romanos.

Al fondo de la Piazza Venezia de la Ciudad Eterna álzase soberbio, dominador, con su imponente grandeza, como joya del arte moderno, el monumento a Víctor Manuel II, el Rey libertador que realizó la unidad italiana. Elegante escalinata da acceso a una amplia rotonda, en la que, sobre pedestal de prodigiosas esculturas en bajorrelieve, asienta la ecuestre estatua del ídolo italiano, a la que dan grandioso marco, al fondo, severos temples y vasta columnata de romano anfiteatro, convertida en museo de obras inmortales.

Y como si el Arte, audaz, hubiera desafiado con su más moderna obra a las más bellas de su historia, rodean al monumento los grandiosos recuerdos de otro Arte: el de la Roma decadente y pa-

en la gentil columna, demandando al Arte perdón por la artística herejía, contemplamos los barrios humildes de la Roma consular, principio de los suburbios de la vieja señora del Mundo, que terminan, en el ángulo superior izquierdo, en esa lección escultórica, tan aprendida por los artistas, que, a la vez que un modelo arquitectónico, es el símbolo de una civilización: el Colosseo o Circo Romano, que sintió conmoverse sus cimientos tantas veces, asaltado por las turbas vocingleras que ahogaron con sus gritos de «panem et circensem» las fervientes plegarias de los cristianos sentenciados y los rugidos de las fieras hambrientas que esperaban su festín...

Continuando nuestra investigación, surge a la

derecha del Colosseo el Arco de Tito, desafiando en su mármoleo desprecio el ultraje de los siglos; y a continuación los restos de aquel Foro Romano, centro del Mundo, emporio de las Artes y templo del vicio de la Roma agonizante bajo el odio de Nerón, purificada un día por el fuego que la enfermiza imaginación de aquel falso poeta, vanidoso como tal necio, quiso emplear como redención de un pueblo condenado a morir bajo las plantas de los bárbaros invasores.

Siguen después, el Palatino, morada de los Césares, que contempló indiferente las tragedias de emperadores, patricios y legionarios. Y la Cárcel Mamertina, que guarda en sus muros el eco de plegarias y lamentos de moribundos cristianos, que al expirar pedían la bendición de uno de los cautivos: Pablo de Tarso.

Termina la hermosa vista cerrando por la derecha el marco del monumento a Víctor Manuel II con el Campidoglio, vasto recinto en que la Roma actual guarda sus tesoros de Arte y en el que la Belleza tiene su trono, recuerdo de un tiempo que fué.

Arte y Belleza, firmados con sangre, de los que fueron impasibles testigos las siete colinas de la Ciudad Eterna, que pasó por la tierra, altivo y cruel, dominador y sanguinario, el lema que, a los pies de la loba que amamanta a los fundadores, es hoy irónico símbolo de una grandeza caída: S. P. Q. R.

Senatus populusque romanus...

El último resto de una vanidad.

*

Otra importante aplicación de la fotografía aérea puede ser la simplificación de los trabajos catastrales. Un poderoso objetivo montado sobre un avión que vuela a proporcional altura puede conseguir en breve espacio de tiempo un plano, verdadero levantamiento, por medio de una serie de vistas, tomadas verticalmente, de los terrenos objeto de las operaciones del catastro, reduciendo a sencilla misión rápida lo que por los procedimientos topográficos hasta ahora empleados supone arduo trabajo, de lentitud desesperante.

La aviación, siempre triunfante. La Ciencia, el Arte, la Estadística, todas las inquietudes del espíritu, pidiendo su amparo a la navegación aérea. Indudablemente es la suprema conquista de la Humanidad. Ante ella, como ante todo lo grande, lo vulgar se siente mezquino y los que se estimaron grandes elementos de progreso, vacilan atemorizados ante la nueva, poderosa rival que puede anularlos. En el arte de la guerra se ha reflejado, acaso más que en ninguno, este temor, esa vacilación. Los que creíamos poderosos medios de combate se han visto empequeñecidos, cuando no destronados, por esa nueva Arma, señora del aire. Porque fué la guerra, con todos sus horrores, la que entronizó a la aviación. El ingenio se aguzó y la audacia rayó en temeridad. Y juntos escalan las nubes. Y vencieron.

Su triunfo guerrero llevó a los espíritus una interrogación... ¿La Caballería?

Entre las mil enseñanzas de una guerra surge

siempre una incógnita. La última catástrofe europea, con el indiscutible triunfo de la aviación en los servicios exploradores, ha dejado entre sus duras lecciones una vacilación: la Caballería...

Ante los reconocimientos rapidísimos y documentados de un avión; ante los bombardeos de vanguardias aéreas, las voladuras de toda clase de material y las persecuciones de retaguardias; ante toda esa importantísima misión que la aviación militar ha desempeñado, tan heroica como fructíferamente, en la reciente guerra, los pequeños críticos de casino se preguntan: ¿La Caballería? Y hay en su interrogación angustia en unos, irónica sonrisa en otros...

Porque la Caballería, para ellos, era eso: el reconocimiento inestimable, la imprescindible exploración, la voladura audaz, la persecución sangrienta. Eso, en fin, que a maravilla realiza hoy la aviación.

Italia renunció a su Caballería en esta guerra. Infantes se tornaron sus jinetes, nutriendo los cuadros de la Infantería, y sus caballos alimentaron al Ejército.

¡Italia «se comió» su Caballería!

En los frentes, la guerra de trincheras inmovilizó a la Caballería.

¿Qué haremos? ¿Renunciaremos a un Arma tan bella? ¿La convertiremos en una vergonzante infantería montada, híbrido fruto de ambas Armas, desprovisto de las ventajas de cada una?

Y los pobres espíritus medrosos, al preguntarse esto, suspiran indecisos: ¿ha muerto la Caballería?

No; la Caballería no ha muerto, no puede morir. Italia, en su frente alpino, inaccesible casi, renunció circunstancialmente a su Caballería y fortaleció con ella sus efectivos de infantes y sacrificó el ganado para suministro de su Ejército.

En el resto del frente occidental los combatientes comprendieron que, por entonces, la Caballería no tenía indispensable aplicación. Todo esto es verdad. Pero una fase de una campaña, y aun toda una guerra, no establecen una norma imperativa que rijan los futuros destinos ni dicte inmutables métodos de combate.

Si Joffre hubiera dispuesto desde el primer momento de un poderoso Ejército que oponer al invasor, ¿se hubiera «enterrado»? No; la trinchera fué el supremo recurso que fortaleció al débil permitiéndole esperar; y el adversario, detenido por el obstáculo, comprendió la inutilidad de desafiarse a pecho descubierto y aceptó el método, imitándolo.

Pero el triunfo—el triunfo militar, se entiende—ha sido, una vez más, de la maniobra. La guerra en campo abierto no muere y surgirá siempre que la inferioridad de uno de los adversarios no la rehuse. En ejércitos fuertes, la guerra será maniobra; y en ella, la Caballería, sin mixtificaciones inútiles en su hermosa y magnífica misión; sin adulteración mezquina; en su estricta y honrada pureza, será siempre el Arma gloriosa e indispensable del momento decisivo, que arrebata el triunfo por el esfuerzo de una espada y la bravura de un corazón.

Elshaw & Varro

La Conferencia de Spa y el Congreso de Viena.

El 5 de julio de 1920 tuvo lugar en Spa la primera sesión de la Conferencia, en la que fueron puestas a discusión y determinadas las cláusulas militares, navales y aéreas del Tratado de paz entre Alemania y los aliados.

El Gobierno alemán dió a sus representantes la idea de habilidades diplomáticas para dificultar o retrasar, por lo menos, el desarme.

En lo que concernía a la cuestión de los efectivos, se hizo notar primero la situación interior de Alemania y la imposibilidad en que se encontraban de licenciar rápidamente para evitar una aglomeración peligrosa y funesta de los *sintrabajo*.

En la segunda sesión, celebrada el 7 de julio, el doctor von Simons, ministro alemán de Negocios extranjeros, expuso de nuevo las dificultades que su país hallaba para dar satisfacción a los aliados. Para fijar su tesis recordó que en noviembre del año 1918, como consecuencia de la confusión originada por la derrota y la revolución, gran número de soldados abandonaron las filas marchando a sus casas con las armas, que después nadie se ocupó de reclamar. Por otra parte, el mismo Gobierno, con objeto de asegurar el orden en el interior, había confiado a determinadas organizaciones obreras y agrícolas un completo material de defensa para facilitar su resistencia ante los ataques comunistas. De todo lo cual resultaba que una cantidad considerable de armas portátiles se encontraba diseminada en Alemania y que, aunque no fuera más que para asegurar la restitución de todas esas armas en el momento deseado, se hacía preciso mantener un ejército importante.

Las argucias de los alemanes no tuvieron éxito. Los aliados, cada vez más inflexibles, más exigentes, hicieron aceptar cuantas cláusulas se propusieron. ¡Es que habían hablado demasiado duramente las armas para que aceptaran en la Conferencia habilidades diplomáticas!...

Estos hechos nos hacen recordar los acaecidos hace poco más de un siglo, cuando, en el Congreso de Viena, Talleyrand consiguió con sus argucias cambiar un tanto las exigencias de los entonces aliados.

Cual se recordará, allí se trataba de repartirse entre las naciones aliadas, Rusia, Austria, Inglaterra y Prusia, los territorios arrebatados a Francia a la caída del Imperio.

La situación de Talleyrand era terrible. Representaba al país que iba a ser objeto del despojo, y se le había puesto en entredicho hasta el punto de que ningún otro representante se atrevía a visitarle por miedo a hacerse sospechoso a las demás potencias. Refiérese que uno de los Reyes que acudieron a Viena, preguntando a un diplomático si veía a Talleyrand fuera de las sesiones, dijo, al recibir una respuesta negativa: «Yo tampoco me he atrevido a verle.» No tenía como aliado más que a Labrador, que era una nulidad. Pero aquello no fué obstáculo para que Talleyrand, el más hábil de los diplomáticos de nuestra época, se presentara arrogante en el Congreso y acabara por hacerse dueño de la situación.

Austria se hallaba representada por Metternich, el cual presidía; Prusia, por el Príncipe de Hardenberg y Guillermo de Humboldt; Rusia, por Nesselrode; Inglaterra, por Lord Castlereagh; Francia, por el famoso Talleyrand, y España, por el marqués de Labrador. Antes de llegar a este último, convinieron los aliados en discutir a solas entre ellos cuatro las condiciones del reparto, sin perjuicio de comunicárselas en seguida a Francia y a España.

Al presentarse Talleyrand en la primera sesión, los delegados de las potencias triunfantes le entregaron un protocolo firmado por ellos, y en el cual se hablaba constantemente de «los aliados». Talleyrand protestó contra dicha palabra, preguntando si todavía continuaba el estado de guerra y contra quién. En cuanto al contenido del protocolo, dice M. de Talleyrand en sus Memorias:

«Comprendí que era necesario rechazar íntegramente el documento por medio de algún argumento decisivo. Leí varios párrafos y exclamé: «No lo entiendo.» Torné a leerlos, afectando esta segunda vez el aspecto de una persona que trata de penetrar bien el sentido de una cosa, tras de lo cual volví a decir: «Sigo sin entenderlo.»

En vista de esta «dificultad de comprensión» de Talleyrand, los plenipotenciarios, temiendo un debate de varias semanas, declaran que en realidad conceden poco valor al documento, a lo que objeta irónicamente el diplomático español, marqués de Labrador, que el protocolo lleva, sin embargo, sus firmas. Pero los aludidos insisten en recoger el documento; Metternich lo traspapela y no se vuelve a hablar de semejante cosa.



Castillo de Neuvois, residencia del Káiser en 1918 y de Millebrand en 1920, durante las sesiones de la Conferencia de Spa.

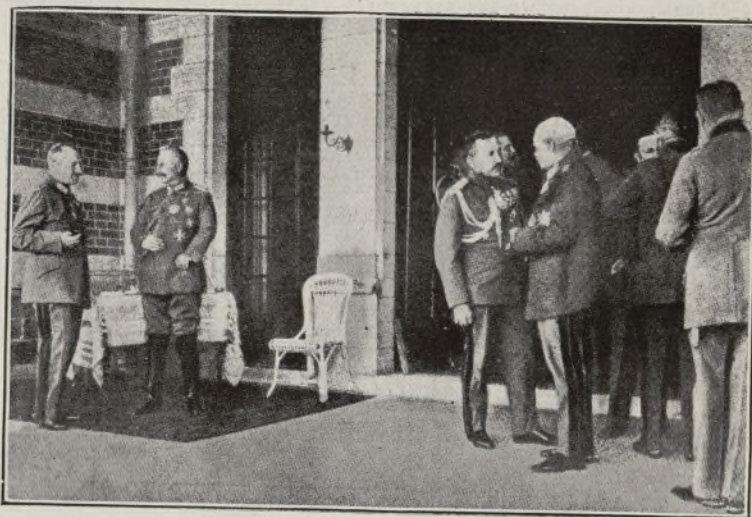
A poco se presenta a Talleyrand un nuevo documento reglamentando el orden de los trabajos, si bien dando sólo participación en ellos a los cuatro aliados. El habilísimo diplomático francés sabe embrollar tan bien la cuestión, solicitando al mismo tiempo un plazo para reflexionar sobre ella, que el Congreso se aplaza para redactar otra reglamentación de las labores del Congreso.

Era desbaratar por completo el bien meditado plan de los coligados y hacerles comprender que no habían de conseguir nada sin contar con Talleyrand.

En el curso de las negociaciones entabladas con el representante de Francia, Metternich, otro coloso de la diplomacia, amenazó con el rompimiento. Talleyrand no se inmuta, y pregunta fríamente si es ese el objeto del Congreso, y exige luego que en el proyecto de protocolo se añada «que la apertura del Congreso se verificará con arreglo a los principios del derecho internacional».

Al ser pronunciadas estas palabras, originase un tumulto enorme; el Príncipe de Hardenberg, puesto de pie, los puños apoyados en la mesa, casi amenazador y gritando desaforadamente, profería estas palabras entrecortadas: «No, señor... ¿El derecho internacional?... Es inútil... ¿Por qué hacer constar que procedemos conforme al derecho internacional?... Eso ya se supone...» Por su parte, Humboldt vociferaba:

veniente en decirlo.» Y así se hizo. Las negociaciones continuaron eternizándose; pero poco a poco logró Talleyrand quebrantar la unión de los aliados, atrayéndose al representante de Inglaterra, siendo



1918.—El Káiser y el Rey de Baviera departen en un ángulo de la terraza del castillo de Neubois, concertando los planes para deshacer a Francia.

éste quien redactó por sí mismo un proyecto de Tratado, inspirado por Talleyrand, y que se aceptó definitivamente, salvo ligeras modificaciones, el famoso Tratado de Viena.

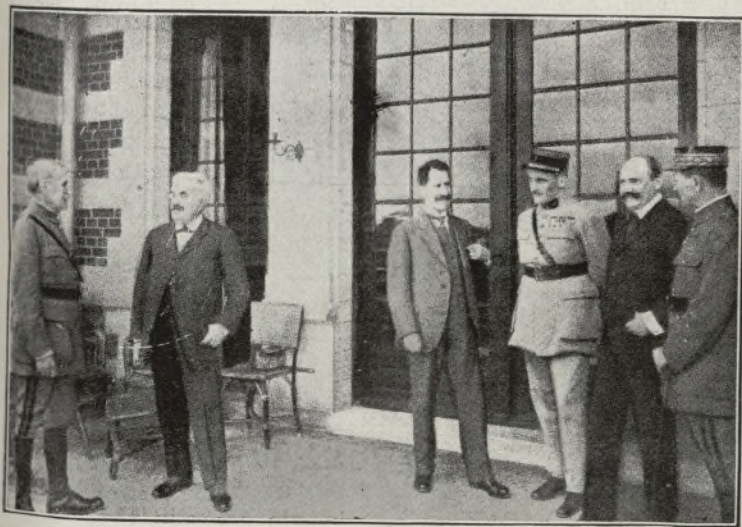
Los alemanes no han tenido en esta ocasión un Talleyrand, aunque hay que confesar que de nada les hubiera servido, dado el estado de los ánimos en la Conferencia.

Y para finalizar, como dato curioso, haremos notar que la residencia ofrecida a Millerand durante el tiempo de la Conferencia ha sido el mismo castillo de Neubois que el Káiser ocupó durante varios meses del año 1918, cuando tenía el mando supremo del Ejército. Y son documentos interesantes de esta coincidencia las fotografías que publicamos, en las que se ven ocupando casi los mismos sitios, con dos años de intervalo, en una, Guillermo II y el Rey de Baviera, y en otra, Millerand y el mariscal Foch.

¡Ironías de la casualidad!...

No han conseguido en Spa los delegados alemanes el efecto que se proponían. Las exigencias duras de los aliados, siempre apoyadas por la espada amenazadora de Foch, han tenido que ser aceptadas por el canciller Fehrenbach, por von Simons y por M. Wirth, que en representación de Alemania han asistido a las conferencias.

El Alférez Zeda.



1920.—En el mismo sitio del mismo castillo, Millerand y el mariscal Foch determinan las medidas que han de aniquilar los restos del poderío militar alemán.

«¿Qué hace aquí el derecho internacional?» A lo que contesta Talleyrand: «Hace el que usted se encuentre en este Congreso. Y si se supone que éste se celebra con arreglo al derecho, no debe haber incon-

Los hidrodeshlizadores con hélice aérea.

La industria del propulsor mecánico para barcos destinados a la navegación por ríos, canales y lagos empieza a manifestarse de una manera práctica en los llamados *hidrodeshlizadores*, de los cuales presentamos el modelo en esta plara.

El hidrodeshlizador es una embarcación basada en un principio original. Tiene un fondo completamente plano y está construída como una chalana, de manera que se hunde en el agua todo lo menos posible. La propulsión se verifica mediante una hélice aérea.

Las ventajas que aprovecha el hidrodeshlizador son las siguientes:

1.^a Como no entra en el agua no tiene que vencer ninguna resistencia para hacerse camino sobre la superficie líquida; y

2.^a No hay resistencia debida al frotamiento de paredes del barco sumergidas.

Por consiguiente, no tiene mas que vencer la resistencia del aire sobre el casco y la resistencia que puede producir el deslizamiento del fondo del barco sobre una emulsión formada por aire y agua. A estas ventajas primordiales hay que unir otras que le hacen ser la embarcación más adecuada para la navegación por ríos de poco fondo. Estas son:

1.^a El hidrodeshlizador puede marchar sobre cualquier corriente de agua, puesto que sólo cala unos veinte centímetros cuando está parado y nada cuando se pone en marcha; y

2.^a El paso de la embarcación no origina movimientos en la superficie del agua; por otra parte, es insensible a los remolinos y corrientes, de tal manera, que no se ha notado diferencia apre-

ciable en la velocidad conseguida al remontar o descender por la misma parte de un río.

El hidrodeshlizador ofrece más resistencias que la canoa cuando se marcha a poca velocidad, porque entonces va un poco hundido su casco y éste no se halla dispuesto para tal clase de navegación, así es que necesita entonces un motor de más potencia que el de la canoa; pero conforme va obteniendo velocidades, necesita menos aumento de fuerza, y llega un momento, cuando el fondo del barco se desliza verdaderamente sobre la superficie, que la velocidad aumenta progresi-

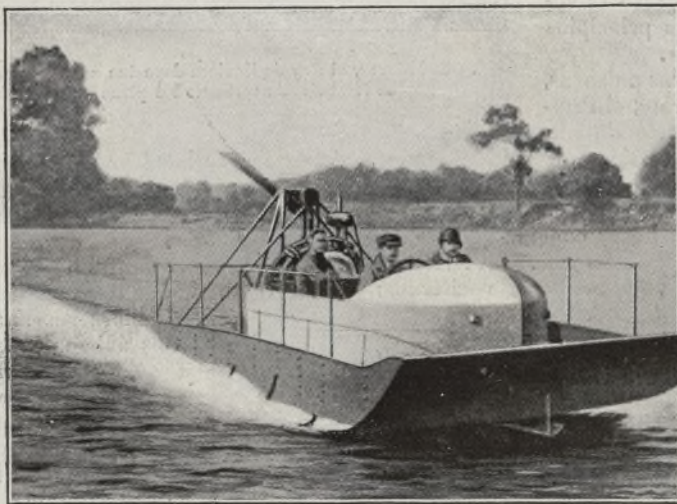
vamente de una manera extraordinaria.

El modelo de hidrodeshlizador que ofrece la fotografía es el construído según los planos del conde Lambert. Este elevó al principio un motor de 12 caballos, con el que consiguió una velocidad de 36 kilóme-

tros por hora. Después, en el año 1906, se le puso un motor de 50 caballos, con el que la velocidad se elevó a 60 kilómetros. Luego se le han

hecho sucesivos perfeccionamientos que han aumentado su rapidez y prácticas condiciones de servicio, hasta el punto de que el año 1913 el modelo Lambert, perfeccionado por Tissandier, conseguía, oficialmente cronometrada, una velocidad de 92 kilómetros, empleando un motor Gnome de 140 caballos y llegó después a 98 kilómetros, empleando motor de 160 caballos.

Estas velocidades jamás habían sido obtenidas sobre el agua. Los ingleses, dándose cuenta inmediata de sus ventajas, lo adoptaron para sus colonias, estableciendo en Mesopotamia un servicio regular de hidrodeshlizadores entre Bagdad y Baidji, cuya distancia de 180 millas, que antes se tardaba diez días en recorrerla, hoy se franquea



Hidrodeshlizador de Lambert, que, resbalándose sobre la superficie del agua, puede obtener con su hélice aérea velocidades de 98 kilómetros por hora.

en el breve tiempo de seis horas. El resultado obtenido por los hidrodeslizadores ha estimulado el ingenio de los inventores que han querido buscar la perfección. Graham Bell, el ilustre inventor del teléfono, ha ideado un nuevo barco, que, como puede apreciarse por las adjuntas fotografías, tiene el aspecto de un dirigible. Este barco, que no se

desliza, sino que cuando marcha a gran velocidad se levanta sobre el agua, realizando verdaderamente un vuelo con apoyo en la superficie líquida.

Para ello, adosado al casco, partiendo de la proa, donde tiene la forma triangular, lleva dos planos, cuyo objeto es facilitar la estabilidad de la nave y ayudar a que ésta se despegue fácilmente del agua. Como vemos, estos planos son verdaderas alas de aeroplano. Además, tiene en ambas bandas, a proa y a popa, unas láminas metálicas sumergidas, que

Para el gobierno del barco lleva dos timones, uno aéreo y otro sumergido, de acción combinada.

Al principio de la marcha el buque se desliza por la superficie, y según aquélla aumenta se va despegando poco a poco hasta conseguir que marche casi en vuelo a metro y medio sobre el agua.

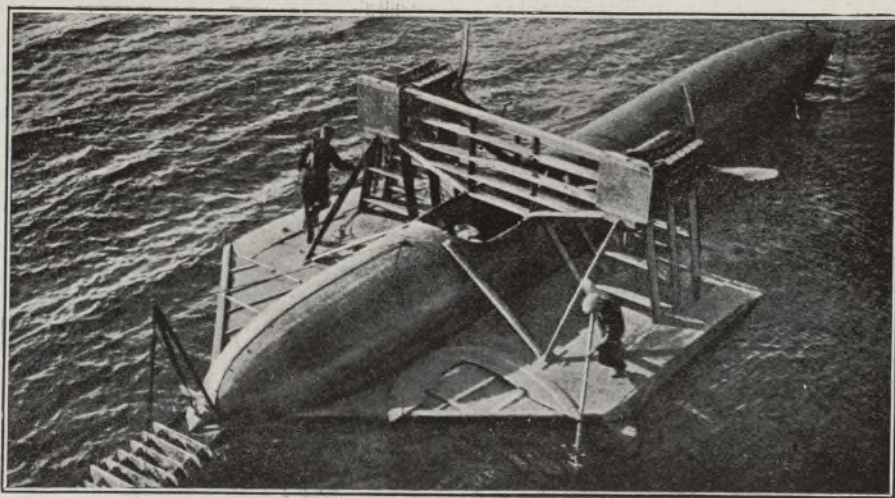
El hidrodeslizador de Bell lleva dos motores de 200 caballos cada uno.

El hidrodeslizador ha de resolver, sin duda ninguna, un interesante problema de comunicaciones.

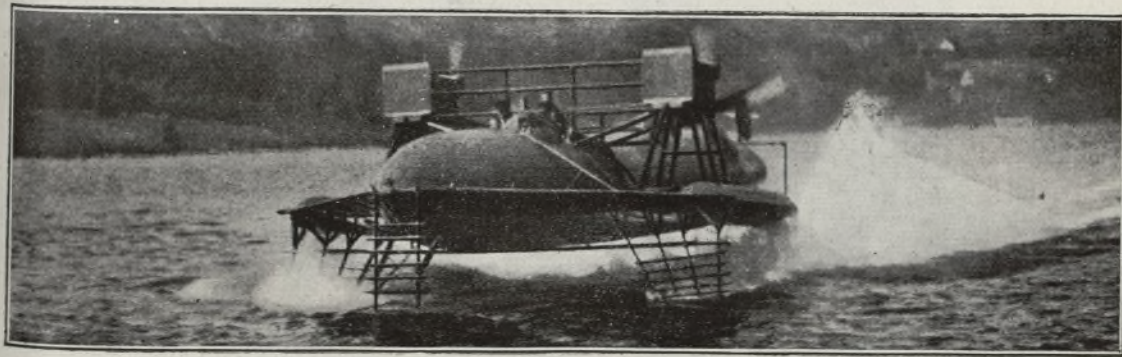
Sirve sobre todo, como hemos di-

cho, para los países donde existan corrientes de agua y no sea posible la construcción de carreteras.

El hidrodeslizador no necesita fondo de agua y puede marchar bien hasta por los sitios en que una vegetación acuática haría imposible la maniobra de las hélices sumergidas.



Hidrodeslizador de Bell, con el que se han conseguido velocidades superiores a 100 kilómetros por hora.



El hidrodeslizador de Bell, cuando marcha a toda velocidad, se separa completamente de la superficie del agua, realizando un verdadero vuelo.

adoptan la forma de escalerillas o persianas y que son los únicos sostenes o apoyos del buque cuando a velocidad considerable se separa del agua.

Por eso es un elemento importante a tener en cuenta en la colonización de determinadas comarcas.



Los uniformes en el Ejército inglés.



Cuando en nuestro país, creyendo seguir las ideas que son consecuencia de la gran guerra, se dispone la adopción del uniforme color kaki para ser utilizado en todos los desfiles y actos del servicio, y se acepta un modelo orientado en la moda inglesa, los ingleses, en cambio, vuelven al uniforme pintoresco y atractivo, resucitando los antiguos colorines y lujos de sus brillantes regimientos.

El uniforme que puede observarse en nuestro grabado será el que lleven en adelante los famosos *life-guards*, y a tenor de éste modificarán sus arreos los Cuerpos militares, comprendiendo que al voluntario se le atrae mejor con un vistoso uniforme que con el equipo de color kaki, demasiado sencillo y vulgar. Esto es interesante en Inglaterra, cuyos soldados se han distinguido siempre por su elegancia.

Era costumbre en el Ejército inglés vestir a sus soldados con trajes hechos a la medida, y éstos procuraban siempre llevarlos con la mayor distinción. Era común verlos por las calles de Londres

paseando dos a dos, tres a tres, alta la cabeza, saliente el pecho, tirados atrás los hombros, marcando siempre el paso, con el capote al brazo, como el gabán de un *dandy*, y en la mano el bastoncillo de puño dorado o la fusta, si el mi-

litar era de a caballo. Sabido es que para paseo, el soldado inglés usa siempre gorra de cuartel, es decir, la gorra de plato, salvo los escoceses o *highlanders*, que usan la gorrilla típica de su país y no llevan arma de ninguna clase.

Estas costumbres, que obscureció la guerra, ahora vuelven a rehabilitarse, y los ingleses buscan más colores a sus uniformes, precisamente ahora que nosotros pretendíamos desterrar la legendaria visuali-

dad de los nuestros. Nosotros, como hace Inglaterra, como hará seguramente Francia, volveremos a pensar en los uniformes vistosos. Casi podemos decir que pensamos en la actualidad, puesto que la Real orden del uniforme único ha quedado en suspenso hasta ver lo que resulta de las experiencias de determinados Cuerpos.





COSAS DE ANTAÑO

Los granaderos del Rey de Prusia.

Dícese que Federico Guillermo I, Rey de Prusia y padre de Federico el Grande, ponía gran empeño en casar a los gigantescos granaderos de su guardia con las mozas más altas y robustas de su reino, y de este modo conseguir la formación de una raza extraordinaria.

El procedimiento que empleaba era bien sencillo. Consistía en requisar las muchachas que fueran aptas para hacer "pendant" con sus colosales granaderos. Y a medida que los oficiales encargados de esta especie de remonta le traían jóvenes de las dimensiones apetecidas, las casaba por riguroso e invariable orden numérico con el granadero que le correspondía. Y así llevaba ya casados un buen número de sus soldados, cuando cierta mañana, estando en el balcón de su palacio, vió pasar a horcadas sobre una magnífica yegua mecklemburguesa a una campesina tan grande y tan fuerte, que a Federico Guillermo le dió el corazón un brinco en el pecho.

—¿Dónde vas, buena moza?—preguntó a la joven.

—A Dresde, señor, para servir a V. M.

—Pues bien, sí; quiero que me sirvas. ¿Eres casada?

—No, señor, todavía no; pero por San Miguel espero casarme, si Dios quiere.

—Aguarda un poco. Para ir a Dresde tienes que pasar por Postdam. Voy a escribir una carta para su gobernador, el coronel Bredow, y se la entregarás al paso.

Entró el Rey en su palacio, saliendo al poco tiempo con una carta lacrada y sellada con las armas de los Brandeburgo.

—Toma—dijo a la joven, y al par que la carta la dió un florín por la molestia—. El coronel Bredow te dará además un escudo.

Tomó la carta y el florín la campesina y volvió a emprender el galope, muy contenta por verse honrada con semejante misión. Pero a poco, y sin explicarse el motivo, empezó a sentir una extraña inquietud. Su ingénita malicia de aldeana adivinaba algo que se relacionaba con su felicidad y la de su novio. Detuvo su montura y, en tanto se entregaba a profundas reflexiones, acertó a pasar una vieja mendiga, con las alforjas al hombro y apoyándose en recia cayada. Verla y formar su plan todo fué uno.

—¿Quiere usted, buena madre, ganarse ahora un florín y después un escudo?

Miróla con desconfianza la vieja; pero cuando se la dijo que todo consistía en entregar

una carta al gobernador de Postdam, tomó el dinero y fué a desempeñar su comisión, en tanto que la joven aldeana emprendía otra vez el galope, espoleando con sus talones a su robusta y ligera yegua.

Entregó la pordiosera la carta al coronel Bredow, quien, después de leerla con grandes muestras de respeto, miró a la vieja con asombro y la preguntó:

—¿Qué edad tiene usted, buena mujer?

—Sesenta años cumplidos—contestó la vieja.

—Ya no abrigará usted la pretensión de tener hijos.

—Señor, búrlese su señoría lo que quiera; pero si en mi juventud hubiese querido dar oídos a los mozos de mi país...

Y creyendo haber terminado su cometido hizo ademán de retirarse.

—Poco a poco—dijo el coronel—. Aun no hemos terminado.

Y agitando una campanilla se presentó un sargento, al que ordenó fuese a buscar al granadero Wagner.

Poco después entraba también en la habitación del gobernador el pastor del regimiento con su Biblia bajo el brazo y el traje de oficiante. El coronel se dirigió al granadero y le dijo:

—Te vas a casar con esta mujer.

—Está bien, mi coronel. ¿De diario?

Quiso, al oír esto, protestar la vieja; pero el gobernador la obligó a callar, diciéndola:

—Nadie le pide a usted su opinión.

Celebrado el casamiento, se acercó el joven esposo respetuosamente al coronel y le dijo:

—Perdón, mi coronel; si me lo permite la disciplina, ¿puedo preguntar a usía la razón de haberme casado con esta bruja?

—Por orden de S. M.

Y tomando el Real despacho, leyó con grave entonación lo que sigue:

"Señor coronel Bredow: Al recibo de la presente llamará a su presencia al granadero Wagner, de la primera compañía, y le casará "incontinenti" con la dadora de ésta. Dios guarde", etcétera.

Al enterarse la vieja del escrito del Rey no pudo contener la risa, y exclamó:

—La joven a quien S. M. se refiere en su carta galopa a más y mejor por la carretera de Dresde, y yo, involuntariamente, la he sustituido. Pero consuélate, gallardo joven, que esta bruja, como me has llamado, te devuelve la libertad.

De otra época.

Una aventura en Ponapé.

Ponapé es, como nadie ignora, la capital de las Carolinas occidentales. En el maravilloso océano Pacífico, sobre la ruta de ilustres navegantes que llevaron a Micronesia los gérmenes de la civilización europea, se encuentra esta isla, que afecta, aproximadamente, la forma de una elipse, cuyo eje mayor mide unos quince kilómetros, por ocho que, sobre poco más o menos, tendrá el eje menor.

Aunque su latitud pudiera hacer pensar en un clima análogo al de Filipinas, es lo cierto que, debido quizá a determinados vientos reinantes, o que el Kuro-Sivo no ejerza la misma influencia que en el archipiélago filipino, se deja sentir el calor mucho menos que en Luzón y Mindanao. La flora es menos variada que en la antigua y espléndida colonia española, y la fauna ofrece tan pocas variedades, que el cerdo constituye casi la única especie doméstica de que disponen los carolinos.

En la isla de Ponapé conviven varias tribus, cuya organización social es varia, si bien puede señalarse un hecho común, la promiscuidad, ya en forma de poliandria, ya en la de poligamia. La tribu de Metalanin, a pesar de la influencia ejercida por algunas expediciones americanas, practica aún el canibalismo con ocasión de luchas con vecinos o de imprudencias cometidas por algunos viajeros.

Una factoría protegida por minúsculo destacamento y algunos funcionarios, muy pocos, regidos por un gobernador políticomilitar, integraban la colonia española establecida a inmediaciones de la tribu de Ponapé, que con la Metalanin y la de Choca formaban el mayor grupo indígena de la isla a que venimos refiriéndonos.

No terminaremos el relato de estos breves e indispensables antecedentes sin manifestar que la población de Ponapé, como la de Andaman, la de los esquimales, thibetanos, naires y cuantos pueblos tienen igual o parecida organización familiar, decrece rápidamente, y a ello contribuyen no poco el alcohol y las bárbaras mutilaciones a que, para demostrar su coraje, se someten voluntariamente los hombres de aquel país, con una psicología del valor bien distinta de la imperante entre las gentes del bronce de nues-

tras latitudes. Tampoco omitiremos el hecho de que entre unas tribus y otras existían radicales diferencias orgánicas y de método de vida, pues mientras en Metalanin había sociedades que practicaban la templanza y la castidad, recuerdo de una secta americana que momentáneamente llevó allí sus predicaciones. En Ponapé el impudor de los desaprensivos indígenas obligó a los españoles a establecer un servicio que librara a las calles de la colonia de inmorales espectáculos, a que con toda naturalidad, en pleno día, se dedicaban nuestros galantes protegidos.

Poco tiempo antes del episodio que vamos a referir asesinaron vilmente los indígenas a un oficial y diez y seis hombres que componían toda la guarnición

española, y España envió entonces desde Filipinas una expedición de castigo, que, conducida impremeditadamente y sin guía a través de los bosques, se vió pronto privada de su jefe, que quiso pagar el yerro con la vida. Desorientados nuestros soldados, y creyendo llevar el mejor camino para llegar a Metalanin, objetivo



principal señalado a la columna, se internaron en terrenos quebrados y de espeso bosque, dando por fin en una terrible emboscada, donde los carolinos, bien situados a cubierto y dotados de fusiles de repetición Winchester, hicieron horrorosa carnicería en la desordenada tropa española, armada de Rémiton.

Desde aquella fecha la vida de nuestra colonia no podía ser más precaria. Situada en la misma playa y próxima a un bosque, en cuanto oscurecía era blanco de los tiros que desde la misma linde disparaban los indígenas contra las luces de las habitaciones. Las casas, construidas con yaguas y hojas de palmera, eran fácilmente atravesadas por los proyectiles, y se comprende la imposibilidad de comer o dormir con tranquilidad, de formar el más pequeño grupo, ni aun de aventurarse, a la luz del sol, más allá de la zona protegida por nuestros fusiles.

En estas circunstancias arribó a la isla un barco procedente de Filipinas y en él llegó, entre otros viajeros, un joven oficial de Artillería que voluntariamente venía a ocupar el puesto del compañero a quien por suerte había correspondido llevar una

batería de campaña a Ponapé. Espíritu observador, algo curioso y con las atávicas inquietudes aventureras de la vieja raza, nuestro artillero hizo presente durante una cena, a que asistieron la mayoría de los españoles, su ardiente deseo de visitar el teatro del trágico combate que antes referimos. Y como habitualmente se consideraba una locura el más tímido intento de expedición individual, estos propósitos cayeron, al menos aparentemente, en el más completo y desconsolador vacío.

La casa del gobernador, ilustre veterano jefe de la Armada, servía de alojamiento a los recién llegados, que se repartieron amistosamente lechos y dormitorios. Las vivas y fatigosas impresiones del día, excitando el sistema nervioso, mantenían abiertos los párpados del joven viajero, que pudo observar cómo en las primeras horas de la madrugada se abría cautelosamente la puerta de su habitación para dejar paso al jefe de la colonia.

Sin más preámbulos, tan pronto se apercibió de que el oficial prestaba atención, le interrogó de esta manera:

—¿Sigue usted en la idea que expuso durante la comida?

—¿A qué alude usted, señor gobernador?

—Me refiero—respondió el jefe—a los proyectos de visita al territorio de Metalanin.

No vaciló un instante el joven oficial, y aunque comprendía la importancia y alcance del compromiso, se ratificó en cuanto había dicho, rogando al jefe que expusiera sus deseos.

—La situación es insostenible—prosiguió el gobernador—; usted habrá podido apreciarlo. Es de urgente necesidad buscar una solución, y como yo tengo a mi servicio dos jóvenes indias del territorio de Metalanin, que me son muy afectas, he ideado enviar un representante que, acompañado de ellas, trate con ese reyezuelo para que la colonia pueda relacionarse con el interior. Sé que el Rey Pablo está muy necesitado de algunos artículos que estima de primera necesidad y que nosotros podemos proporcionarle. Sé además que es un hombre extremadamente goloso, al que conviene ofrecerle algún obsequio que satisfaga su voracidad. Procure convencerlo de que debe venir a la colonia, y si él no pudiera, por ser muy viejo, que envíe a su hijo, para el que no será esto una novedad porque ha residido una corta temporada en San Francisco de California.

Ni muchos ni muy prolijos fueron los preparativos de marcha, ya que aquella misma madrugada, aprovechando la favorable marea, embarcó el artillero en primitiva piragua, cuya tripulación estaba formada por Katty y Mary, las dos indias que servían en casa del gobernador. El lastre de la embarcación consistía en varios paquetes de puntas de París, muy necesarias en Metalanin, y unas cuantas cajas de dulce de guayaba, que para el carolino Rey constituía el más divino manjar.

Dos horas debía durar la travesía, según cálculos que con anterioridad había hecho el jefe de la colonia en vista de los datos facilitados por sus confidentes; pero se ocultaba el sol en la inmensidad del Océano cuando los expedicionarios dieron vista a la capital del reino de Metalanin. Allí en lo alto de frondosa colina se vislumbraban abigarradas cons-

trucciones en torno de la mansión real, y los empinados senderos que desde la playa conducían al poblado se fueron cubriendo rápidamente de curiosa muchedumbre, ávida de contemplar al intrépido español.

Antes de saltar a tierra las dos jóvenes indias previnieron al oficial, por centésima vez, que ni un solo momento debía separarse de ellas, pues peligraría su vida si no estaban constantemente a su lado. Por otra parte, el acompañamiento le era indispensable, pues desconocía en absoluto el kanako, lenguaje oficial de los carolinos, entre los que no había quien hablase el castellano.

Asistido de los femeninos escuderos puso pie en la fina arena nuestro emisario, y escoltado por numerosos indígenas, a los que contenía la presencia de sus compatriotas, que a todos daban cuenta de las pacíficas intenciones del visitante, llegó éste, por fin, a la flamante residencia real.

Una enorme habitación rectangular, con muros de tapias hasta un metro de altura y paredes de yagua hasta el lecho, con seis o siete ventanas abiertas en cada frente, y desprovista de todo mueble, era cuanto el salón del trono ofrecía a la vista del asombrado viajero, que en vano buscaría más dependencias en todo el palacio. La Corte en pleno hallábase congregada en derredor del Soberano, que, en el fondo de la habitación, sobre el santo suelo y rodeado de almohadas, hizo señas al oficial español para que se acercase. Avanzó el castellano decididamente hacia la estantigua; mas se detuvo sorprendido ante las sonoras carcajadas que estallaban a su paso, provocadas, según más tarde supo, por su desconocimiento de la etiqueta real kanaka. El Rey estrechó afectuosamente su mano y pronunció algunas palabras que le obligaron a volver la cabeza en busca de sus acompañantes e intérpretes.

Por primera vez, desde la salida de Ponapé, notó la ausencia de las jóvenes indias, y su mirada escrutadora, registrando la habitación, pudo al fin descubrirlas cuando asomaban el velado rostro por una de las ventanas. A las señas del artillero respondieron que no podían pasar sin un permiso especial del Rey, y cuando logró obtenerlo las vio entrar marchando sobre las rodillas, pues así es como debían presentarse ante su dueño y señor.

Establecida la comunicación por medio de los intérpretes, manifestó el español su deseo de permanecer tres días en Metalanin, de visitar el lugar del combate con la columna española y de hacer presente las buenas disposiciones del gobernador español respecto a los carolinos. De perlas encontró estos propósitos Su Majestad Kanaka, y en el acto indicó a nuestro amigo su habitación, su lecho y su puesto en la mesa real. Le bastó extender el brazo para señalarle el rincón en donde sus molidos huesos descansarían durante aquellos días, y sintéticamente expresó que allí mismo, en el lugar de la audiencia, repararía las fuerzas de su estómago en compañía del Monarca.

La noche avanzaba; nuestro oficial notaba en las paredes estomacales las acusadoras contracciones de veinte horas de ayuno, y sin andarse por las ramas ordenó a las indias que le sirvieran la cena. Consistía ésta en galletas y dulce de guayaba, de todo lo cual ofreció a su augusto huésped, el cual no esperó segunda invitación para precipitarse sobre una caja en

que se hundieron las poco cuidadas manos reales. Excelente debió encontrar el manjar, porque, llamando cariñosamente a una viejecita que, respetuosa, guardaba la debida distancia con su egregio consorte, le ofreció galantemente cuanto en una puñada consiguió arrancar de la caja. Terminó la cena en la mayor armonía, y el joven oficial dió unos cuantos pasos para tomar posesión de sus reservadas habitaciones y mullido lecho. A sus flancos, como perros guardianes, se extendieron las fieles indias, y por fin se cerraron los ojos de nuestro fatigado compatriota. La estancia continuó alumbrada por un pequeño quinqué de construcción americana.

No podría el joven artillero precisar la hora en que un rumor extraño le hizo incorporarse sentándose en las blandas tablas, ni tampoco le sería fácil analizar qué clase de impresión produjo en su ánimo la vista de un espectáculo tan inesperado como sugestivo. Un grupo de veinticinco o treinta bellas jóvenes, cuya edad no pasaría de los diez y ocho años, completamente desnudas, avanzaban hacia su persona, entregándose a fantástica danza y entonando cánticos de significados para él completamente desconocidos. Se comprende el movimiento de asombro que se produjo en nuestro amigo ante una visión que le hizo creer en la prolongación de su sueño. Mas todo era realidad; una mano delicada, pero enérgica, sujetó su brazo, y la voz de Katty, equivocada sobre las intenciones del oficial, murmuró a su oído:

—¡Quieto, señor!

—¿Qué pasa? interrogó el interpelado.

—¡Quieto, señor!—repitió la india, agregando—; te pasaría lo que al alemán.

—¿Qué le pasó al alemán?

—Que no respetó a las vírgenes de la asociación de castidad y asado sirvió de manjar a la Corte.

Inútil es decir que las jóvenes kanakas pudieron lucir impunemente sus formas hasta la aurora y saludar con una plegaria la aparición del astro rey, sin que el emisario español tratase de interrumpirlas.

Con el nuevo día llegaron nuevas emociones. Presentado al heredero de la corona, le mostró éste el teatro del sangriento combate con nuestras tropas, explicándole detenidamente cuanto allí había ocurrido, y le llevó a visitar una escuela en que hombres y mujeres aprendían cánticos sagrados y ejercicios guerreros. Por cierto que llamó su atención la indumentaria de las representantes del bello sexo, más desnudas que nuestra misma madre Eva, y que para las sesiones escolares vestían una especie de casulla hecha de paja y que menguadamente llegaba a cubrirles el seno.

En sus conversaciones con el hijo del Rey supo el oficial español muchas cosas. Se enteró de que los carolinos poseían armas de procedencia americana, que adquirían, así como las municiones, a cambio de cerdos. Proporcionaban los americanos también algunos otros productos, y era notable la importación en la isla de perros cebados, que los isleños preferían a cualquier alimento por delicado que fuese. La tortuga abundaba sobremanera en las playas carolinas y los americanos embarcaban enormes cantidades de Carey a infimos precios.

Las horas de más triste recordación de aquella pintoresca aventura debieron ser, sin duda, las de la

comida. Cerdo crudo, en trozos sangrantes y ofrecidos por las sucias manos de los Reyes; puñados de rima, fruto del árbol del pan, del que semestralmente se recoge una cosecha y es enterrado hasta que adquiere aspecto y olor nauseabundo, eran los manjares que con toda esplendidez y sin derecho a abstención se ofreció al invitado. Los consejos y las insistentes súplicas de las dos intérpretes y las suspicaces miradas del Rey le obligaron a tragar algunos bocados, que disimuladamente procuraba arrojar, y cuando no podía hacerlo así los deglutía mezclados con galleta.

Este régimen de alimentación dió al traste con las intenciones y la salud del artillero español, quien planteó al Rey la cuestión del regreso y de su visita a Ponapé. La proposición fué bien acogida en un principio, aunque el Rey alegó su mucha edad, que le impedía ponerse en marcha; pero no veía inconveniente en que su hijo pasara a la colonia, si bien el oficial debía quedar en rehenes durante el tiempo que entre los españoles permaneciera el joven Príncipe. Negóse resueltamente el español a esta última condición, manifestando que España respetaba siempre a sus huéspedes y que él mismo acababa de darle una lección de confianza, poniéndose en sus manos. No hubo acuerdo en la discusión, y los expedicionarios dispusieron su regreso para la madrugada del próximo día, pues realmente el oficial se encontraba enfermo y la fiebre empezaba a invadir su organismo.

Inútiles fueron todos los ruegos; amanecía cuando el intrépido español saltaba a la piragua y, desciñendo del cuerpo una bandera nacional, la colocaba orgullosamente sobre la popa de su nave. Apenas unas paladas le separaban de tierra, cuando por uno de los senderos se vió venir corriendo a la esposa del Rey, que llevaba entre sus manos un objeto brillante y que parecía a primera vista una cafetera. Atracó de nuevo la piragua, saltó a la playa el oficial y corrió al encuentro de la anciana que le hizo entrega de una vasija con infusión de excelente té, con la que reanimó sus fuerzas y aplacó las molestias del trastornado estómago. Hizo más la simpática compañera del Rey Pablo: anunció al emisario español que su hijo sería de la expedición y que se ponía en manos de los españoles, a cuya lealtad se confiaba.

Poco después aparecía el Príncipe pintorescamente ataviado de europeo, con ropas que recordaban su estancia en América. Traía como regalo al oficial un hacha de sílice que su padre enviaba al valeroso huésped que alojara en Metalanin durante aquellos días.

La bandera española fué saludada por las descargas de los fusiles carolinos y nuestros expedicionarios regresaron triunfalmente a la colonia, donde se hacían las más tristes versiones sobre la suerte que pudieran haber ocurrido.

Se establecieron relaciones entre la colonia y la tribu de Metalanin, cesaron las agresiones de los carolinos, y en la hoja de servicios de aquel decidido oficial, hoy conocidísimo y brillante jefe del Cuerpo de Artillería, se estampó honrosa nota que con legítimo orgullo puede sumar a las que en el curso de su carrera supo obtener.

Juan Mateo y Pérez de Alejo.



EL NUEVO ACELERADOR

Ciertamente, si alguna vez encontró alguien una guinea buscando un alfiler, esa persona es mi buen amigo el profesor Gibberne. He oído hablar de inventores que han ido mucho más allá de donde querían; pero hay que confesar que todos ellos quedaron muy por bajo del referido profesor. Como que el tal Gibberne ha descubierto algo capaz de introducir una verdadera revolución en la vida. Dicho sea sin la menor exageración.

Y la verdad es que el hallazgo lo hizo por casualidad, mientras buscaba un vulgar tónico mediante el cual las gentes que andan flojas de nervios pudiesen resistir el tráfico agotador de la existencia moderna.

He probado la droga varias veces, y creo un deber describir los efectos que en mí ha producido. Todos aquellos que andan en pos de nuevas sensaciones me agradecerán estas líneas.

El profesor Gibberne es vecino mío en Folkestone. Los rasgos característicos de su fisonomía son: una frente elevada y unas cejas negras pobladísimas y algo huidas hacia arriba por la parte de la sien; circunstancias que contribuyen a dar a aquella cara cierto aspecto mefistofélico.

Añadiré que es hombre decididor y bromista y que gusta mucho de conversar conmigo acerca de sus trabajos. De ahí que haya podido seguir paso a paso la gestación del *Nuevo acelerador*, y que conozca todos, absolutamente todos sus secretos de laboratorio.

Como todo el mund sabe, la especialidad que ha hecho célebre a Gibberne entre los fisiólogos es su conocimiento de la acción de las medicinas sobre el sistema nervioso. En materia de anestésicos, soporíficos y sedativos, no hay quien rivalice con Gibberne, cuya preocupación constante,

desde hace muchos años, era descubrir un tónico nervioso al nivel de las exigencias de la vida contemporánea. Antes de dar con el *Nuevo acelerador* ya tenía descubiertos tres específicos de esa clase, tan inofensivos como poderosos. Sobre todo, el *jarabe Gibberne* es una verdadera maravilla para restaurar nervios desquiciados. Y conste que no es reclamo.

—Pero nada de eso me satisface—me decía hará cosa de un año—. Y no me satisface porque todas las drogas que llevo descubiertas, o bien aumentan la energía central sin afectar a los nervios, o simplemente acrecen la energía disponible, debilitando la conductividad nerviosa; todas ellas son desiguales y locales en sus efectos. Así, una excita el corazón, mientras paraliza el cerebro; otra, por el contrario, pone en tensión al cerebro, en tanto que daña al plexo solar... Lo que yo persigo es algo que lo estimule todo al mismo tiempo, que nos sacuda desde la coronilla hasta las uñas de los pies; que nos haga, en una palabra, *ir más de prisa*, vivir más rápidamente que el resto de la Humanidad. Eso es lo que yo quiero y lo que alcanzaré, pese a quien pese.

—Pero eso sería perjudicial, en último término—me atreví a aventurar—. Indudablemente llegaría a acometernos la fatiga.

—¿La fatiga?... Nada de eso, amigo mío. Todo se arreglaría nutriéndonos doble o triple de lo ordinario. Créame usted, el porvenir del hombre está en pensar dos veces más rápidamente que lo hace ahora, en moverse dos veces más de prisa, en ejecutar dos veces más trabajo en un tiempo dado. Y esa conquista no podrá hacerse sin que yo acuda en su auxilio.

Pasó algún tiempo. De vez en cuando volvía a hablarme Gibberne de sus trabajos. En ocasiones

lo hacía nerviosamente, y mostraba ciertos temores acerca de los resultados fisiológicos que el específico pudiera tener en definitiva.

Por mi parte, he de declarar que la cosa me interesaba. He sido siempre algo aficionado a las paradojas sobre el espacio y el tiempo, y, a mi juicio, Gibberne se hallaba preparando nada menos que la absoluta aceleración de la vida. ¿Y a qué conduciría ello, en suma?... Era indudable que al lado de las innegables ventajas de la droga, el que la absorbiese repetidas veces sería un adulto a los once años, un hombre maduro a los veinticinco y un anciano a los treinta. De modo que, en fin de cuentas, Gibberne, con su invento, iba a conseguir eso que la Naturaleza realiza con los hebreos y los orientales, quienes, si bien son gentes que piensan y obran más rápidamente que nosotros, en cambio, son viejos caducos no bien han traspasado las fronteras de la cincuentena.

Fuera lo que fuere, yo sentía grandes impaciencias por ver el resultado de los estudios de Gibberne. Ese resultado no se hizo esperar. El día 10 de agosto vino a comunicarme mi amigo que el *Nuevo acelerador*, nombre con que había bautizado la droga, era una realidad tangible. Por cierto que la noticia me la dió en la calle, poco después de haber salido de casa para hacerme cortar el pelo. Los ojos del sabio relucían como carbunclos. Su cara reflejaba intensísimo júbilo. Aquello era, sin duda, el triunfo definitivo.

—*Eureka!*— exclamé estrechándome nerviosamente las manos—. He vencido, amigo mío... ¡Y qué victoria más decisiva!... Venga usted en seguida a mi casa y se convencerá.

—Pero ¿es cierto?

—¡Muy cierto!—gritó—. Tan cierto como increíble... Es preciso verlo para convencerse de ello.

—¿De modo que la cosa duplica el vivir?

—¡Duplicar!... Infinitamente más que eso. Estoy asustado... ¡Qué descubrimiento tan portentoso!... ¡Venga usted, venga usted a probarlo sin perder un minutito!...

Y el buen Gibberne me agarró por un brazo, echando a correr como un loco. Tuve que seguirle por la fuerza.

—¿Es que, por ventura, lleva usted en el cuerpo alguna dosis de la droga?—hube de preguntarle casi sin alientos por efecto de su desatentada carrera.

—Nada de eso, querido. Sin embargo, le confesaré que esta actividad se debe a una gota de agua absorbida por mí al lavar el tubo de ensayo, donde había decantado antes cierta cantidad del *Nuevo acelerador*. Por este detalle puede usted calcular los efectos de mi tónico prodigioso... ¡Ah, qué admirable hallazgo!... La vida acelerada mil veces... ¡Qué mil veces! Muchos miles de veces... Mi *Nuevo acelerador* es la revelación de multitud de secretos fisiológicos... Por ejemplo, merced a él puede estudiarse la teoría de la visión bajo una forma tan nueva como sorprendente... Sí, amigo mío; una dosis de mi droga basta para que el ojo humano vea miles de veces más de prisa que en estado normal. Y así todo,

La verdad es que todo aquello me iba causando cierto miedo. Así es que, cuando me encontré en el laboratorio de Gibberne, teniendo ante mí al sabio con un pomito lleno de un líquido verdoso, desapareció toda mi afición a lo desconocido.

—¿Tiene usted reparos en probarlo?—interrogó el químico.

La pregunta me hizo el efecto de un latigazo. Soy hombre de mucho amor propio. Reaccionando, pregunté con voz entera:

—Pero ¿ha probado usted personalmente los efectos del *Nuevo acelerador*?

—¿Cómo podría hablarle de ellos si así no fuera?... Y le aseguro que es cosa absolutamente inofensiva.

Al oír esto me senté y dije:

—Pues bien; ¡venga esa droga!... Lo peor que puede ocurrir es que ya no tenga que pelarme, con lo cual me economizaré una de las operaciones más molestas a que se halla sujeto el hombre civilizado. ¿Cómo se ingiere ese potingue?

—Mezclado con agua—contestó Gibberne empujando una botella y añadiendo—: Y ahora, unas cuantas advertencias indispensables, amigo mío. Apenas trague usted la poción, cierre sus ojos herméticamente, y no vuelva a abrirlos hasta pasado un minuto. Además de eso, procure estar quieto durante dicho tiempo. Hay que evitar toda sacudida. Recuerde que va usted a vivir mil o dos mil veces más de prisa que de ordinario; que el corazón, el cerebro, los nervios, los pulmones y los músculos van a funcionar mil o dos mil veces con mayor rapidez. Usted no se dará cuenta de ello; le parecerá que sigue viviendo como antes. Lo único que creará advertir es que todo en el mundo camina miles de veces con más lentitud que de ordinario. Y para que se disipe todo temor en usted, voy a acompañarle en el experimento.

Deciendo así, Gibberne vertió unas cuantas gotas del *Nuevo acelerador* en dos vasos llenos de agua. Acto seguido me ofreció uno, repitiéndome las advertencias anteriores. Luego, y con un vaso en alto, exclamó:

—¡Brindo por el *Nuevo acelerador*!

—¡Vaya por él!—repetí, echándome al colete la pócima y cerrando instintivamente los ojos.

Durante unos segundos me pareció como si hubiese aspirado ese gas que suelen propinar algunos dentistas para extraer las muelas sin dolor. Después sentí que Gibberne me llamaba. Abrí los ojos con grandes precauciones. Mi insigne amigo se hallaba en la misma posición, sólo que el vaso se encontraba vacío.

—¿Y bien?...—pregunté.

—¿No nota usted nada?—dijo él a su vez.

—Nada. Una ligera sensación de bienestar. Pero nada más.

—¿Ni siquiera ruidos?

—Ni ruidos. Es decir, sí; me parece percibir un ligero chisporroteo; algo así como el ruido de la lluvia sobre los cristales... ¿Qué es eso?

—¡Ah, querido!... Lo que usted oye son, ¡le parecerá increíble!, sonidos analizados.

Gibberne dirigió a seguida una mirada a la ventana, preguntándose:

—¿Ha visto usted alguna vez un visillo que permanezca en la forma que ese delante del cristal?

Miré y vi con sorpresa que la punta del tal visillo se hallaba levantada e inmóvil, como si una mano invisible lo sostuviera. Era como si hubiese penetrado por una rendija del cristal una ráfaga de aire helado, congelando la tela luego de levantarla.

—Pues ahora, mire a mi mano derecha—dijo Gibberne, abriendo los dedos y dejando sólo el vaso en el vacío.

Instintivamente parpadeé, creyendo que el vaso caería a tierra, estrellándose. Pero lejos de ocurrir esto, el frágil recipiente permaneció quieto en el aire, como si estuviese encantado. Aquello resultaba estupendo.

—Le parece maravilloso, ¿verdad?...—interrogó el sabio—. En nuestras latitudes un objeto que cae recorre cuatro metros 880 milímetros en el primer segundo. Y este vaso está cayendo a esa velocidad. Sólo que aun no ha transcurrido la centésima parte de un segundo. Esto dará a usted una idea de lo que es mi Nuevo acelerador.

Y Gibberne pasó la mano en torno por debajo del vaso, acabando por cogerlo por el pie y depositarlo cuidadosamente sobre la mesa. Todo esto acompañado de una risilla de vanidad satisfecha.

Poco a poco fuíme levantando de la silla en que me hallaba sentado. La verdad era que yo no sentía el más leve malestar. Antes, por el contrario, experimentaba una sensación placentera. En cuanto al cerebro, su funcionamiento era perfecto. El vivir millares de veces más de prisa no resultaba desagradable, en fin de cuentas. Me acerqué a la ventana. Desde allí contemplé un espectáculo extraño. En mitad de la calle se hallaba un ciclista completamente inmóvil. Estábase el tal inclinado sobre el guía, en actitud de realizar un vigoroso esfuerzo. De la rueda posterior del aparato se elevaba una columna de polvo; pero la inmovilidad de éste era tan absoluta como si se hubiese helado repentinamente en la atmósfera. A pocos metros hallábase un char-à-banc con los caballos en actitud de galopar, y digo en actitud, porque el vehículo no se movía lo más mínimo. Yo no podía dar crédito a mis ojos. Mudo de asombro, rompí, por fin, el silencio para preguntar a Gibberne:

—¿Cuánto tiempo duran los efectos de esta droga endiablada?

—¿Qué sé yo!—contestó—. La última vez que la tomé fuíme a la cama antes de que se disipase su acción completamente. Estaba asustadísimo. Sin embargo, creo que debe ser cosa de unos minutos.

—Entonces—observé—salgamos a la calle. Resultará divertido. A menos que nuestra presencia no sea causa de alguna perturbación de orden público.

—Ni por pienso. Las gentes que andan por la calle no nos verán. ¿No sabe usted que el Nuevo acelerador nos hace ir mil veces más de prisa que todo el mundo?... ¡Vamos, pues!... ¿Le parece a usted que, por abreviar, salgamos por la ventana?

Y así lo hicimos. Nuestra aventura de aquel día a través de las calles de Folkestone, y bajo la influencia del Nuevo acelerador, puede ser, sin vacilaciones de ningún género, clasificada entre las más estupendas que ha acometido el hombre desde que el mundo es mundo. Figuraos un paseo por una ciudad paralizada en plena vida por un soplo mágico. Era el efecto de una inmensa instantánea fotográfica con todos sus objetos de relieve y con el verdadero color de las cosas. Los coches, los transeúntes, todo permanecía inmóvil.

Entre las personas aparecían algunas con aspectos extraños.

Por ejemplo, una mu-

chacha y un joven se miraban sonriéndose; pero era una sonrisa falsa, engañadora, desagradable de contemplar. En mitad de la acera se había quedado una mujer atisbando la fachada de la casa de Gibberne, y a pocos pasos de la curiosa, un hombre que asemejaba a una figura de cera se atusaba los mostachos con un aire de presunción infinita. Otro individuo se llevaba la mano al sombrero, arrebatado por el aire, y que, sin embargo, permanecía suspendido sobre su cabeza. Todo esto resultaba divertido en extremo.

Queriendo ampliar nuestras experiencias, nos dirigimos al Parque. El espectáculo era allí más fantástico todavía. La banda militar debía estar tocando, encaramada en un kiosco; pero lo cierto es que a mis oídos sólo llegaba algo así como la lenta vibración de una campana.

Los concurrentes permanecían quietos, en actitudes solemnes o ridículas; a veces con los brazos o una de las piernas en alto y los bustos inclinados adelante o a un lado. Un perrillo faldero es-



taba en pleno salto, sin acabar de caer nunca al suelo. Era una cosa, en verdad, prodigiosísima.

Entre los detalles curiosos recuerdo a un caballero que estaba en actitud de luchar desahoradamente contra el viento para que no le llevase el periódico. Y lo más raro era que yo no notaba ni el más leve soplo de aire... ¡Como que nosotros caminábamos mucho más de prisa que él!... Ello parecía absurdo; pero era la verdad; todo cuanto yo había dicho, pensado y hecho, desde que el *Nuevo acelerador* se difundiera en mis venas, ocurría en el tiempo que tardan normalmente los párpados en abrirse y cerrarse, cuando pestañeamos.

A todo esto yo empezaba a sentir un calor inaguantable.

—¡Gibberne!—exclamé—. ¡Basta, por Dios!... Caminamos con una velocidad de seis kilómetros por segundo... Me abraso... Esto debe obedecer a la presión del aire.

—¡Calma!—dijo el sabio—. Observe usted que el mundo empieza a recobrar paso a paso su movimiento. Los efectos de la poción comienzan a ceder.

Era verdad; los concurrentes comenzaban a agitarse. La banda sonaba ya a algo armónico y articulado; los brazos y las piernas de las personas se distendían; los gallardetes y banderolas ondeaban suavemente; las sonrisas se deshacían y los labios se movían. Era la vuelta a la vida. Tornábamos a ponernos al unísono con el mundo, a marchar a su mismo paso.

Cuando regresamos a casa de Gibberne, todo había recobrado su aspecto usual. Mi sorpresa aumentó de pronto al oír de labios del eminente químico que todo cuanto presenciáramos desde que comenzara a hacer efecto la pócima se había desarrollado en el breve espacio de un segundo. Es decir, que nosotros habíamos vivido media hora mientras la banda militar del Parque ejecutaba dos compases. Como se ve, el *Nuevo acelerador* obraba verdaderos milagros. Tantos, que Gibberne, convencido de los peligros que puede traer el vivir tan excesivamente de prisa, no obstante sus ventajas de una decuplicación de las energías humanas, proyecta confeccionar un *Retardador* que compense la potencia más que sobrada del *Nuevo acelerador*.

Es indudable que ambas drogas causarán una revolución completa en el mundo. Cada cual podrá a su arbitrio, o concentrar toda su actividad en la ejecución de algún acto que exija el vigor máximo, para lo cual hará uso del *Acelerador*, o demorar la vida, dentro de los límites naturales, hasta caer en la pasiva tranquilidad del *fakir* indio, echándose al colete unas gotas del *Retardador*.

Finalizaré declarando (sirva ello de demostración de las virtudes del *Nuevo acelerador*) que estas líneas han sido escritas, bajo su influencia, exactamente en cinco minutos. ¡Habrán quien, después de saber esto, niegue las ventajas del invento de mi amigo Gibberne?

Dos cartas históricas.

Antes de comenzar la batalla de Alcolea dirigió el general Serrano la siguiente carta al general Novaliches:

«Al general marqués de Novaliches.

Muy señor mío: Antes de que una funesta eventualidad haga inevitable la lucha entre dos Ejércitos hermanos; antes de que se dispare el primer tiro, que, seguramente, producirá un eco de espanto y de dolor en todos los corazones, me dirijo a usted para descargo de mi conciencia.

Las pasiones están, afortunadamente, contenidas por la absoluta confianza que el país tiene en su victoria; pero al primer conato de resistencia estallarán furiosas y terribles, y el primero que lo provoque será responsable ante Dios y ante la Historia de la sangre que se derrama.

De usted afectísimo amigo,—El duque de la Torre.

Cuartel general de Alcolea.»

El caballeroso marqués de Novaliches dió inmediatamente esta respuesta:

«Señor duque de la Torre.

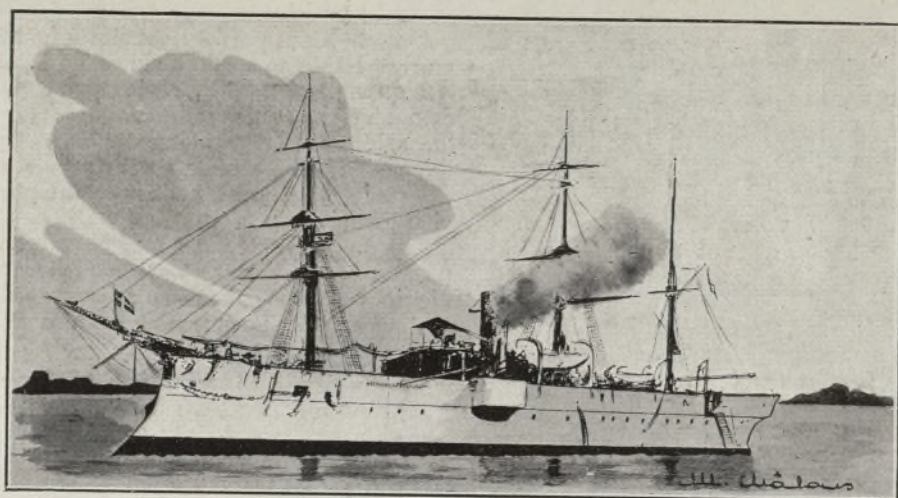
Muy señor mío: En mi poder el escrito que me dirige usted por su enviado D. Adelardo López de Ayala. Profundo es mi dolor al saber que es usted quien se halla al frente del movimiento, y estoy seguro de que en el acto de escribirme y antes de recibir mi contestación habrá usted adivinado cuál había de ser ésta.

El Gobierno de la Reina doña Isabel II me ha confiado el mando de este Ejército, que estoy seguro cumplirá con su deber por muy sensible que le sea cruzar las bayonetas con los que ayer eran sus camaradas.

Si lo que es de todo punto improbable, la suerte no favoreciese este resultado, siempre nos acompañará a estas brillantes tropas y a mí el justo orgullo de no haber provocado la lucha, y la Historia, severa siempre con los que dan el grito de guerra civil, guardará para nosotros una página gloriosa.

De usted afectísimo amigo, q. b. s. m.,—El marqués de Novaliches.

Cuartel general de Montoro.»



EL HIMNO NACIONAL

(CUENTO)

POR JOSÉ RUIZ MORALES

El semáforo situado en Galeras nos anuncia que hay un barco que se dirige al puerto, y que ese barco es de guerra y de nacionalidad griega, por añadidura, y como sentimos gran predilección por todo lo que al mar concierne, esperamos tranquilamente a que el buque viajero aparezca por entre el monte Galeras y el islote peñoso denominado Escombreras, para contemplar su majestuosa entrada en el puerto.

Mientras llega este momento, diremos a los lectores que nos encontramos en el muelle de Alfonso XII, de la ciudad de Cartagena, la Cartago Nova de Asdrúbal—¡vaya erudición!—, emporio de riqueza en aquellos pretéritos tiempos y aun en no lejana época, pero que actualmente arrastra una vida lánguida y triste, sobre todo desde que nuestras colonias pasaron a mejores manos; ¡triste es confesarlo!

Su hermoso puerto, el mejor del Mediterráneo, ha sido visitado por todos los barcos del mundo.

Atracaban al muelle de Santa Lucía a cargar el mineral arrancado de las entrañas de los montes colindantes, y desde el orto hasta que el sol desaparecía por detrás de la ciudad no cesaba un momento el continuo y estruendoso ajeteo. Los chigres de proa y popa no dejaban de funcionar para atiborrar las enormes panzas con capachos llenos del grisáceo pedruzco, que unos hombres tiznados con el polvillo gris del mineral llenaban de los enormes montones que los trenes traían de las minas.

Más acá, en el muelle donde nos encontramos, otros barcos engullían como modernos gargantúas las pilas de cajas de cebollas, cuyo tufillo picante obligaba a llorar al más reacio, procedentes de las ubérrimas huertas murcianas, mientras en otro lado millares de pacas de esparto esperaban turno para perderse en las profundas bodegas de otros barcos.

Hoy alguna que otra goleta, el correo de Orán,

antes de la guerra, y muchos faluchos, que comercian con Argel, son los únicos visitantes del grandioso puerto, cuyas aguas son celosamente defendidas por los estériles montes de San Julián, al Norte, y Galeras y Atalaya, por el Sur.

Sí, se anima en julio, con las fiestas cartageneras, en las que las muchachas, vaporosamente vestidas, acuden a las casetas levantadas a lo largo del paseo del muelle, llenando de alegría los corazones y de aromas y risas exquisitos el salitroso ambiente.

Pero la esperada nave se hace visible, y justo es que la dediquemos nuestra atención, ya que su arribo nos ha detenido en el muelle.

Su casco, pintado de blanco, se destaca sobre el fondo parduzco del islote y podemos apreciar su arboladura de bergantín goleta, las vedijas de negro humo, que se escapan apelotonadas de la blanca chimenea; la bandera desplegada al sutil airecillo, que riza ligeramente las aguas porteñas y que el tajamar puntiagudo corta con suavidad.

Sobre la cubierta bulle la tripulación; sus uniformes blancos y los sombreros de paja con que se tocan se aprecian perfectamente cuando el bergantín rebasa las farolas de las escolleras, llevando a su lado el bote del práctico, como hijo medrosico pegado a las faldas de su madre.

Y está en el centro del puerto y se oye un ruido de cadenas, como si trasgos y brujas se hubieran lanzado al espacio ante el conjuro de una hechicera. Se oyen también varias pitadas; funciona el chigre de proa, y formando espumosas ondas, que en círculos concéntricos se van ensanchando hasta besar los sillares del muelle, cae estrepitosamente el ancla, que sujeta a la gira el bergantín.

Un estampido, otro y otro, hasta veintiuno, atruenan el espacio, y no se ha perdido el eco del último dis-

paro cuando desde tierra otros tantos cañonazos de la batería de salvas contesta cortésmente al estrepitoso saludo del recién venido.

Atardece; el irritante astro sólo alumbra ya los altos edificios cartageneros, y en el muelle pululan lindas muñequillas, que entre risas y gorjeos asaltan los botes que han de conducirlos al barco griego.

Atraca el bote que nos lleva al costado del buque y las parteras muchachas que nos acompañan se niegan a subir la escalera mientras no cubran su parte inferior con banderas, según es costumbre cuando las damas visitan los barcos, para que nadie penetre el misterio de sus pantorillas; cuidado que debe haber desaparecido en la actualidad.

Cumplida la exigencia femenil, escalamos la cubierta y una duda nos asalta. ¿Cómo nos entendemos? Porque lo que aquellos marinos hablan es griego para nosotros, y del griego, exprimiendo nuestra imaginación, no recordamos mas que las letras del

alfabeto, aprendidas en nuestros años mozos, estudiando el álgebra, y, naturalmente, por mucho que combinemos el alfabeto, nuestro clarísimo criterio nos dice que no vamos a entendernos; pero ¡oh, divino Ollendorff, eres nuestra salvación!, y lanzamos, sombrero en mano, un *Bon soir, messieurs!* que deja atónitas y estupefactas a las gráciles figulinas, que, repuestas de la sorpresa, nos nombran su intérprete, a pesar de nuestras protestas; mas no hay más remedio que rendirse a la petición tumultuosa de las vaporosas criaturas y ponemos en juego acrobático nuestra memoria para recordar aquello de: *Avez-vous la sel? Non, monsieur; j'ai le joli chapeau de mon enfant.*

Y nos crecimos, ¡vaya si nos crecimos!, sobre todo cuando escuchamos a los helenos que nos contestan en la lengua de Moliere, con otros temas del propio Ollendorff. Estábamos encantados y las muchachas admiradas de que nos entendieran.

El que hizo verdaderas proezas lingüísticas fué nuestro compañero en la Prensa Pepe Morbotto, que al decir su profesión dijo que era *periodiste*.

Las luces de la ciudad nos indicaron que allí estorbábamos, y en las chalupas del buque regresamos a tierra, acompañados de varios oficiales, dos de ellos muy simpáticos, Constantino Oeconomos y Demetrio Phocas, a los que invitamos a cenar.

Deambulamos por varias calles y fuimos a parar a un restaurante conocido de la calle Mayorcica.

La cena, espléndida, rociada con vinos de marca, de los que eran grandes catadores los marinos helenos, hizo que la comida se deslizara alegre y movida, sosteniendo sabrosos diálogos en macarrónico francés, y brindando a cada momento por todo lo divino y lo humano.

Llegó el inevitable champagne, y llenadas las copas, los dos marinos se pusieron de pie y, muy serios y dignos, cantaron, con las copas en alto, el himno griego, que nosotros canturreamos en la misma actitud que ellos.

Aquel momento fué verdaderamente solemne,

viendo a aquellos dos hombres, a muchas millas de su patria, entonando fervorosamente, como si fuera una invocación, el canto nacional.

Cuando terminaron, las copas, llenas del espumoso néctar, chocaron con agradable tintineo, mientras que unos

clamorosos vivas a España, hurras por parte de ellos y vivas a Grecia y a sus marinos por la nuestra, llenaron los ámbitos del comedor.

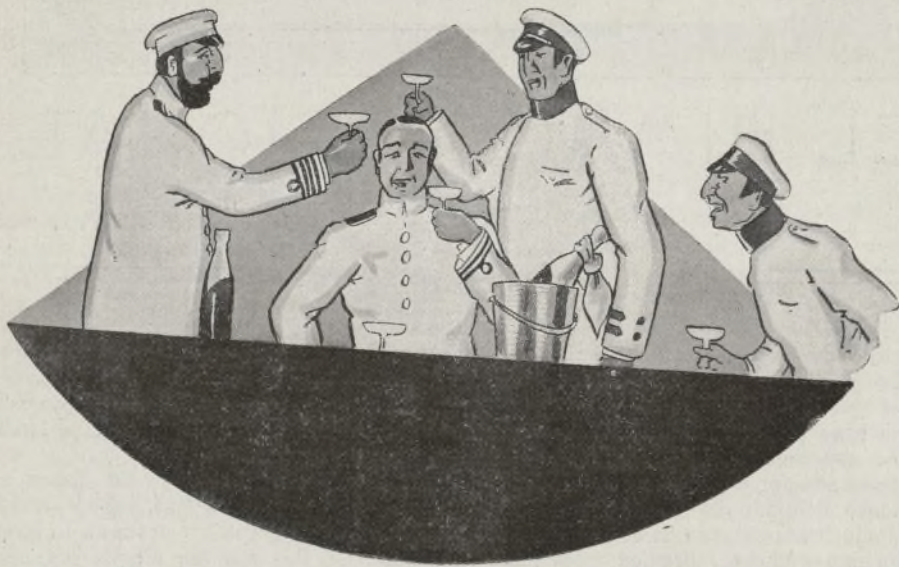
Hubo un momento de silencio, durante el cual las copas volvieron a llenarse, y Phocas preguntó por el himno de nuestro país.

Hemos de confesar que nos quedamos extáticos, y los vapores del champagne, que, osados, intentaban subirse a la cabeza, dieron un cambio rápido y se fueron a los pies. No sabíamos decir mas que *¡onil!*, y casi teníamos a flor de los labios las primeras notas de la marcha Real, adornada con una letra—puro camelo—que los griegos no habían de entender; todo, cualquier cosa, antes que confesar que el himno español no existía, cuando Morbotto se levantó con rapidez, alzó su copa, enarcó las cejas y con atronadora voz, coreado por los marinos, cantó:

Corazón santo,
tú reinarás;
tú nuestro encanto
siempre serás...

Y nuestra voz, con modulaciones absurdas por la risa mal contenida, hizo el dúo.

Jose Ruiz Morales



SUCEDIDOS

El sitio de Gerona.

Sabido es el terrible asedio que en 1809 sufrió la heroica ciudad. Sabido es de todos el valor y el heroísmo de aquellos patrióticos ciudadanos. Sabido es el espíritu enérgico y hasta tozudo, sublimemente tozudo, que caracterizó al insigne general D. Mariano Alvarez de Castro, gobernador de la ciudad sitiada. Lo que no es tan sabido es que los artículos de primera y aun de segunda necesidad alcanzaron unos precios semejantes a los que nos estamos gozando en estos tiempos que corren. ¡Una delicia!

Las gallinas costaban 320 reales cada una; un gorrión, 4; una perdiz, 80; la libra de pan, 18. Y así sucesivamente. ¡Hasta los ratones costaban cinco reales y estaban tan ricos! Todo el mundo sufría horriblemente, pero aguantaba el chubasco.

La palabra «capitulación», aunque para todos era una esperanza de vida, estaba borrada del vocabulario.

Cuando la angustiosa situación de la ciudad llegó al extremo más desesperado hubo un señor —rico y usurero por más señas— que indicó a don Mariano la idea de capitular.

¡Bueno! El ilustre caudillo se encaró con el prójimo aquel y le dijo:

—¿Cómo? ¡Solamente es usted aquí el único cobarde que hay?

—Pero ¿qué vamos a hacer cuando se terminen los víveres?—repuso el interpelado.

—¡Nos le comeremos a usted!...



En la Academia de infantería.—El general Morales de Setién, jefe de la Sección de Instrucción, presidiendo la fiesta que solemnizó la entrada en el Alcázar de Toledo de los nuevos alumnos de la Academia de Infantería.

Así, como suena. Y así habrá que hacer, al paso que vamos, con nuestros acaparadores de ahora.

Buena pesca.

Marco Antonio, el amigo de Cleopatra, la sugestiva Reina de Egipto, era muy aficionado a pescar. ¡Como que *pescó* a la susodicha Reina, que era la *tía* más bonita de aquellos tiempos! ¡Menudo *momio* pescó el amigo en el país de las momias! ¡Hay que ver!...

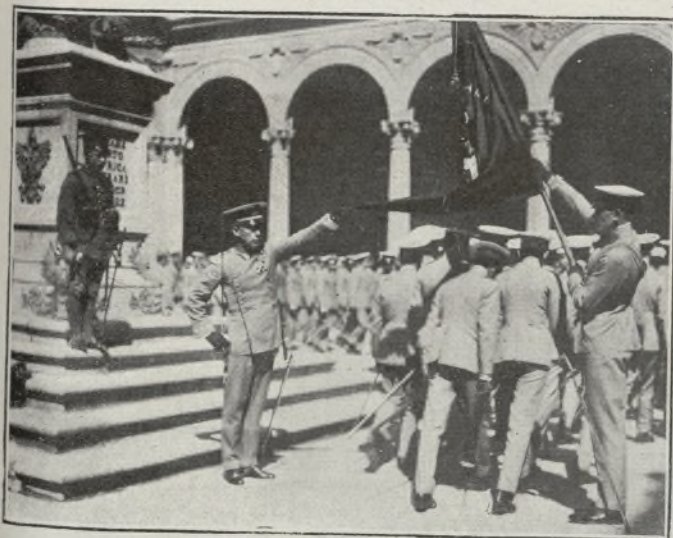
Cuando el amor hastiaba unas miasmas a la feliz pareja cogía cada uno su correspondiente caña de pescar y, ¡hala!, a la orilla del Nilo.

En todas las sesiones de pesca resultaba que doña Cleopatra pescaba una barbaridad más que su amante. ¡Es natural!... ¡Menudo *gancho* tenía la *gacht*!

Picado y aun banderilleado Marco en su amor propio, ordenó a uno de sus servidores, que era un buzo con toda la barba, que fuese al día siguiente por debajo del agua y enganchase en su anzuelo unos cuantos peces que previamente habrían sido pescados. Pues bien; aquel día *pescó* Antonio más que su amada, y, entusiasmado con su ficticio triunfo, hasta se permitió darla algunas bromitas con el consabido «¿pican, pican?»

Pero Cleopatra, que era lista como un demonio, se olió la tostada y en cuanto llegó a Palacio conferenció con un criado suyo, que también era un buzo que se las traía, y dispuso jugarle a su amante una broma de salón.

Y, en efecto, al día siguiente *pescó* Marco Antonio un barbo magnífico... ¡en escabeche!



En la Academia de Infantería.—El coronel-director, D. Germán Gil Yuste, sosteniendo los pliegues de la bandera, bajo la cual pasan los nuevos alumnos durante la fiesta que solemnizó su ingreso.

Antón Trijueque.



all. Châlonis

LA BALADA DE LOS ESCÉPTICOS

Una voz muy dulce
llamó a nuestro reino.
—¡Abrid, es el alma
que pide un ensueño!

Mi rueca de plata
no gira hace tiempo...
¡Dadme el vellón blanco
de vuestros corderos!

—Tu rueca de plata
hile el sol y el viento...
¡No hay corderos místicos
en los prados secos!

Pide escepticismos
y te los daremos...
¡Los corderos blancos
todos se murieron!

¡Alma, no nos pidas
lo que no tenemos!

—¡Dadme laurel verde!
Con mis finos dedos
guiraldas gloriosas
tejeré en silencio.

—Teje sombra y sombra
con tus finos dedos.
¡No quedan laureles
en nuestros senderos!

Pide desengaños
y te los daremos.
¡De nuestros laureles
ceniza hizo el tiempo!

¡Alma, no nos pidas
lo que no tenemos!

—¡Dadme lirios, rosas,
lilas, crisantemos!...
¡Dadme violetas!
Con mis finos dedos
por vuestros caminos
las iré esparciendo
para que perfumen
vuestros pensamientos.

Esparce cenizas
de los sueños muertos.
¡Ni rosas ni lirios
hay en nuestros huertos!

¡Rosas, laurel, lirios!
¡Amor, Gloria, Ensueño!
¡Alma, no nos pidas
lo que no tenemos!

.....
¡Alma, no nos pidas
lo que no tenemos!!

Adolfo Monte

LA ESCENA



Esperanza Iris.

Inauguración de la temporada.--

La actriz de la maravilla, Esperanza Iris, con el encanto imponderable de su gracia y su alegría infinita y deslumbradora, vuelve a cautivar al público en la Zarzuela. Comenzó su temporada con las lindas operetas *La Duquesa del bal Tabarin* y *La Viuda Alegre*, conquistándose nuevos aplausos por la visualidad de las representaciones, la justeza en los coros y el elegante decorado con que la genial artista mejicana sabe poner en escena las obras.

*

La tragicomedia del gran poeta Rostand, *Cyrano de Bergerac*, de extraordinaria importancia como pieza literaria y teatral, fué la escogida por Miguel Muñoz para abrir las puertas de Price, en la cual el formidable artista puso en la interpretación del personaje todo su talento y nervio dramático, matizándolo y haciendo de su papel una verdadera creación, que supera a todos los representados hasta ahora.

*

Y pasemos a la Comedia, en donde el astracán pretendió afianzar sus reales, representado por el acaparador Muñoz Seca con *Los misterios de Laguardia*. El público, indulgentísimo y cándido, empieza a comprender su bonachonería,

de la que en progresión va abusando este autor, que se ha propuesto *hacer de reir* sea como sea, apelando hasta a las cosquillas.

En el Centro no tuvo éxito el melodrama de Decourcelle y Tabé, *Las dos golfas*, y tampoco fué del agrado del público *La Redentora*.

En cambio, en la Latina tuvo franca acogida el gracioso *vaudeville* de Henneguín, traducción de Cadenas y Asensio Mas, *El último Mosquetero*, que fué interpretado admirablemente.

La adaptación de la película hablada *El secuestro de Lucile o la moneda rota*, del cloroformizante, a la par que gracioso autor, Francisco Ramos de Castro, en colaboración con José Mesa, hizo las delicias del respetable en el Cómico con las célebres aventuras de Lucile, Polo y Conde Hugo.

Asimismo el Infanta Isabel inauguró su temporada con dramas policíacos, obteniendo la Compañía Valentín-Vargas, por lo acertado de su representación, buena acogida con *El misterio del cuarto amarillo* y *El Hada*.

Eduardo Marquina favoreció este teatro con su comedia *Don Diego de noche*. Por esta vez, el poeta de *En Flandes se ha puesto el sol*, abandonó el verso para entregarse a la prosa.

Por ello, aunque la obra es buena, no se aplaudió como se merecía, pues, sin duda, nuestro público, tan exaltado que adora el buen teatro en verso, y, no obstante, tan pocas obras de ese género se ponen en escena, acoge siempre con frialdad sus instintos de teatro en prosa, porque, considerándole poeta, en versificador lo desea escuchar siempre.

Se estrenó con suerte la comedia italiana, adaptación de Lepina y Tedeschi, *Un buen amigo*.

Eslava comenzó sus representaciones con la grandiosa obra de Pérez Galdós, *La de San Quintín*, y también tuvo éxito el estreno de la comedia de Maurice Donnay, *La chasse à l'homme* (Los nuevos pobres), versión española de Felipe Sasone.

Y con estas obras comienza la temporada. Nada hay saliente, sino los conflictos con que los actores y empresarios han amenizado la reanudación de sus trabajos. Se avinieron, por fin, y cuentan con el respetable para dirimir definitivamente sus diferencias.

Que él les asista y falle benévolo.



Una escena de *El secuestro de Lucile*, película hablada de Francisco Ramos de Castro.

Ovelar.

El Rey en las maniobras militares.



Los meses de septiembre y octubre son este año dedicados por los Cuerpos para desarrollar interesantes escuelas prácticas, en las que se pone de manifiesto el grado de instrucción alcanzado por la unidad. S. M. el Rey, siempre atento a estas manifestaciones de la vida militar, concurre complacido a ellas, y en la fotografía lo vemos en un momento de los ejercicios realizados por el regimiento Infantería de Valencia.

Antonio Rey Soto.

La Academia Gallega ha querido premiar los méritos extraordinarios del gran poeta Antonio Rey Soto il-



mándole a ocupar una de las vacantes que existían en su seno.

La labor de Rey Soto como poeta y dramaturgo es de sobra conocida. No hemos de ser nosotros los descubridores de su musa valiente y enardecedora.

En esta Casa, donde se le quiere como un hermano y se le admira como un maestro, hemos recibido como satisfacción propia el honor concedido al poeta gallego por la Academia regional.

Las enfermeras de la Cruz Roja.

En Bilbao ha tenido lugar la ceremonia de imponer el brazalete de la



Cruz Roja a una promoción de enfermeras.

El acto ha revestido gran solemnidad, habiendo sido presidido por S. M. la Reina.

La fotografía presente ha sido tomada al salir las nuevas enfermeras del salón donde se verificó la ceremonia de imposición del brazalete.

El cardenal Guisasola.

Desgracia irreparable para la Iglesia ha sido la muerte del sabio teólogo, cardenal Guisasola, que como primado de las Españas demostró sus altas cualidades y virtudes.

El cardenal murió en Madrid y su cadáver fué trasladado a Toledo, donde, según expresa voluntad del finado,

recibió sepultura en el Seminario Conciliar.



El acto del sepelio constituyó una verdadera manifestación de duelo, a la que concurrieron representaciones de todas las clases sociales.

¡Descanse en paz el insigne cardenal!

El teniente Cañizares.

La ocupación de posiciones en Marruecos no se hace sin que tengamos que lamentar de cuando en cuando sensibles bajas, sobre todo en la oficialidad de las fuerzas Regulares indígenas, que, ocupando siempre los primeros puestos de honor en el combate, son, naturalmente, los que pri-



mero ofrendan su vida en aras de la patria.

Publicamos el retrato del teniente de Regulares de Tetuán don Eduardo Cañizares, herido en los últimos combates.

Capitán Ripoll.

El capitán Ripoll llenó con su heroísmo una de las más bellas páginas de nuestra actuación en Marruecos.

Ripoll, el héroe de la mano de aluminio, nombre que recibió porque habiendo perdido una mano en las campañas coloniales, en lugar de pasar a Inválidos, solicitó y obtuvo continuar en activo, cubriendo su muñón con una mano artificial de aluminio que le permitía manejar las riendas del caballo, tenía desde hacía mucho tiempo la obsesión de obtener la cruz laureada de San



El tiro nacional en San Sebastián.

El concurso de tiro nacional recientemente celebrado en San Sebastián ha sido uno de los más interesantes y concurridos de los que periódicamente

para el elemento civil; tirada que despertó gran interés por la calidad de los tiradores que en ella contendieron.

Las operaciones en Marruecos.

La brillante labor de nuestras tropas se manifiesta en la multitud de nuevas posiciones últimamente ocupadas, con las que se va cerrando por parte de Tetuán el cerco de Xexauen, mientras por parte de Melilla comienza el asedio de Alhucemas. Las últimas operaciones han sido hechas poniéndose al habla con las fuerzas francesas, que operaron al mismo tiempo en su correspondiente zona de influencia.

La fotografía que presentamos al lector en esta plana muestra el campamento de Monte Midar poco después de haber sido ocupada esta posición.

En prensa ya este pliego nos llega la noticia de nuevas operaciones para estrechar el cerco de Xexauen.

La operación, aunque coronada felizmente, nos ha costado sensibles bajas entre el personal de oficiales y tropa.



Fernando y lo consiguió valientemente, pero dió su vida en cambio.

En la jornada del 30 de septiembre de 1909, en el Zoco el Jemís, de Beni-buifruir, perteneciendo al batallón cazadores de Figueras, se lanzó sin medir riesgos contra el enemigo, con tal ímpetu que, aislado de su tropa, fué prisionero y muerto.

Tres meses estuvieron sus restos sin poder ser rescatados. Al fin recuperados, recibieron sepultura en el cementerio de Zeluán, de donde han sido ahora exhumados para trasladarlos al panteón de los héroes en el cementerio de Melilla.

Nuestra fotografía muestra el momento en que lindas señoritas de la buena sociedad de Melilla portan flores para adornar el armon que conduce los restos del capitán de la «mano de aluminio».

celebra la simpática Sociedad. En la fotografía presentamos a los señores Miró Trepas, Ibáñez, Gómez, Saralegui, Elorriaga, Cousiño, La Torres, Beñaran y Argüelles, enviados de la distintas regiones para tomar parte en la tirada (con Máuser) organizada





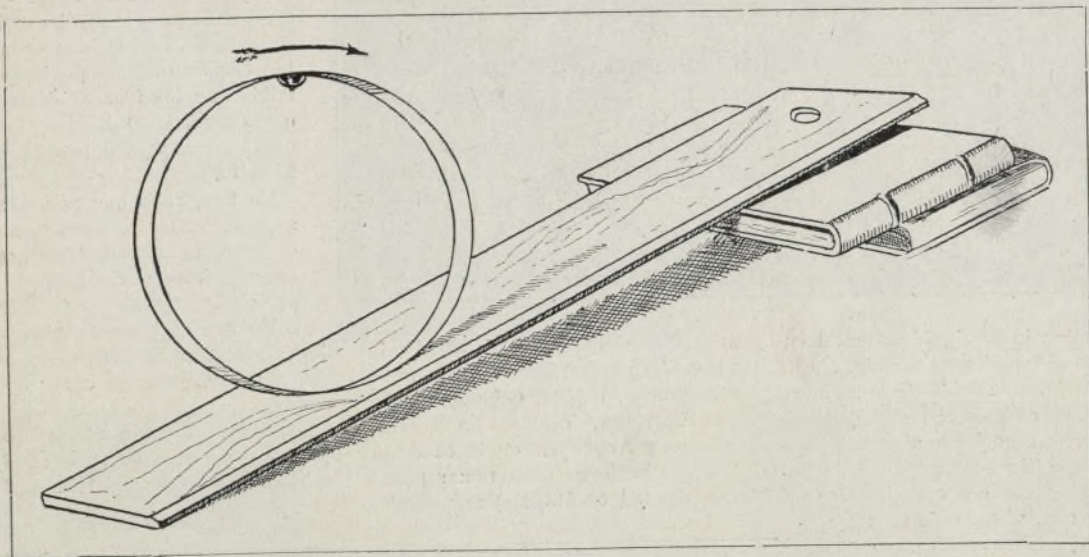
Si nuestros pequeños lectores quieren fabricarse un juguete sencillo y entretenido, construyan, según indica la presente figura, un aro de cartón o de papel fuerte, y en lugar cualquiera de la cara interior se le pega un objeto pesado, por ejemplo, un pedazo de plomo, un botón de metal, etcétera. Colóquese el aro verticalmente sobre un plano inclinado, que puede ser una regla apoyada por un extremo en la mesa y por el otro en dos o tres libros. Procúrese que la masa pesada del aro quede en la parte superior, cerca del diámetro vertical y hacia el lado de los libros. Si entonces abandonamos el aro a sí mismo, se le verá subir por la regla y detenerse cuando el plomo o botón añadido haya llegado al punto más bajo.

Nuestros amiguitos deben adiestrarse en construir juegos de esta naturaleza. Ello les ayudará a pensar y dis-

pedales, por cuya circunstancia se dedicó a planear algún sistema de bicicletas que sirviese para todas las estaturas. Dos años después se hacían las primeras pruebas de la bicicleta con cadena.

Samuel Crompton, a los diez y seis años copió las mejores partes de la máquina de hilar, inventada por Hargreaves y Arkwright; las combinó con dispositivos ideados por él, y al cabo de treinta meses de trabajos y pruebas secretos, dió a conocer la primera *mula de hilar*, así llamada porque era una especie de híbrido de las dos máquinas ideadas por los citados inventores.

Otro niño, Mr. Isaac Holden, inventó las cerillas fosfóricas. Todas las mañanas se despertaba a las cuatro para estudiar, y como le resultase muy incómodo el uso del eslabón y la piedra para encender, hizo una pasta de fósforo



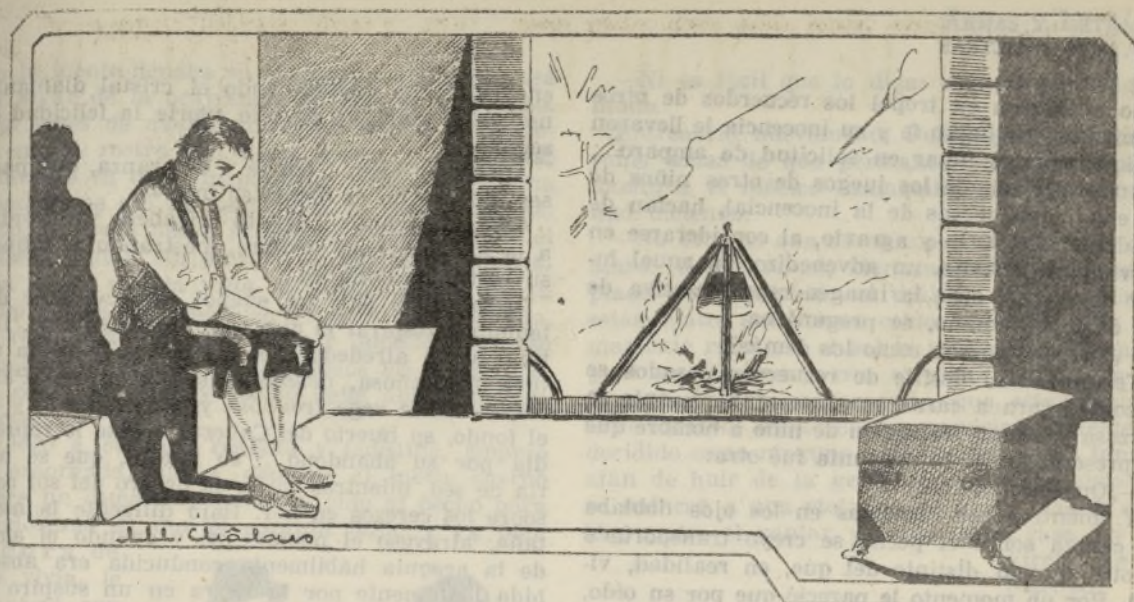
currir sobre fenómenos físicos; lo que puede serles de gran importancia en sus estudios.

Respecto a este asunto, nosotros les recordaremos han existido niños inventores de grandes cosas que han reportado a la industria inmensos beneficios.

Efectivamente; era un niño Herry Lawson, que fué el inventor de las bicicletas con cadena. Estaba en 1869 de aprendiz en unos talleres de ingeniería de Londres. Al lado de la fábrica vivía un hombre que había traído de Francia uno de los primitivos bicieles, de 50 kilogramos de peso. El joven Lawson y otro aprendiz, durante las horas de descanso después de la comida, acostumbraban a saltar la tapia de la casa del vecino para montar en el bicicleta. Lawson era muy bajito y apenas alcanzaba a los

y otras substancias y aplicó un poco de ella al extremo de una astillita. Su alegría fué grande al ver que se encendía al frotarlo, y siguió haciendo pasta cuando la necesitaba sin dar importancia al descubrimiento. Un día se lo explicó a un muchacho, el cual se lo contó a su padre, que era droguero, y se aprovechó del invento.

Por último, es maravilloso el caso del inventor de la telegrafía sin hilos. Desde muy pequeño, Guillermo Marconi venía demostrando notables aficiones y aptitudes para la ciencia eléctrica. Los primeros ensayos del invento que le ha hecho célebre en el mundo los verificó en una granja que poseía su padre con aparatos sencillísimos, consistentes en cajas de galletas colocadas en lo alto de postes de altura indiferente.



EN LA PAZ DE CASTILLA PABLO EL MUDO

Diez y seis años tenía Pablo el mudo, cuando, en el intervalo de tres días, desaparecieron sus padres del mundo. Unas fiebres malignas, transmitidas por contagio, dieron al traste con ambas vigorosas naturalezas, y del encuentro brutal e inevitable de la Vida con la Muerte surgió una orfandad, mayormente dolorosa, por herir de lleno a quien tan privado se hallaba de facultades para la lucha por la vida.

De la noche a la mañana se encontró, por obra y gracia del Destino, sin norte ni guía, dueño absoluto de sus actos y en la más dolorosa y desesperante soledad. Pasó todo como un relámpago, y, a su luz vivísima, vió cómo partían de su lado para siempre la santa madre, todo consuelo y caricias en la noche, cuando de la labor cotidiana se volvía, y el padre amantísimo, de sol a sol compañero de trabajos y fatigas.

Durante los ocho días que precedieron a tanta desventura se encerró el cuitado en aquel enorme caserón, cuya posesión habíase transmitido de padres a hijos durante luengos años, y del que ya era legítimo dueño. Nadie acudió a consolarle, acaso porque las labores del estío no permitiesen a aquellos lugareños robar al trabajo un minuto, ni al descanso un segundo; acaso que entrambas cosas fuesen incompatibles con la tarea de consolar al triste, o quizá que, estando la puerta cerrada, creyeran inútil la llamada, pensando que el alabonazo no habría de ser oído. El hecho verdadero es que a la casona no se acercó en aquellos días primeros alma viviente...

En un rincón de la estancia donde los finados hubieron su tránsito, veía deslizarse las horas acariciando sus recuerdos, y cuando el cuerpo egoísta, mal avenido con los dolores, le exigía imperiosamente alimento, erguía como un autómatas y se dirigía hacia el hogar; pero, apenas tras-

puesto el umbral, clavábasele nuevamente en el corazón el agudo dardo del recuerdo... que en aquel hogar, al amor de la lumbre, fueron pasadas las horas mejores de su vida, horas de ternura infinita, de íntimo y gozoso sometimiento de la voluntad al cariño, cuando en la noche silenciosa, después del yantar, precursor del descanso, sentado en el poyete de piedra, mientras la leña chisporroteaba, reclinaba indolentemente la cabeza en el regazo de la madre, que, con imponderable amor, jugueteaba con la sedosa melena y acariciaba la faz del cachorrillo, más querido cuanto más desventurado...

Al noveno día se levantó antes que el alba despuntase, se asomó a la vida y, lanzándose por las solitarias y empinadas calles, encaminó sus pasos hacia la iglesia mayor a orar por que los muertos venerados hubieran gloria en su eterno dormir.

Oráculo.

Apenas sería terminado el Santo Oficio de la misa y estrechadas las manos de los que a bien tuvieron acompañarle en tan sacrosanto momento, quedó solo en el templo. La severidad y recogimiento de tan sagrado sitio inundaban su alma de dicha inefable. Penetró en la capilla de la Virgen de la Soledad, patrona del lugar. Desde muy niño sentía intensa devoción por aquella imagen, y frecuentemente veíasele en aquel oscuro recinto, «en tan buen amor y compañía».

Erase una de esas imágenes representativas de tiempos verdaderamente creyentes que, aun negadas por los iconoclastas de hogafío, poseen en alto grado la virtud de inculcar en las almas sencillas la fe y la esperanza.

De rodillas, ensimismado el muchacho en la contemplación de la imagen, a su imaginación de

niño acudieron en tropel los recuerdos de otros momentos en que su fe y su inocencia le llevaron a aquel mismo lugar en solicitud de amparo..., cuando, alejado de los juegos de otros niños de su edad, que, ¡cosas de la inocencia!, hacían de su desgracia burla y agravio, al considerarse en la vida un extraño, un advenedizo, en aquel lugar de reposo, ante la imagen representativa de un dolor inhumano, se preguntaba:

—¿Por qué no soy como los demás?

Terminado el desfile de recuerdos pasados se encontró cara a cara con el presente, y ante la forzosa y brusca transición de niño a hombre que el presente traía, la pregunta fué otra:

—¿Qué será de mí?

Y mientras con lágrimas en los ojos doblaba la cabeza sobre el pecho se creyó transportado a otro mundo distinto del que, en realidad, vivía. Por un momento le pareció que por su oído, al que le fué negada la percepción de todos los rumores, penetraba el eco de una voz dulcísima y sobrenatural que en profecía le hablaba así:

«Pues que tu fe te hace ver en mí la suprema encarnación de tus dolores, aprovecha este momento de comunión espiritual. Imagínate que es realidad o pesadilla; pero de este segundo de comunicación con la divinidad saldrá desechada la idea de considerarte planta exótica en el huerto del mundo.

No existen en éste felices ni desventurados; esta clasificación es una aberración de los humanos que pretenden crear un axioma de lo que es tan sólo un problema de voluntad...

Desventurados verás a los ricos en la magnificencia de sus palacios y a los pobres en la humildad de sus viviendas, y asimismo podrás ver felices a entrambos en idénticos lugares. La diferencia está en que unos supieron encontrar el camino de la perfección y otros no..., y es que la verdad hay que buscarla a plena luz y por el recto sendero, no en la sombra y por vericuetos...

El mayor enemigo del hombre es su descreimiento de lo que no comprende y el desconocimiento absoluto de sí mismo. Nadie al nacer tiene trazado su camino; de los dos que existen, de propia voluntad se elige uno, y si, al hacerlo, el que puede libremente elegir el de la felicidad, elige el de la desventura, de ser desventurado no le salva ni la paz ni caridad.

Así tú, si te dejas invadir de un ilógico pesimismo, si insistes en creerte el ser más desventurado de la tierra, la misma seguridad de tu desgracia te llevará a la infelicidad...

Las pruebas a que has sido sometido no son sino el fuego donde ha de templarse tu alma, y si tan abiertamente te han herido en ella las desgracias de tu hogar, es que el reposo, la vida tranquila de la familia, son aguja imantada que te atrae; y siendo así, encamínate por esa senda y considera que para un alma se crea siempre otra alma gemela, que el mérito no está en buscarse, sino en saber aprovechar el instante del

encuentro, no confundiendo el cristal diamantino con el vidrio, y de esta suerte la felicidad es segura.

Apréndelo bien..., ten fe y esperanza, que para ser dichoso no es menester más.»

Cesó el encanto. Levantó la cabeza y encontró a la imagen como siempre, mostrando al mundo su rostro de dolorosa...

Todo había sido un sueño; pero al salir del templo y respirar el aire puro, sentíase otro. Dió una vuelta alrededor del castillo y desde la altura montañosa, denominada Balcón del Palacio, divisó la vega frondosa y prometedora, y en el fondo, su huerto del Cabezero, que le reprendía por su abandono...; su huerto, que se moría de sed, mientras la lluvia de oro del sol caía sobre los cerezos en flor. Bajó diligente la montaña, atravesó el puentecillo, y cuando el agua de la acequia hábilmente conducida era absorbida lentamente por la tierra en un suspiro de satisfacción, también él respiró satisfecho. Aquel líquido haría fructífera y fecunda la unión de la tierra y la simiente... como el agua de la fe cayendo sobre la tierra de la esperanza fecundaría el huerto de su vida, donde prontamente había de florecer un alma...

El encuentro.

Transcurrieron varios años después de estas andanzas, en cuyo tiempo convirtiéndose nuestro héroe en un mozo de recia contextura y aire decidido, trabajador infatigable, hasta el punto de que, después de bien atendida su hacienda, aun le daba lugar a rozar y cultivar aquellas tierras sin dueño, terrenos yerrosos, que esperan tan sólo a que el arado hiera sus entrañas para rendir el tributo de su pan a los hombres de buena voluntad; y de la buena voluntad y esfuerzos de nuestro hombre era buena prueba su repleto granero.

Frisaba Pablo en los veintidós años cuando le acaeció el percance que seguidamente se relata y que había de influir decisivamente en su vida.

Ya muy cerca de la caída de la tarde sería cuando nuestro hombre salió en último viaje de la jornada a acarrear unos haces que no muy lejos del lugar venía. Salió caballero sobre el asno que para tales menesteres le servía, atravesó el arco de la Piedad, y apenas sería llegado a la fuente denominada de la Regadera, cuando quiso la ventura, y digo la ventura por lo que más adelante se verá, que el animal diese un respingo, tropezase con un gran pedrusco interpuesto en el camino e hincase entrambas rodillas en el suelo, lanzando a su distraído dueño por las orejas, con gran quebranto de la integridad personal; fué, pues, a chocar con un puntiagudo guijarro que en el suelo había, hirióse en la frente, dió media vuelta y quedó sin sentido mostrando al cielo el curtido rostro, mientras el asno, asombrado de su inopinada hazaña, huyó calle arriba velozmente.

Al estrépito de la asnal carrera, una moza que

en la fuente llenaba su cántaro acudió presurosa al lugar de la ocurrencia en socorro del caído. Dió voces de auxilio mientras lavaba el ensangrentado rostro con agua fresca y cristalina; convirtió en tiras un pañuelo, formó con él una venda, que ató fuertemente a la cabeza del herido, y, como nadie acudía al llamamiento y el misero seguía sin sentido, la caritativa muchacha midió con la vista la distancia que de su propia casa les separaba, y con el pensamiento, la resistencia de sus brazos e impelida por ese amor de caridad que salva todos los obstáculos, le cogió en ellos y partió calle abajo con su carga.

Llegó a su casa rendida y jadeante, empujó la entornada puerta, depositó el inerte cuerpo sobre un camastro, aplicó su oído al pecho para cerciorarse de que el corazón latía, y ya bien segura de que vivía, le abrigó con una manta y partió en busca del médico.

Había éste en la Plaza, y allá llegó en un santiamén; asíó el llamador y golpeó con toda su alma...

—¿Qué vida?—inquirió una voz desde el ventanuco.

—Diga a don Ramón que en *ca la Pilar la Fea* hay un hombre herido, y que vaya al momento.

Y sin dar más explicaciones retornó veloz a su vivienda.

Ya había el cuitado abierto los ojos y contemplaba con mirada extraviada la estancia, tan extraña para él. Al verla entrar clavó en su rostro los ojos... e inconscientemente hizo un gesto de repulsión, que no pasó inadvertido para ella... pero que supo perdonar, arropándole cariñosamente.

Le preguntó si se sentía mejor, y halló grandemente extraño que por toda contestación su improvisado huésped cerrase de nuevo los ojos sin articular palabra.

Llegó en esto el médico e indagó el motivo de la llamada. Ya en la habitación, explicóla la moza lo sucedido, y terminado el cuento, agregó:

—Ha un momento abrió los ojos, extendió la mirada en derredor y tornó a cerrarlos sin decir Jesús...

Sonrió el médico y contestó:

—Ni es fácil que lo diga: este desgraciado es mudo.

Entreabrió nuevamente Pablo los ojos. Hicieronle señas de que permaneciese en quietud, y mientras el médico examinaba la herida continuó diciendo:

—No extraño que no os conozcáis. La vida que ambos hacéis no es, ciertamente, la más apropiada para entablar el diálogo. Tú conviertes estas cuatro paredes en celda conventual. Es sumamente raro que el sol te tropiece en la calle, y él es el reverso: con el alba sale y con la luna vuelve; y es peregrino que este hombre, todo corazón, agradecido y servicial, valiente y decidido como ninguno, esté poseído de un innato afán de huir de la gente. Todas sus amistades se reducen a una vieja amiga de su madre, que le prepara el yantar y cuida de la casa... y la Virgen de la Soledad.

Y mientras le curaba, contó a la moza, a quien en adelante llamaremos Pilar, la historia del mudo, que interesó grandemente a la bondadosa muchacha.

—La fatalidad ha hecho que os encontréis, porque forzosamente las desdichas habían de buscarse.

Y cambiando de conversación continuó:

—¡Bueno! Esto no es nada; un leve rasguño, y esa postración no es sino consecuencia de la violencia del golpe. Dentro de dos días, como si nada hubiera ocurrido

Habló el médico después sobre la conveniencia de trasladar al doliente a su domicilio, que al fin y al cabo ella era moza y no estaba bien desde albergue de noche a un hombre, aunque no fuese mas que por cortar la malicia de las gentes. No se resignaba la muchacha a dejar interrumpida su obra de caridad; pero ante las insistentes razones de don Ramón, presto halló dos mozos que de buen talante se brindaron a llevarle. Ocurriósele en esto a la moza que bien podía la mujer que le cuidaba venir a pasar la noche allí y ambas estarían al cuidado, con lo que la malicia de las gentes desaparecía.

Satisfizo al médico esta solución; encargóse uno de los mozos de traer a la vieja, y el herido quedó reposando, en cuya situación le dejaremos para meternos en otras honduras.



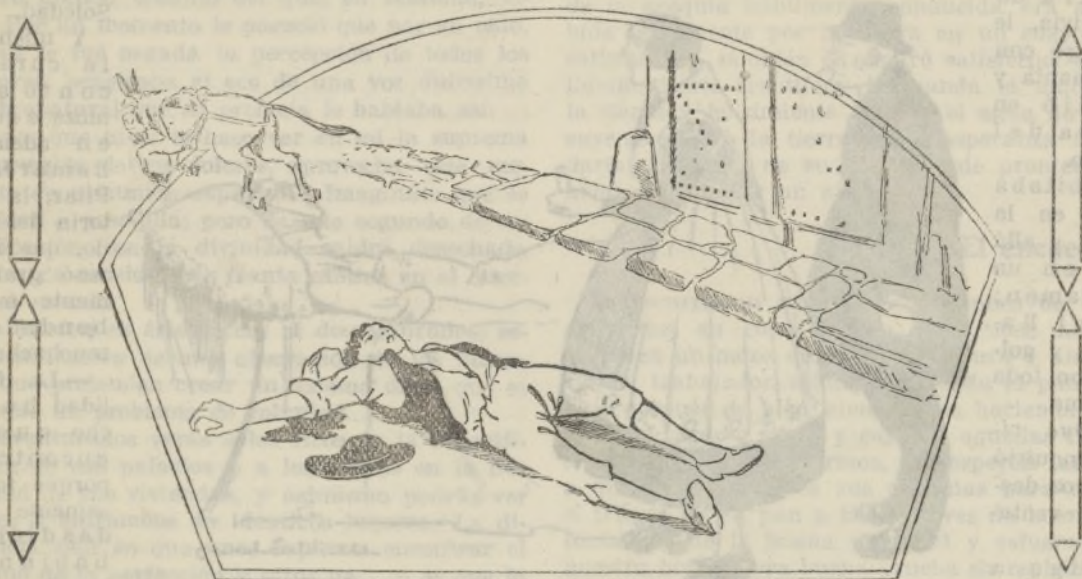
El cristal diamantino.

No habrá pasado inadvertido para ti, querido lector, el gesto de inconsciente repulsión (y digo inconsciente, porque en modo alguno puede pagarse la caridad con el cruel agravio, si no es en un momento en que los sentidos no estén muy cabales) dibujado en el semblante de Pablo al encontrar ante sí la figura de Pilar y clavar en su rostro la mirada, ni tampoco en el de resignación y amor que tuvo por réplica; y no es que la Naturaleza dotara a la muchacha de notorias imperfecciones corporales, que bien formada y garrida era, hasta el punto de que en la aurora de su vida fué capullo prometedora de que más adelante había de convertirse en fragante rosa de espléndida hermosura, sino que la viruela deformó de tal manera sus facciones, que

una casa solariega y unas heredades, que, puestas a renta, y unido su rendimiento a los medios de vida que sus trabajos de costura le proporcionaban, eran base de un modesto pasar.

Nunca mejor que en el caso presente fué desmentido el adagio que dice aquello de que «el rostro es el espejo del alma»; pues si el semblante carecía de hermosura, el alma de inmaculada pureza la conservaba en plena intensidad.

Ya repuesto Pablo del lance, pronto adivinó cuanto a la nobleza de tan santa mujer debía, y aficionóse de tal manera a su compañía, que al caer de la tarde regresaba al pueblo y a su lado pasaba algunas horas de gozo y contento; y bien podemos afirmar, sin riesgo de equivocación, que al mudo le parecía ya la moza hermosa cual ninguna, y a puñadas hubiera andado seguramente con algún ganapán si escuchar pu-



no podían contemplarse por primera vez sin maldecir al hado adverso que destruyó belleza tanta.

Huyeron los inconstantes amadores, pasaron las rondas por bajo de sus ventanas a llevar la alegría de la juventud y de los amores hacia otras rejas donde la desventura no halló aposento, y el capullo que caminaba para rosa convirtiéndose en escondida violeta, desengañada y dolorida, pero bendiciendo su soledad...; no serían muy arraigados y fuertes los sentimientos de los amadores cuando al golpe de la adversidad pusieron pies en polvorosa...

Pero si la piedad no pareció por ninguna parte, le valió, en cambio, su desgracia un remoquete, y desde aquel punto y hora conocióse la por Pilar la Fea.

Estas razones te habrán explicado sobradamente entrambos gestos; y ahora te diré que, como Pablo, Pilar era huérfana, con la diferencia de que ésta no había conocido a sus padres, habiendo vivido bajo el amparo de una hermana de su madre que, al pasar a mejor vida, dejola bien encaminada hacia todas las virtudes y dueña de

diera de sus labios la pronunciación del famoso remoquete, «que nada hay tan propicio para hacer olvidar imperfecciones del cuerpo como la hermosura del alma».

Ello es que mientras las rondas seguían pasando de largo bajo sus ventanas, llevando sus músicas con rumbo hacia otras rejas más floridas, el aroma de la violeta hacía florecer en el corazón del mudo un sentimiento que en el mundo conocemos con el nombre de amor, si bien no siempre se aplique este nombre con verdadera justicia.

El cristal diamantino había hecho su solemne aparición.

Pláciale la amante solicitud con que Pilar se cuidaba de coserle los desperfectos que las zarzas y el tiempo en sus ropas hacían. Acostumbrado a la ruindad de los servicios pagados, y ya sabemos el valor de los cuidados que cuestan dinero, aquel cariño y desinterés le causaban honra y grata emoción.

Y cierto día la curiosidad, que en toda alma de mujer halla su nido, siquiera en la presente

ocasión fuese bien nacida y empleada, por ser floración de un buen deseo, hizo que Pilar visitase la casa de Pablo.

Contempló dolorida el abandono en que se encontraba, y sin encomendarse a ningún santo de su devoción, obedeciendo al solo impulso de la voluntad, puso manos a la obra, y dejó aquello tan limpio que hasta el empedrado del zaguán parecía un espejo. Y aquella noche, después de la sorpresa, le pareció a Pablo más hermosa que nunca, y mientras los labios permanecían en quietud, enlazáronse las manos al manantial del cariño que del corazón brotaba, subió a los ojos y los ojos hablaron así:

«Alma soñada, ¿por qué tardaste tanto? Mi vida te esperaba con desmedido afán, con ansia loca, como anhela el guerrero la victoria, la tabla el naufrago y el creyente el cielo..., y pues viniste y entraste en mi morada como un rayo de sol, haz que no salga de mi casa esta luz, que ilumine mi vida, ahuyentando las sombras que en mi alma proyectaba el dolor... Y pues leo en tus ojos el mismo pensamiento, de esta unión de almas que de penas nace haremos religión, y en el ara de esta pasión bendita consúmense dos vidas para ejemplo de otros mortales sin ventura, para gloria de un amor que da flores en huertos de tristeza...

Y mientras, en la estancia en sombra buscábase los labios santamente; la ronda, con sus músicas, rasgaba el silencio de la noche, y una voz lejana, dulce y sentida, rezaba más que cantaba...

Bienvenido seas dolor
si ha de servir de cauterio
para tu herida el amor.

Y una feliz mañana, al despertar del alba, en la venerada capilla de la Virgen de la Soledad, Pablo y Pilar unieron sus vidas para siempre...

Decíamos, pues, que Pablo y Pilar unieron sus vidas para siempre, y añadido ahora que en paz y gracia de Dios vivieron, aromados por un amor santo y fuerte, como labrado en desventura, que jamás llegó a los labios convertido en esas floridas palabras que nacen de un momento de pasión para perderse luego en los abismos del olvido, sino que, muy por el contrario, aquel amor halló tan noble acobijo en el corazón, y en tal aposento tan placentero y gozoso se encontraba, que pensó en no abando-

narlo de propia voluntad por los siglos de los siglos...

No les fué concedido el regalo del hijo que ansiaban, acaso porque, siendo las dos últimas ramas del árbol de ambas familias, quisiera Dios cerrar con broche de oro su paso por la tierra, y solos anduvieron el camino de su existencia, gozando de sus amores y bienandanzas, consolándose mutuamente en las horas de tribulación, sin advertir que las horas de la vida transcurrían velozmente, y que los cabellos, antes negros, tornábanse de inmaculada blancura.

Si alguien, dominado por la curiosidad, hubiera atisbado el interior de aquel hogar feliz, hubiera visto frecuentemente a aquellos dos viejecitos con las manos entrelazadas, con los ojos fijos en los ojos, y acaso lo contase y comentase después como una cosa rara y peregrina; tan extraño es quererse de corazón toda una existencia.

Cuando en el invierno de la vida la muerte sorprendió a *Pilar la Fea*, el viejecito siguió soñando; y en la noche sombría y dolorosamente solitaria, mientras la muerta era suya, el pobre mudo la velaba, la acariciaba, como si la muerte no fuera muerte, sino sueño reparador.

Pero cuando la aurora dejaba al sol hacer acto de presencia en el firmamento, cuando la tierra reclamaba para sí lo que legítimamente le pertenecía, al arrebatarse de los brazos para depositar en las andas aquella muerta tan querida, el desventurado no pudo resistir más... El corazón, que momentos antes latía tranquilo, aceleró su marcha en loco tic tac; sintióle parar después seca y brutalmente, perdióse su mirada en el inmenso cristal, y como si le arrancaran a la vez alma y corazón, lanzó un suspiro, salió el alma tras él en franca huida a buscar la otra alma gemela, y el cuerpo mortal desplomóse en tierra.

Roto el encanto, la vida ya no tenía razón de ser.

En aquel histórico lugar, olvidado de los hombres, respetuoso y amante de la tradición, existe un santo pedazo de tierra, guardador avarientado de los restos de dos seres que en el mundo hallaron la verdadera felicidad en su propia desventura...

Aquí termina la historia vulgar de un amor que en vida no necesitó palabras para entenderse, porque el manantial del cariño que llevamos todos corazón adentro subía del corazón a los ojos para que las almas bebiesen...

Eugenio M. Ovejas.



SECCIÓN DE ENCARGOS

ARMAS Y LETRAS, en su afán de proporcionar a los suscriptores toda clase de ventajas, organiza desde este número la «Sección de encargos», que ha de ser de gran utilidad para los que residen en provincias.

ARMAS Y LETRAS se constituye desde hoy como agente representante en Madrid de sus suscriptores, encargándose de elegirles, comprarles y remitirles, sin comisión alguna, cuantos objetos o géneros necesiten.

El envío se efectuará en paquetes por ferrocarril o correo contra reembolso, cuyo gasto será cargado al suscriptor.

A la expedición acompañará la factura justificante de la Casa vendedora y un catálogo de precios, si existe.

Los que antes de verificar su compra quieran conocer detalles del género que deseen adquirir deberán enviar sello para la contestación.

Para la mayor facilidad en la organización, la «Sección de encargos» queda dividida en los grupos siguientes:

Primer grupo.—Material y objetos de escritorio.

Comprende impresos, cartas timbradas, lápices, plumas, gomas, etc. Archiveros, ficheros, clasificadores y toda clase de objetos que tengan relación con las oficinas y despachos.

Segundo grupo.—Libros.

Comprende todas las obras científicas y literarias que existan en el mercado.

Tercer grupo.—Documentos.

Comprende certificados de última voluntad, antecedentes penales, del registro, partidas de nacimiento, casamiento, etc.

Cuarto grupo.—Camisería y objetos de equipo.

Comprende camisas, cuellos, puños, corbatas, guantes, bastones y paraguas.

Quinto grupo.—Sombrerería y zapatería.

Comprende sombreros de todas clases, gorras, roses, chacots, zapatos y botas.

Sexto.—Especialidades farmacéuticas.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La sombra, novela, por D. José Toral.

La mayoría de nuestros escritores, atentos al movimiento literario extranjero, se han preocupado, principalmente, en seguir sus evoluciones, presentándonos sus obras con ambientes cosmopolitas, haciendo un arte de segunda mano en vez de crearlo con todos los elementos de novedad que ofrece «nuestra vida», tan rica en matices y variedades.

Por eso encontramos una íntima satisfacción en la lectura de obras como «La sombra», novela netamente española por su ambiente y argumento.

Si Toral no hubiera cimentado su fama de escritor con libros como «Poemas en prosa», verdadero alarde literario, y su preciosa novela «La cadena», le bastaría «La sombra» para colocarle entre los primeros novelistas contemporáneos, por ser esta su última producción, en corrección de estilo, emotividad y asunto, una de las mejores novelas publicadas.

En «La sombra», escrita en castizo castellano, mordazmente irónico en ocasiones, nos presenta Toral a dos amigos enamorados de la misma mujer, que, en su lucha por la vida, se encaminan por distintos senderos: la política y la ciencia.

El político triunfa, y con el triunfo consigue el amor de ésta, María del Carmen, que, como toda mujer, no atiende a los sentimientos de su corazón, sino al imperativo vanidad.

Por ello, cuando, ya viuda, pasa a ser la mujer del ingeniero, carácter pusilánime, le empuja a la política, donde fracasa, porque todos esperan que

sea él una continuación del otro: «La sombra»...

Y viven moralmente separados, hasta convenirse que tan sólo en el amor y en el hogar está la felicidad.

Todo este argumento, lleno de ambiente, de plenitud de vida, de interés, escrito con estilo pulcro y delicado, en donde los personajes, perfectamente dibujados, llenos de vida real, son verdaderos estudios psicológicos, manifestando el autor gran técnica y predominio en el difícil arte de la novela. Por ello creemos firmemente que esta producción de D. José Toral consolida su prestigio de tal forma, que merece ser considerado entre los mejores novelistas contemporáneos.

*

Historial del regimiento Infantería de Tarragona, número 78.

Es este un libro más que añadir a la larga serie de los escritos por el teniente coronel García Pérez, siempre con la alta mira de componer historias, recordar hechos gloriosos, ensalzar méritos y hacer patria. El teniente coronel García Pérez debiera ostentar el título merecido de *Cronista de la española Infantería*. El trabajo de que ahora nos ocupamos, escrito con el singular desenfado a que nos tiene acostumbrados su pluma, es de un mérito extraordinario, porque el historial del regimiento de Tarragona se hallaba perdido y ha sido menester recurrir a buscar en relatos y certificaciones, esparcidos por mil distintos sitios, los datos necesarios para construir la historia.

DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

CHARADA

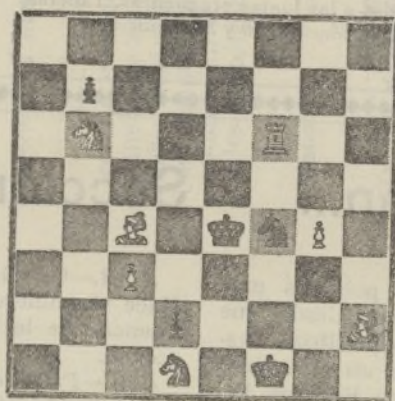
par			za
	vi	de	
(32) be	te	ble	te
ve	del	ci	tá
del	es	par	no
que	de	el	re
la	que	la	la
que	da	cer	a
	gra	un	
(1) A			de

JEROGLÍFICOS

1.º	Vocal Constelación Planta medicinal Nota		
2.º	Vocal	12	Nota
3.º	1000A5011001A		
4.º	100	NI	100
5.º	Vocal q R Vocal par		
6.º	En topografía Caudal de agua		

Prima doble, algo vulgar,
y *segunda* repetida,
es excepción preferida
que cuesta mucho encontrar.

PROBLEMA DE AJEDREZ



Las blancas juegan y dan mate
en dos jugadas.

Hallábase un regimiento de Ingenieros tendiendo un puente de barcas sobre el Ebro, y al terminar la faena del día se retiraron las fuerzas, dejando de guardia a cuatro soldados y un cabo, con encargo a éste de que diera aviso de cualquier novedad que ocurriese.

Hay que advertir que el cabo era un mozo de la montaña de Huesca, alto y fornido.

A la mañana siguiente los jefes y oficiales reunidos leían el parte siguiente:

«El cabo de guardia tiene la honra de participar a V. S. que durante la noche ha crecido cuatro metros.»

Y decía el coronel muy asustado:
—¿Que ha crecido cuatro metros
el cabo Salinas? ¡Dios mío!, pues
¿dónde lo ponemos?

Después de la hora del rancho, varios soldados forman corro alrededor del sargento Martínez.

andaluz alegre y dicharachero, que entretiene a sus camaradas con sus cuentos y exageraciones.

—El caballo—dice el sargento— es el animal más noble y el más agradecido. Al primer caballo que tuve le saqué un clavo de los cascos cuando yo era cabo, y el animalito, no sabiendo cómo pagarme aquel favor, ¿sabéis qué hizo?

—Regalarte una cajetilla.

—Más, mucho más. Pegarle un par de coces al cabo más antiguo de la compañía para que yo ascendiese por antigüedad.

*

El maestro se esfuerza durante media hora en explicar a los mayores de su escuela lo que significa «responsabilidad». Después, para ver si los niños le han atendido, pregunta a uno de ellos:

—Vamos a ver, Pepito, ponme tú un ejemplo en que se vea lo que es responsabilidad.

—Pues, por ejemplo—dice el chico—, si yo tengo, un suponer, dos botones en la manga de la chaqueta y se me cae uno, pues el que me queda tiene que cargar con la responsabilidad.

**Soluciones a los pasatiempos
del número anterior.**

A las charadas:

Remolino.
Acantilado.

Al logogrifo numérico:

Florenzia.

A la sustitución:

HUESCA
CACERES
SEGOVIA
LERIDA
PALENCIA
BILBAO
ZARAGOZA

Al tercio de sílabas:

RI	CAR	DO
CAR	ME	LO
DO	LO	RES

Anuncios por palabras.

Tarifa de anuncios en esta sección, incluído el impuesto del Timbre. De una a 15 palabras, 2,50 pesetas; por cada palabra más 15 céntimos.

SAHOL.—Es la mejor medicación para curar sabañones. De venta en las principales farmacias.

CAMISERÍA DE MODA.—Luis de Vel. Camisas, corbatas, guantes, bastones, paraguas. Barquillo, 8 triplicado, Madrid.

IMPRESOS artísticos, económicos, de todas clases. Publicación de obras y revistas. Le interesan presupuestos de la imprenta B. Izaguirre, Madrid, Churrua, 17.

PARA pasar un rato distraído nada más a propósito. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventruído; hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

AGERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38, Madrid.

LA EXPOSICIÓN.—Fábrica de camisas, corbatas, cuellos y puños. Teléforo G. Ramos. Príncipe, 19, Madrid.

CLEMENTE Y GARCÍA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34, Madrid.

GORRAS y efectos militares.—Isidro Sánchez. Alcázar, 6, Toledo. Gorra azul bordada, 16 pesetas; con emblema metal, 14 pesetas. Envíos a provincias.

Donde las dan...

El duque de Sully, uno de los políticos más sabios y honrados que han existido desde que el mundo comenzó a plagarse de políticos, después de haber sacado de más de un atolladero con sus prudentes consejos al Rey Enrique IV, vivía retirado en su casa de Villebón al comenzar el reinado de Luis XIII.

Este Monarca, deseando conocer la opinión del anciano duque en un asunto de importancia, le envió un *botones* rogándole se presentase en la corte. Y el bueno del señor de Sully se presentó con la vestimenta que solía usar y que era sumamente anticuada. Llevaba, además, el caballo recortado como en sus tiempos, y una barba y un bigote completamente pasados de moda. Un cursi, sencillamente, o, mejor dicho, un *pinta*.

A poco de entrar en la sala del Consejo, los políticos jóvenes, elegantes y atildados que en ella estaban comenzaron a reírse sin disimulo, gastándole en voz alta, sin recatarse lo más mínimo, unas cuantas cuchufletas capaces de sonrojar a un macero.

Y el bueno del duque, al notar aquello, le dijo al Rey con la mar de gracia y como quien no dice nada:

—Señor, cuando el Rey vuestro padre, de gloriosa memoria, me hacía el honor de consultarme, no empezábamos a tratar asuntos importantes sin antes hacer salir de la cámara a los bufones de la corte.

Que es como si les hubiera dicho a los impertinentes guasones:

—¡Tomad sogal!

Antón Trijueque.

Sección de consultas.

A. R.—Coruña.—No será destinado este mes. Hace el número 2 para el destino a la Caja de Cuenca. Se le ha comunicado por correo esta noticia.

J. G.—Figueras.—Los «Diarios Oficiales» puede verlos en la oficina del Cuerpo. El destino del capitán del castillo de San Julián tiene su razón en que Cartagena se considera como base naval, y en ella, con arreglo a la nueva plantilla que se publicará, esa vacante corresponde al empleo de capitán.

J. de J.—Melilla.—Contestamos a sus preguntas: Primero. Desde luego, es cosa decidida que los alféreces de Infantería pasen tres años en ese empleo.

Segundo. El tiempo servido en Fernando Poo debe servirle a usted de abono para cumplir en Africa, a menos que no le corresponda servir en segundo turno.

Tercero. Es necesaria una instancia para cada concurso de oficiales de Fuerzas indígenas.

L. M.—San Roque.—Se le envió el número de abril oportunamente. Como debió perderse en el correo, hemos tenido mucho gusto en mandarle un duplicado, que suponemos se hallará en su poder.

J. G.—Puerto de Lumbrera.—Suponemos en su poder la postal en la que recibe contestación a las preguntas que nos hace.

J. L. G.—Bosort.—Hace usted el número 14 para pasar a la Comandancia de Albacete.

S. C.—Arcila.—Desde el año 1917 hasta la fecha no ha tenido entrada en el ministerio ninguna instancia de usted pidiendo recompensa. Se conoce que esa instancia fué detenida en el camino.

RESUMEN DE LEGISLACION

Mes de agosto de 1920.

El número que precede a cada disposición es el del *Diario Oficial* en que aparece inserta la Real orden.

Antropometría.

194.—Se dispone la creación de Gabinetes antropométricos en las Subinspecciones de Ceuta y Larache para las identificaciones de personal indígena.

Bonificación.

169.—Se dispone que el personal que sea destinado a Larache perciba la gratificación de residencia los días que se vea obligado a permanecer en Cádiz por hallarse cerrado el puerto de Larache.

Comandancias de Ingenieros.

191.—Queda afecta una Comandancia de Ingenieros a cada una de las Bases navales de Cádiz, Cartagena y El Ferrol.

Consejo Supremo.

181.—Se determina la constitución para lo sucesivo del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Consultorios indígenas.

176.—Se determinan las relaciones que deben existir entre los Consultorios indígenas establecidos en la zona de nuestro protectorado y las Subinspecciones respectivas.

Cuarteles.

178.—Se dispone que los cuarteles de San Juan y de la Merced que existan en Huesca se llamen en lo sucesivo de

Pedro I y de Ramiro II, respectivamente, y que el nuevo cuartel que se construye en dicha ciudad lleve el nombre de Alfonso I.

Dementes.

193.—Se dispone que la cantidad que los Cuerpos abonan por cada individuo presunto demente durante el período de observación en el manicomio de Ciempozuelos sea de 12 pesetas mensuales, en lugar de siete.

Generales honorarios.

181.—Se dispone que los generales honorarios pasen la revista mensual de comisario por oficio dirigido al capitán general de su región. Las reclamaciones y percibo de los haberes serán hechos por las habilitaciones respectivas, sus documentaciones estarán en el ministerio y figurarán sus nombres en el "Anuario Oficial" después de los de los generales de brigada en situación de segunda reserva.

Honores.

174.—Se determinan los honores que deben hacer a Su Divina Majestad los individuos de tropa que no se hallen en formación.

Organización.

169.—Se dispone que los Depósitos de remonta constituyan unidades administrativas independientes, tomando la numeración de las regiones militares en que se hallen enclavados.

Prófugos.

174.—Se interpretan los artículos de la vigente ley respecto a las denuncias, aprehensiones y deberes de los prófugos.

Reclutas de cuota.

191.—Se dispone que sólo debe concederse dentro de cada Arma el que se preste servicio (cambiando de Cuerpo) en los que usen igual armamento y se sirvan del mismo reglamento táctico que el de procedencia de los interesados.

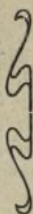
191.—Se amplía hasta el 30 de septiembre el plazo para que puedan acogerse a los beneficios de cuota los reclutas del reemplazo de 1920 y agregados al mismo.

Supernumerarios.

185.—Queda sin efecto la Real orden de 29 de mayo último, que dejó en suspenso el pase a supernumerarios, sin sueldo, de los capitanes de Infantería.

Voluntarios.

193.—Se dispone que los voluntarios de un año en los Cuerpos de la Península a quienes, por virtud del sorteo para África, correspondía servir en aquel territorio, continúan disfrutando en su nuevo destino de todos los beneficios que la ley les concede.



Servicios de la Compañía Transatlántica.

LÍNEA DE CUBA-MÉJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LÍNEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LÍNEA DE NEW-YORK, CUBA-MÉJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz para New-York Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LÍNEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LÍNEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de África. Regreso de Fernando Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

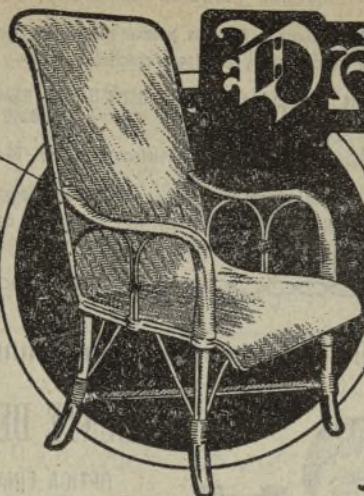
Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.

FÁBRICA DE MUEBLES DE JUNCO Y MADERA

DOMINGO AZCUE

Azpeitia



Plas 26'00
franco estación Madrid
(sin embalaje)

Exposición
y
Depósito
en la
sucursal



Plas 22'00
franco estación Madrid
(sin embalaje)

Fernando VI, nº 1.
(esquina a Hortaleza)

MADRID

CONSTRUCCIÓN DE SILUETAS Y BLANCOS DE BEJUCO
PROVEEDOR DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO.



AUTOPIANOS



AUTOPIANOS

CASA AMERICANA TODO BARATISIMO

Máquinas de escribir de todas marcas, cintas, papel carbón, copias, reparaciones, presupuestos gratis. ➤ Traducciones, novedades en objetos de escritorio en general. Auto-pianos y rollos de 88 y 65 notas.

CASAS:

CARRETAS, 5, pral.
Teléfono 22-90.

HORTALEZA, 39, y PÉREZ GALDÓS, 9. Teléfono 40-77.

LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECÁNICOS

Argmosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GIJÓN - SAN JUAN (Avilés) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte. — Pino de tea. — Pino de Balsain. — Pino del país. — Maderas finas.

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3.ª Sección de la Escuela Central de Tiro.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. — Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. — Planos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. — Teléfono M - 4.205. — MADRID

Escopetas. — Artículos para caza y viaje. — Objetos para regalos. — Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. — Pañuelos de Manila y mantillas de encaje.

VENTA de muebles y cuadros antiguos y modernos, bronce, porcelanas y objetos.

COMPRA a altos precios todo lo que se venda.

= VICENTE BAYÓN =

(Que fué de la casa Veguillas.)

NO CONFUNDIRSE

Peligros, 7. — Entrada por Jardines, 40. — Tel.º 4.676-M.



EL LENTE DE ORO

ÓPTICA FINA

ARENAL, 14 - MADRID

GEMELOS PRISMÁTICOS ZEISS-GOERZ Y OTRAS MARCAS :: GEMELOS DE CARTERA PARA TEATRO

ERNESTO GIMENEZ

(Antes GONZALEZ Y GIMENEZ).

ALMACÉN DE PAPEL Y OBJETOS DE ESCRITORIO POR MAYOR

TALLERES DE IMPRENTA, ENCUADERNACIÓN Y LITOGRAFÍA

TIMBRADOS EN RELIEVE

ESPECIALIDAD EN LIBROS RAYADOS

:: :: Y FABRICA DE SOBRES :: ::

HUERTAS, 16 y 18

Teléfono 1.074

MADRID

OBRAS DEL CAPITAN D. ADOLFO APONTE

JARDIN DE ENSUEÑO. — Foesias (1909). 2 pesetas (agotada).

CANCIONES REMOTAS. — Idem (1910). 3 pesetas.

PAISAJES DE ALMAS. — Idem (1913). 3,50 pesetas.

TEATRO

EL REY CIEGO. — Tragedia en tres actos y en verso, premiada con 2.000 pesetas por el Ayuntamiento de Madrid y estrenada en el teatro Español con extraordinario éxito. 3 pesetas.

Casa de Fe y principales librerías.

ARMAS Y DEFENSA

por el

Coronel VÁZQUEZ DE ALDANA

El arte de escoger un arma, de conservarla y de defenderse. Obra humorístico-científica; 500 páginas; numerosos fotograbados. De interesante actualidad para los militares y para el público en general. Precio: 6 pesetas. A los suscriptores de "Armas y Letras" se les facilitará la obra pagándola en cuatro plazos mensuales de 1,50 pta.



ACADEMIA "PINO" Exclusiva para el ingreso en el Montera, 35 - MADRID CUERPO DE TELÉGRAFOS

Resultados de las oposiciones últimas:

Ejercicio previo: Presentados, 80; aprobados, 65.
Oposición: Presentados, 56; Ingresados, 51.

Profesores: D. RAIMUNDO DEL PINO,
Jefe del Gabinete telegráfico del Ministerio de la Gobernación.

D. JOSÉ RODRÍGUEZ,
Jefe del Gabinete telegráfico del Ministerio de la Guerra.

D. ANTONIO REYES,
Doctor en Ciencias Físico-Químicas, profesor auxiliar de las asignaturas en la
Universidad Central.

D. ISIDORO HERNANDO,
Oficial poliglota del Cuerpo en la Dirección general.

D. MANUEL MAYO,
Oficial del Cuerpo en el Gabinete Central.

D. ARTURO GONZÁLEZ,
Delineante.

ROCA FOTOGRAFO TETUÁN, 20

PAPELERÍA :: IMPRENTA
DE

Felipe Martín Crespo.

Mayor, 47.-MADRID

Teléfono 211-M.

MEMBRES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS
ARMAS Y CUERPOS DEL EJÉRCITO ::

EL ARCA DE NOÉ
PAPELERÍA E IMPRENTA

Completo surtido para suministro de oficinas militares.

Sobres para cartas, a 12, 14 y 18 pesetas millar.

Idem para oficios, a 13 idem id.

Cuartillas, a 6 idem id.

Tinta negra para oficinas, 2,50 pesetas litro.

Plumas de la corona desde 2 pesetas caja.

Lapiceros FABER LEGÍTIMOS desde 1,25 docena.

EL ARCA DE NOE :: Corredera Baja, 39, M-MADRID

GRAN FÁBRICA DE OBJETOS DE MIMBRE Y BEJUCO

DE
PLÁCIDO PÉREZ

San Marcos, 1. - (Esquina a Hortaleza.) - MADRID

:: BUTACAS, BAULES Y MALETAS PARA VIAJE ::

CUNAS MOISÉS Y GARITAS
PARA PLAZAS Y JARDINES

ESPECIALIDAD EN SILLERIAS DE BEJUCO ESMAL.

:: TADO Y DE MEDULA ::



HOTEL DE VENTAS

LOS MUEBLES MAS BARATOS

34, ATOCHA, 34

AUÑON
ESPADERO DE LA REAL CASA

La antigua espadería de la calle Fuencarral, 33,
se ha trasladado a su sucursal :: :: ::

CALLE MAYOR, 68

ALBERTO ROMERO
SASTRE

ESPEJO, 6, BAJO

HECHURA Y FORROS DE TRAJES
DESDE 60 PESETAS.

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

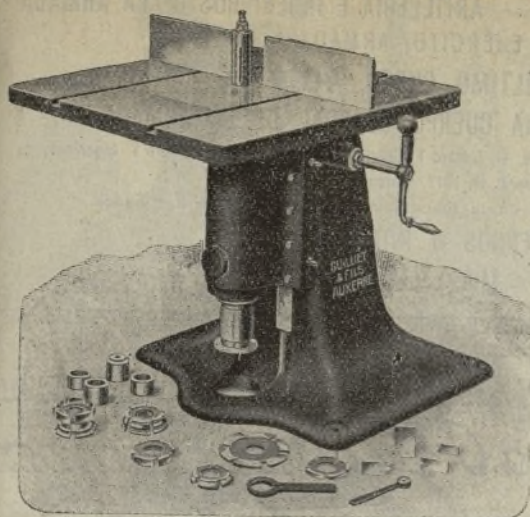
MENA :: FOTÓGRAFO :: CARRETAS, 39 (Frente a Romea.)	3 MAGNÍFICAS POS- TALES O CARNETS UNA PESETA	COMPañÍA GENERAL DE AGUAS MINERALES REINA, 29 Y 31 — TELÉFONO M. 1.444
GRABADOR DE MODA -- F. Sierra. Montera, 38. Grabados de todas clases sobre metal. Sellos de caucho. Unica casa con fábrica propia de rótulos de hierro esmaltado.	SASTRERÍA DE SEÑORA Y CABALLERO ANTONIO LÓPEZ & REBULLIDA MAYOR, 25, ENTRESUELO	
JOYERÍA HISPANO-BELGA Joyas artísticas y econó- micas. Relojería garan- tizada de todas marcas. MONTERA, 22	MUEBLES ECONÓMICOS NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA Balbino Díez García. Pelayo, 70 (próximo a Fernando VI).	
MATERIAL ELECTRICO Lámparas filamento metal de todas marcas. A. PAJARES JARDINES, 7 y 9	RECLUTAS DE CUOTA Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. — La mejor y más conveniente.	
DOYCO (S. A.) REPRESENTACIO- NES NACIONALES Y EXTRANJERAS. = FUENCARRAL, 119	LA OCASION COMPRA Y VENDE Motocicletas, bici- cletas, accesorios, gramófonos y discos. MAYOR, 68	
RECLUTAS DE CUOTA ESCUELA CIVICO-MILITAR (AUTORIZADA OFICIALMENTE)		MAYOR, 86.-MADRID

PARA LOS MILITARES EN VIAJE

Hoteles recomendables que por estar adscritos a la Cooperativa militar conceden bonificación en sus precios a los militares.

Gran Hotel. Alicante. Propietario: Miguel Simón. Bonificación: 10 por 100.	Hotel Carrera. Mondariz. Descuento: 15 por 100.
Hotel La Perla. Almería. Plaza del Car- men, 7. Descuento: 20 por 100.	Hotel Inglés. Madrid. Echegaray, 10. Descuento: 10 por 100.
Hotel Suizo. Barcelona. Plaza del Angel, 10. Descuento: 10 por 100.	Hotel Patrón. Murcia. Descuento: 15 por 100.
Hotel Reina Victoria. Escorial. Descuento: 10 por 100.	Hotel España. Orihuela Descuento: 25 por 100.
Hotel París. Granada. Descuento: 10 por 100.	Hotel Suizo. Santiago. Cardenal Payá, 18. Descuento: 10 por 100.
Hotel Comercio. Logroño. Descuento: 15 por 100.	Hotel Antonio. Zamora. Descuento: 10 por 100.

SIERRAS Y MAQUINAS-HERRAMIENTAS PARA TRABAJAR LA MADERA



PARA TALLERES DE CARPINTERÍA, EBANISTERÍA, CONSTRUCCIÓN DE CARRUAJES, VAGONES, ETC. FABRICACIÓN DE PARQUET Y DE TODO LO RELACIONADO CON LA INDUSTRIA DE MADERA

GUILLIET FILS & CÍA.

CONSTRUCCTORES MECÁNICOS

DEPÓSITO DE MAQUINAS Y ACCESORIOS

PARA ESPAÑA

23, Fernando VI, 23; teléfono M-3.147.

MADRID

PÍDANSE CATÁLOGOS Y PRESUPUESTOS

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038.

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Fábrica de Carrocerías, Side-Car y Rear-Cars para industrias.

CHASIS PARA MOTOCICLETAS de todas las marcas.

TEODORO UBEDA, FUENCARRAL, 164 Madrid. Teléfono J-952.

(antes 147).

OFRECEMOS GRANDES OCASIONES

En alhajas finas garantizadas, lindos modelos en pendientes, pulseras, sortijas, alfileres, dijes, medallas, bolsos plata. Gran exposición de relojes, de oro de ley ricas repeticiones y relojes de pulsera siempre de los últimos modelos y buenas marcas, pianos, escopetas, armas, máquinas de escribir, máquinas fotográficas, gramófonos, paraguas, impermeables, antigüedades, abanicos, objetos varios e infinidad de artículos propios para regalos.

Compramos, vendemos y cambiamos todo. Casa exclusivamente en artículos de ocasión.

CASA SERNA,

Hortaleza, 9. Tel. 5.351-M.



RECOMENDAMOS

usar los TIRANTES y LIGAS ALASKA por ser lo más cómodo y práctico conocido.

PÍDANSE EN TODAS LAS CAMISERÍAS

AUTO-RHULLY, S. A.

Agencia: CASTELLÓ, 24.

Motocicletas Harley Davidson.

ACADEMIA TORRES

CARRERAS MILITARES, CUERPO GENERAL,
ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

COMPETENTE PROFESORADO DEL EJÉRCITO, ARMADA Y CIVIL

NÚMERO DE APROBADOS ÚLTIMO CURSO, 40

NÚMEROS 1, 2 Y 3 ÚLTIMA CONVOCATORIA CUERPO GENERAL DE LA ARMADA

Esta Academia ha obtenido en seis años de fundación, entre sus aprobados, el número 1, Cuerpo general, en 1915; número 1 Ingenieros de la Armada en 1917 (previo); números 1 y 2, Cuerpo general, en 1917, y número 1, Infantería, en 1918.

Para detalles pídase reglamentos, en donde figuran las relaciones nominales de todos los aprobados.

EXTERNOS * MEDIO EXTERNOS * INTERNOS

PIAMONTE, 7. - MADRID

*En campaña, en guardias, en maniobras debe
llevar siempre consigo una Pluma Ideal
Waterman*

Conocida en el mundo entero. Es la mejor.

Precio del modelo "Safety": 28 ptas.

Pidiéndola por conducto de "Armas y Letras", la CASA CRESPO la facilita a los jefes y oficiales del Ejército, para pagar en seis plazos mensuales, sin aumento de precio. Devolución en los ocho días al no convenir.



Casa Crespo
Mayor
MADRID

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

GRANDES SALDOAS de COLEGITA, 2 y 4.

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS
Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. Atocha, 49.

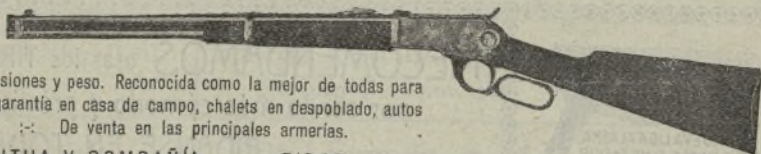
CASA MUY BIEN SURTIDA
PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

Carabina de doce tiros "TIGRE"

Gran precisión, seguridad absoluta,
perfecto funcionamiento. De reducidas dimensiones y peso. Reconocida como la mejor de todas para
"Somatenes", "Unión Ciudadana", guardas, garantía en casa de campo, chalets en despoblado, autos
de turismo, caza mayor, etc., etc. De venta en las principales armerías.

:: Al por mayor: GÁRATE ANITUA Y COMPAÑÍA :: EIBAR ::



PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir.

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)



SIDERURGICA COMERCIAL

(S A)

Cables y telegramas: SIDERURCO



IMPORTACIÓN Y VENTA DE

Planchas de acero para construcciones navales, calderería, arcos de caudales y blindajes.

Planchas magnéticas para motores, dínamos, etc. Planchas de cobre, latón y alpaca.

Tubos de acero y cobre con y sin soldadura, estirados en caliente y en frío, por recubrimiento, a solapa, etc.

Tubos de cobre, hierro y latón para aplicaciones generales.

Tubos forjados de hierro para altas conducciones de agua.

Cables de acero, alambres y cintas de acero.

Lingotes de hierro y acero para fundir, forjar o laminar.

Aceros para herramientas de mano y mecánicas.

Aceros en barras y tochos para toda clase de construcciones mecánicas.

Rieles para ferrocarriles y tranvías.

Paseo de Gracia, 99. - Teléfono G. 1.644. - BARCELONA

Calle de Recoletos, 6. - Teléfono S. 1.300. - MADRID

SUCURSALES Y REPRESENTACIONES

TOLEDO - CÁDIZ - SEVILLA - HUELVA - BILBAO - SANTANDER - CÓRDOBA - VALENCIA - TERUEL

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



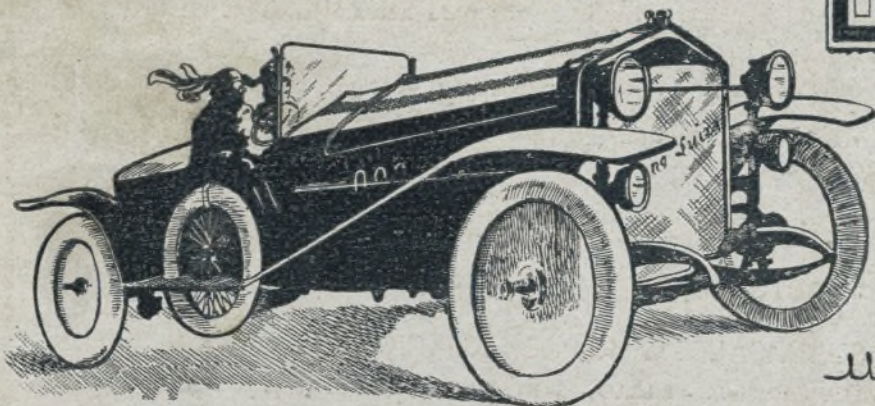
ACCESORIOS PARA AUTOMÓVILES, AEROPLANOS Y GLOBOS

:: :: Proveedores de la aeronáutica militar de España. :: ::

Motores "Napier" para aviación. Cables de goma. Tensores. Tubos de acero. Cuerdas de piano. Cables de alta. Cojinetes de bolas. Hélices. Neumáticos. Ruedas metálicas. Telas para globos. Trajes eléctricos para aviadores. Tornillería de acero.
• • • • • Aceites y grasas "Oleosol", etc., etc. • • • • •

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châleau

TALLERES TIP DE EL IMPARCIAL - DUQUE DE ALBA, 4